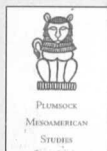


José Daniel Gil Zúñiga

EL CULTO A LA VIRGEN DE LOS ÁNGELES (1824 -1935)

UNA APROXIMACIÓN A LA MENTALIDAD
RELIGIOSA EN COSTA RICA



**BIBLIOTECA DE HISTORIA
“RAFAEL OBREGÓN
LORÍA”**



JUNTA ADMINISTRATIVA



PRESIDENTE

Dr. Chéster J. Zelaya Goodman

Representante Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes

VICEPRESIDENTE

Dr. Luis Fernando Sibaja Chacón

Representante Academia de Geografía e Historia de Costa Rica

SECRETARIA

Licda. Zadie Cerdas Salazar

Representante Insituto de Alajuela

TESORERO

Sr. Alexander Sanabria Villalobos

Representante Colegio Universitario de Alajuela

VOCAL

Dr. Bernal Monge Herrera

Representante Municipalidad de Alajuela

Prof. Raúl Aguilar Piedra

Director General del Museo

Enero, 2004

EL CULTO A LA VIRGEN DE
LOS ÁNGELES (1824-1935)

UNA APROXIMACIÓN A LA
MENTALIDAD RELIGIOSA
EN COSTA RICA



José Daniel Gil Zúñiga

ALAJUELA, COSTA RICA
2004

© MUSEO HISTÓRICO CULTURAL JUAN SANTAMARÍA

☎ (506) 441-4775 ó 442-1838 ✉ 785-4050 Alajuela, Costa Rica
☎ Fax: (506) 441-6926 ✉ mhjcscr@racsa.co.cr

Edición al cuidado de:
RAÚL AGUILAR PIEDRA

Diseño de portada:
LEONARDO HERNÁNDEZ CÓRDOBA

Diagramación y artes finales:
IVÁN MOLINA JIMÉNEZ

Asistente de edición:
MARÍA SOLEDAD SOLANO ROMÁN

Editor general: IVÁN MOLINA JIMÉNEZ
Universidad de Costa Rica, ivanm@fcs.ucr.ac.cr

Editores de la Biblioteca de Historia
"Rafael Obregón Loría"
JUAN JOSÉ MARÍN HERNÁNDEZ
Universidad de Costa Rica
jmarin@fcs.ucr.ac.cr
FRANCISCO ENRIQUEZ SOLANO
Universidad de Costa Rica
fenrique@fcs.ucr.ac.cr

Comité editorial:
Iván Molina Jiménez
Ronny José Viales Hurtado,
Juan José Marín Hernández
Gertrud Peters Solórzano
Francisco Enriquez Solano

Portada: Manifestación de obreros católicos del 11 de agosto de 1935. Borge C., Carlos, ed., *Tricentenario de Nuestra Señora de los Angeles patrona oficial de Costa Rica 1635-1935* (San José, Imprenta Lehmann, 1941), entre páginas 576-577.

Contraportada: Los dragones de la Virgen en el desfile del 2 agosto de 1935. Borge, *Tricentenario de Nuestra Señora de los Angeles*, entre páginas 256-257.

261.1

G463c Gil Zúñiga, José Daniel

El culto a la Virgen de los Ángeles, 1824-1935: una aproximación a la mentalidad religiosa en Costa Rica / José Daniel Gil Zúñiga, -1ª. Ed.- Alajuela : Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2004.

180 p. : il.; 22 x 14 cm. - (Colección Biblioteca Rafael Obregón Loría)

Originalmente presentada como la tesis del autor
ISBN 9977-953-54-6

1. Iglesia y Estado. 2. Virgen de los Ángeles-- Aspectos sociales

DGB/PT

04-06

ADVERTENCIA:

De conformidad con la LEY DE DERECHOS DE AUTOR Y DERECHOS CONEXOS es **prohibida la reproducción**, transmisión, grabación, filmación total o parcial del contenido de esta publicación mediante la aplicación de cualquier sistema de reproducción, incluyendo el fotocopiado sin previo permiso escrito del Editor. La violación a esta Ley por parte de cualquier persona física o jurídica, será sancionada penalmente.

A mis sobrinos a quienes robé
momentos de entretenimiento
en mis horas de estudio.

A mi hermana quien me ha
apoyado en las distintas labores
que he emprendido.

A mis padres quienes me en-
señaron el apego al trabajo, la
responsabilidad y la fe en un
futuro mejor.

|

—

—

|

CONTENIDO

Introducción	1
Capítulo 1 ACTITUDES RELIGIOSAS EN LA VIDA COTIDIANA	9
Capítulo 2 LA IMAGEN COMO OBJETO DE CULTO	41
Capítulo 3 LA VIRGEN DE LOS ÁNGELES Y LA NACIONALIDAD COSTARRICENSE	71
Capítulo 4 EL ARQUETIPO SAGRADO	109
Conclusión	143
Posfacio	149
Fuentes	153
Bibliografía	155
Anexos	159
Índice	175

|

—

—

|

ÍNDICE DE CUADROS

Cuadro 2.1	Frecuencia de aparición de los distintos subtemas sobre el total de la documentación consultada: según porcentaje	42
Cuadro 2.2	Imagen como objeto de culto de acuerdo a las fuentes no eclesiásticas y las eclesiásticas por quinquenios	52
Cuadro 3.1	Frecuencia de los distintos subtemas en textos de tres prelados del período analizado	91
Cuadro 3.2	Sinónimo de nación-sinónimo de patria de acuerdo a las fuentes no eclesiásticas y las eclesiásticas por quinquenios	94
Cuadro 3.3	Comunidad ideal-comunidad real de acuerdo a las fuentes no eclesiásticas y las eclesiásticas por quinquenios	103
Cuadro 4.1	Locus de acuerdo a las fuentes no eclesiásticas y las eclesiásticas por quinquenios	113
Cuadro 4.2	Modelo de mujer-modelo de madre de acuerdo a las fuentes no eclesiásticas y las eclesiásticas por quinquenios	120
Cuadro 4.3	Frecuencia de los distintos subtemas según tipo de documento	121
Cuadro 4.4	Total de personas divorciadas y separadas en Costa Rica (1864-1927)	122
Cuadro 4.5	Distribución de la población económicamente activa según sexo (1864-1927)	123
Cuadro 4.6	La Virgen de los Ángeles milagrosa intercesora de acuerdo a las fuentes no eclesiásticas y las eclesiásticas por quinquenios	130

|

—

—

|

INTRODUCCIÓN

Este trabajo de investigación se concibe como un intento de aproximación a la historia de las mentalidades en Costa Rica. Se pretende a lo largo de estas páginas reconstruir el comportamiento religioso del costarricense entre los años 1824 y 1935 centrándose fundamentalmente en el culto a la Virgen de los Ángeles, fenómeno que será el objeto de estudio. Aclarados estos puntos, debemos indicar cuáles fueron las hipótesis que guiaron esta investigación. Las creencias religiosas de la época reflejan un desdoblamiento del mundo real en uno ideal, en donde se da una supeditación del hombre con respecto a las deidades colocadas en el mundo supraterráneo. La Iglesia como institución, a través de su línea pastoral, ha sido un bastión de gran valía en el sostenimiento del status quo, constituyéndose en este sentido en un aparato ideológico del Estado. La manipulación del culto a la Virgen de los Ángeles por distintos grupos sociales fortaleció la posición hegemónica que ellos detentaban dentro de la sociedad costarricense.

La Iglesia costarricense, luego de dictadas las leyes liberales, debido a que vio amenazada su hegemonía con respecto a sus feligreses, buscó con más ahínco consolidar la citada devoción, para así no ver menoscabada su posición de privilegio dentro de la sociedad. Es tan sólo a fines de nuestro período que puede hablarse de una plena

identificación entre el culto a la Virgen de los Ángeles y la nacionalidad costarricense. Al irse fortaleciendo el culto, los sectores más desposeídos van tomando la imagen de Nuestra Señora de los Ángeles, como su arquetipo intercesor en aquellas situaciones de congoja que los rodean. Al rendirle culto a la Virgen, el devoto se suma en una serie de prácticas en donde lo profano y lo sagrado hacen posible la aparición de una serie de creencias mágicas que se enmarcan dentro de un subproducto religioso.

Como podrá observarse posteriormente el primer capítulo es introductorio a los restantes y procura reconstruir la mentalidad de los fieles de la Iglesia católica a través de las diversas actitudes religiosas desarrolladas en la vida cotidiana. Los puntos citados en este capítulo servirán de base para analizar en los tres siguientes nuestro objeto de estudio. En el segundo capítulo se desmitificará la leyenda de la Virgen de los Ángeles, además de conocer las formas en que el costarricense le ha rendido culto a su patrona. El tercer capítulo se circunscribe a analizar el culto en función del orden político, económico y social que lo vio surgir, y se analizará la relación entre el culto y la nacionalidad costarricense. Aquí se indicará como la devoción de la citada imagen fue impulsada, indistintamente en diversos períodos históricos, por distintos grupos sociales en procura de defender su posición hegemónica dentro de la sociedad. En el cuarto capítulo se trata de demostrar cómo Nuestra Señora de los Ángeles pasa a ser el arquetipo de los sectores más desposeídos del país, los cuales han rendido culto a la imagen por medio de una serie de creencias plenas de magia e idolatría.

El hecho de que nuestro período de estudio abarque los años comprendidos entre 1824 y 1935 obedece a dos aspectos: en primer lugar, las actitudes religiosas estudiadas a lo largo de este período, muestran una gran estabilidad y, más que eso, son particularmente homogéneas. Y en segundo lugar, porque entre estas dos fechas es que el

culto se consolida dentro de la mentalidad religiosa, pasando de ser un culto regional a uno nacional. Sin embargo, lo anterior no será un obstáculo para que hagamos referencia a hechos acaecidos antes o después de nuestro período. Debemos hacer unas observaciones finales. El hecho de que se utilice una gran cantidad de citas textuales se debe fundamentalmente a que, como se pretende reconstruir la mentalidad religiosa del costarricense, hemos preferido utilizar la opinión exacta de las personas del período estudiado.

*

La religión será comprendida a lo largo de este trabajo como una representación ilusoria en donde se reflejarán todos aquellos poderes que gobiernan a las personas, los cuales estarán revestidos de caracteres supranaturales. De esta manera, en un plano extraterreno, cobran vida toda una serie de personajes a los cuales hombres y mujeres conceden poderes ilimitados. Estos seres se independizan de los seres humanos y terminan por dominarlos. Ya que dentro de la religión se establece una supeditación de las personas con respecto a esas fuerzas,¹ corresponderá a estas criaturas proteger a hombres y mujeres de las adversidades que los aquejan dentro de la vida cotidiana.²

Esta representación ilusoria de la realidad hace posible que la religión se presente como un medio para conocer la realidad como producto de la creación divina.³ Al representarse el orden supraterrrenal de una manera análoga al material, la religión degenera en una serie de prácticas rituales por medio de los cuales se trata de influenciar a la divinidad.⁴ La religión, como conjunto de creencias, se encuentra constituida por tres elementos: en primer lugar, la creencia de que existen una o varias divinidades supraterrrenales; en segundo lugar, un sentimiento de supeditación de las personas con respecto a lo trascendente; y por último, por un sistema de relaciones entre Dios y los seres humanos.⁵ En esta óptica, es que estudiaremos las

manifestaciones religiosas dadas en el período ubicado entre 1814 y 1935, centrándonos en el arquetipo de la sociedad costarricense, la Virgen de los Ángeles, imagen a la cual el costarricense ha idealizado confiriéndole una serie de atributos sobrenaturales, los cuales –según el devoto– actúan positivamente ante su suplica o bien negativamente si no se le rinde tributo.

Partiendo del hecho de que es la realidad material la base de la conciencia social hemos creído pertinente no desvincular el estudio del culto a la Virgen de los Ángeles del desarrollo político, económico y social de la sociedad costarricense, ya que esta manifestación religiosa se ve impregnada por este desarrollo. Pero esto no quiere decir que establezcamos que, en el culto en cuestión, las manifestaciones religiosas sean un reflejo mecánico de la existencia social, ya que ello sería reducir la religión a sus causas materiales, cuando de hecho esto no es absolutamente cierto. La conciencia social no es un reflejo pasivo de la realidad material ya que, en virtud de su carácter activo, la conciencia puede separarse de la base que surge e inclusive deformarla, gracias a desfases del proceso cognoscitivo.⁶ Esto último se pondrá de manifiesto en la época estudiada, ya que la ideología religiosa, al ocupar un lugar de privilegio como mecanismo de dominación ideológica, por lo menos hasta fines del siglo XIX, hará que la visión del mundo del costarricense de aquel entonces esté influenciada por un pensamiento religioso, lo cual facilitara la aparición de ciertas creencias mágicas en el culto a Nuestra Señora.

Por otra parte, la religión como ideología, al ser fundamentalmente la visión del mundo de las clases dominadas, no se presentará como un conjunto homogéneo, ya que se encuentra sumamente subdividida⁷ de acuerdo a los grupos sociales que la profesan. Las creencias religiosas de la época nos confirmarán esa posición, por un lado debido a que el grado de fé de los creyentes no es él mis-

mo ni son las mismas las creencias que practican los adherentes al objeto en estudio. Estas diferencias en cuestión, que van desde la teología (una concepción refinada de la religión practicada por los laicos y curas que tienen un mayor bagaje cultural) hasta las creencias imbuidas de elementos mágicos de la masa de creyentes, son la muestra palpable de la falta de unidad de la ideología religiosa. Su nivel degradado, el más difundido de todos, es el que pretendemos contextualizar en este trabajo, al analizar las creencias populares del culto a la Virgen de los Ángeles.

Debemos dejar en claro que este análisis de la mentalidad religiosa a través del culto a la Virgen va en el sentido de indicar cómo las creencias religiosas han sido manipuladas, indistintamente, tanto por los diferentes grupos sociales dominantes como por la Iglesia en diversos momentos históricos, en procura de favorecer sus intereses hegemónicos dentro de la sociedad costarricense. Para finalizar queremos dejar patente una aclaración que creemos sumamente importante: el análisis aquí presentado se circunscribe a la función alienante de la religión, lo que no quiere decir que esta última tenga tan sólo esa función. A través de la historia, la religión, en determinados momentos, ha desempeñado un rol totalmente distinto, en donde, en vez de legitimar el orden existente, más bien lo ha impugnado (por ejemplo, el cristianismo primitivo o el apoyo de ciertas fracciones progresistas de la Iglesia a los movimientos de liberación nacional, por solo citar dos casos). Las conclusiones que se plantean en el cuerpo del trabajo con respecto a la mentalidad religiosa, aunque puedan arrojar una luz para interpretar hechos anteriores o posteriores, deben tan sólo circunscribirse al período analizado, ya que para hacer este tipo de afirmaciones fuera del período en estudio habría que estudiar detenidamente el momento histórico que rodea al fenómeno religioso.

*

Las formas en que el devoto rinde tributo a la Virgen de los Ángeles se nos presentan de diversas maneras, sin poder percibir, a simple vista, cuáles son las causas de esas manifestaciones religiosas. Para reconstruir el culto a la Virgen fue necesario someter las fuentes a nuestra disposición a un análisis de contenido que nos permitiera detectar cuáles eran los estereotipos endilgados a Nuestra Señora, tanto por los laicos como por los sacerdotes interesados en incentivar la devoción de la imagen ya citada. Por medio de estos estereotipos se pudo llegar a percibir las causas que hacen posible el culto en estudio.

Luego de este análisis pudimos establecer seis estereotipos (de ahora en adelante denominados subtemas), los cuales fueron concentrados en tres categorías de análisis, cada una de las cuales es analizada en los capítulos 2, 3 y 4. El agrupamiento por capítulos que se hace con respecto a estos estereotipos obedece a la afinidad temática dada entre ellos. Estos estereotipos son: la imagen como objeto de culto, sinónimo de nación-sinónimo de patria, comunidad ideal-comunidad real, el locus sagrado, modelo de mujer-modelo de madre y la Virgen de los Ángeles milagrosa intercesora. La frecuencia con que cada uno de estos subtemas se presenta dentro de los 200 documentos analizados (véase el Anexo 1) se analiza con base en una serie de cuadros incorporados en los capítulos indicados.

*

Son muchas las personas que directa o indirectamente han colaborado en la confección de esta tesis. De antemano, sé que muchas de ellas serán olvidadas involuntariamente en estos agradecimientos, por lo cual debo darles mis disculpas. Pese a ello, quiero agradecer a las siguientes personas e instituciones: a los compañeros de la Escuela de Historia de la Universidad Nacional (estudiantes, administrativos y docentes), los cuales apoyaron en distintas formas esta investigación y, en particular, a Enrique Mata Rivera, quien prestó su valiosa colabora-

ción en el levantamiento de la información analizada. Merecen también mi agradecimiento, el señor Ricardo Vargas, Director del entonces Archivo Arquidiocesano (hoy Archivo de la Curia Metropolitana) y la señora Alba Retana, encargada de dicho Archivo, así como los funcionarios de la hemeroteca de la Biblioteca Nacional.

Debo hacer mención aparte de aquellas personas que leyeron los borradores de este trabajo, me refiero concretamente a Lowell Gudmundson Kristjanson, a Edwin González Salas y a Rodrigo Quesada Monge, quienes pacientemente atendieron nuestras consultas, aportando de su parte valiosas sugerencias que fueron incorporadas en esta tesis. Pero sobre todo, debo dar las más expresivas gracias a Héctor Pérez Brignoli, quien fue desde el inicio de nuestra investigación la persona que nos guió y alentó en dicha labor, aportando a la realización de la misma sus valiosos conocimientos. A él mi eterno agradecimiento. Sin embargo, debo señalar que los planteamientos de forma y de fondo sostenidos en este trabajo son de la total responsabilidad del autor.

Notas

1. Mandel y Novack, *Teoría marxista de la alienación*.
 2. Lenk, *El concepto de ideología*.
 3. Heller, *Sociología de la vida cotidiana*.
 4. Godelier, *Economía, fetichismo y religión en las sociedades*.
 5. Portelli, *Gramsci y la cuestión religiosa*.
 6. Sujov, *Las raíces de la religión*.
 7. Portelli, *Gramsci y la cuestión religiosa*.
-

|

CAPÍTULO 1

ACTITUDES RELIGIOSAS EN LA VIDA COTIDIANA

En los inicios de nuestro período, la ideología religiosa tenía un enorme peso en la mentalidad de una masa de población mayoritariamente creyente a la cual la religión le aportaba una serie de elementos normativos, que le permitían desenvolverse dentro de la sociedad. El hecho de que la ideología religiosa tuviera esa importancia, como elemento cohesionador de la visión del mundo, se debía a que la clase dominante en ascenso no estaba claramente integrada y por lo tanto no había logrado consolidar otros mecanismos de dominación ideológica (no religiosa), que legalizaran, en mayor grado, su hegemonía con respecto al resto de la sociedad. Una vez que esto último se ha logrado a finales del siglo XIX podemos percibir cómo la religión va pasando a un segundo plano, como instrumento de dominación ideológica en manos de las clases dominantes. Esto no quiere decir en ningún momento que el costarricense deje de tener, aún en el siglo XX, una mentalidad fundamentalmente conformada por nociones religiosas, ya que estas creencias fueron reafirmadas por la Iglesia una vez que esta se vio desplazada como aparato ideológico del Estado.

Por otro lado el hecho de que las clases mencionadas consolidaran otra serie de instrumentos ideológicos tampoco significa que la ideología religiosa dejó de ser utilizada por esas clases. A lo largo de nuestro período, la

|

Iglesia no dejó de actuar como un soporte ideológico del Estado, ya que ella era vital “para que sostenga el orden público y contribuya a calmar los tumultos y agitaciones”.¹ La Iglesia buscaba por todos los medios la adhesión al orden de cosas y su mantenimiento, cuando inducía a la pasividad a sus fieles, como señalaba la señorita Pilar Quirós en el año de 1859: “La instrucción moral y religiosa nos hace sumisas, compulsivas y solícitas”.²

En los primeros 30 ó 40 años de vida republicana, ese dominio de la Iglesia dentro de la sociedad no fue cuestionado, pero luego de que fue adentrándose el pensamiento liberal en el país, eso sí se dio. De allí que la Iglesia católica de entonces, para no perder la hegemonía que hasta ese momento había tenido sobre sus fieles, se dedicó a exaltar la importancia de la religión, como extraemos del texto siguiente aparecido en el *Eco Católico* en 1884, en el cual se decía:

“La religión es el primer fundamento de la sociedad, es la depositaria de la revelación y los eternos principios del orden y de la moral; por ella se ligan los hombres con su Dios y los hombres entre sí. Sin ella no es posible la sociedad que ha de creer en algo que ha de vivir de algo. Sin ella no hay autoridad, ni hay ley, ni hay obligación, ni fuerza para hacer cumplir lo que se pacta entre los hombres. Esta gran verdad ha descendido del cielo a la tierra pues la encontramos, en los sagrados libros del Éxodo y del Deuteronomio a propósito de las alianzas interrumpidas y reanudadas del pueblo de Israel con su Dios y en otros sagrados libros del Antiguo Testamento”.³

Producto de la coyuntura política que se vivía a fines del siglo XIX, la Iglesia buscaba reforzar su status social, pretendía hacerles creer a sus seguidores que sin ella el orden social no era posible ya que tocaba a ella velar por

la buena marcha de la sociedad, debido a que este papel, según el decir de curas y laicos, le había sido dado desde lo alto. Señalaban que toda aquella sociedad que dejara de lado la religión, se sumiría en la más profunda degradación; con esto se pretendía hacer creer a los devotos de la Iglesia que una sociedad sin religión era una sociedad sin moral. Según esta perspectiva, el orden social imperante es dado por la divinidad y, por lo tanto, ese orden no puede ser cuestionado. Al ser dispuesto por Dios, tiene que ser aceptado tal como se presenta; la religión al servir de vínculo entre Dios y los hombres, según señala nuestra fuente, pasa a ser una piedra fundamental de la sociedad. Monseñor Juan G. Stork diría posteriormente que a la religión le correspondía ser el verdadero fundamento del legítimo progreso y bienestar social de una nación.⁴

Pese a las discrepancias surgidas entre la Iglesia y el Estado, a fines del siglo XIX, la Iglesia no dejó de impulsar una línea pastoral, que favorecía la hegemonía de las clases dominantes sobre el resto de la sociedad, inculcando en sus seguidores una visión del mundo, envuelta en una serie de creencias religiosas. Antes que impulsar un pensamiento crítico con respecto a los hechos que vivía la sociedad, la Iglesia buscaba, por sobre todas las cosas, la exaltación de la fe: “Ay en la noche de pesar aguda cuando huye el sueño al párpado anhelante. Qué ignorante es la ciencia del que duda y qué sabia es la fe del ignorante”.⁵ Para conocer las creencias religiosas de la época, es preciso que señalemos una serie limitada de manifestaciones que pueden ser útiles porque expresan, implícitamente, una visión del mundo.

1. Actitudes del costarricense ante la muerte

Aún cuando en el período en estudio podemos darnos cuenta cómo se suceden una serie de hechos que ponen en entredicho la moralidad de la época, no es menos cierto

que el sentimiento religioso unifica, en diversos aspectos, la vida cotidiana del costarricense. El habitante del Valle Central vive una gran zozobra, se pregunta qué sucederá luego de su muerte, transcurren los días de su vida con esa gran interrogante, le preocupa por sobre todas las cosas si su alma se salvará o se perderá. La muerte, de la cual se desconoce la hora, lugar y fecha, le impone que esté preparado para ese momento, en que su alma dejará la vida terrena y pasará al más allá. Por esto encontramos en los testamentos cómo algunos empiezan a dictar su última voluntad en pleno uso de sus facultades mentales, para que en el momento de la muerte se les perdonen sus pecados y así puedan gozar sus almas “de la Beatífica presencia”.⁶

Las actas testamentales nos demuestran que el costarricense no sólo pedía por su salvación, sino que nombraba toda una serie de intercesores que abogaran por su alma, como podemos observar en el testamento de Miguel Pérez dado en 1832, quien temiendo:

“...la muerte, cosa natural a toda criatura, poniendo por mi intercesora a la Reina de los Ángeles, Santo Ángel de mi guarda, Santos de mi nombre y devoción, para que me alcancen de su Divina Magestad el perdón de mis pecados, y el acierto que en este caso necesito para que en el último período de mi vida, no me distraiga cosa temporal, ordeno éste mi testamento...”⁷

Es necesario ahora analizar algunas de las costumbres desarrolladas por los costarricenses, a lo largo de nuestro período con respecto a los ritos mortuorios. En los inicios del siglo XIX podemos recordar que se empezaba a desterrar la costumbre de enterrar a los difuntos en las cercanías de la Iglesia, ya que se decía que era nocivo para la salud de los habitantes de las distintas poblaciones del país. Así, a medida que va avanzando dicho siglo, se afirma cada vez más la idea de que el cementerio tenía que estar

alejado del centro de los poblados. Es así como van tomándose una serie de medidas sanitarias, como por ejemplo la antes citada de establecer los cementerios a una distancia medianamente alejada de la población, cuidar de que no estuvieran atravesados por corrientes de agua, que sirvieran a la población, velar porque no fueran recorridos por corrientes de viento; también se evitaba que pastaran allí los animales, además se cercaba el lugar para evitar profanaciones de distinto tipo contra los cuerpos allí depositados.

Poco a poco las ciudades más grandes del Valle Central fueron construyendo dentro de sus predios cementerios cada vez más llamativos; las personas más adineradas pasaron de la utilización de simples fosas a utilizar sepulcros y nichos cada vez más suntuosos. La europeización que sufrieron nuestras clases dominantes, luego de la expansión cafetalera, se manifestaba hasta en la construcción del lugar que sería la última morada. Mientras esto ocurría en las principales poblaciones del Valle Central, los pequeños poblados, donde las condiciones de los habitantes eran paupérrimas, los cementerios mostraban la sencillez y estrechez económica del lugar. Sin embargo, tanto en los grandes como en los pequeños poblados, existía un gran interés por mantener el mayor aseo y ornato posible en los cementerios. Ello era bastante comprensible, pues para aquellos hombres la trascendencia después de la muerte, era algo misterioso y angustiante. Horas antes de morir, era acostumbrado entre los más devotos, no sólo confesarse y comulgar, sino recibir toda una serie de sacramentos que los preparaban para ir a la otra vida.⁸

Como es bastante conocido, desde la época colonial existían en Costa Rica muchas cofradías que tenían por objetivo fortalecer el culto hacia un determinado santo. Las personas que formaban parte de esas cofradías recibían el nombre de hermanos, y fue costumbre a lo largo del siglo XIX, que a éstos, a la hora de ser sepultados, se les

amortajara con el hábito del santo de la cofradía a la que pertenecían.⁹ En este sentido, también se acostumbraba que si el hombre tenía un rango oficial, por ejemplo, ¹⁰ si era militar fuera amortajado con su uniforme, y sí la mujer no pertenecía a ninguna cofradía, pedía ser enterrada con su vestido de misa.¹¹ Otros pedían ser sepultados con ropa de color negro. A fines del siglo XIX, esta costumbre de ser amortajado con los hábitos del santo de la cofradía a la cual se había pertenecido, desaparece motivado en buena parte, según nuestra opinión, por la poca importancia que muestran para estas fechas, las distintas cofradías del país.¹² Luego de haber muerto la persona, se acostumbraba velar el cuerpo en capilla ardiente, e incluso se llegaba a montar una especie de guardia,¹³ si el difunto había sido un hombre importante.

En cuanto al entierro en sí, es bien conocido que sí existieron personas que fueron enterradas de limosna.¹⁴ Otros fueron enterrados con toda pompa, algunos solicitaban ser despedidos con misa de cuerpo presente:¹⁵ entre los más acaudalados, se acostumbraba que se les llevara de su casa a la iglesia y de ésta al panteón, en medio de toda una serie de cánticos,¹⁶ o bien que los acompañara un sacerdote hasta el cementerio.¹⁷ No está por demás señalar que si el difunto era algún desconocido, las ceremonias eran de lo más sencillas, pero si no lo era, en el sepelio se daban cita las más importantes personalidades de nuestra sociedad,¹⁸ y los actos rituales practicados eran de lo más imponentes.¹⁹

Una vez enterrado el cadáver, se realizaban por el alma del difunto muchas novenas y rosarios, en los cuales, según recoge nuestra literatura, los asistentes no sólo se dedicaban a rezar sino que también se tomaba y se practicaban diversos tipos de juegos y entretenimientos, como podemos observar en la composición de A. J. Echeverría “Visita de pésame”, incluida en su obra *Concherías*, donde se indican los preparativos de un novenario:

“L’espero p’al novenario
Yo no puedo por mi pierna;
Pero vendrán los muchachos
Achará que usted no pueda
Porque va a estar muy alegre.
Tata mercó una ternera
Y 3 garrafas de guaro
Y 6 frascos de mistela
Y además ha contratao
4 músicos de Heredia,
y pa los misterior tiene
cuhetes de luz y bombetas
ya usté le conoce el genio...
cuando se raja de veras”.²⁰

Un cuadro similar puede encontrarse en “La vela de un angelito”, otro poema del autor ya citado. Estos dos textos sirven para afirmar nuestra idea de que a la par del ritual religioso, en las velas de los difuntos, se practicaban toda una serie de actos no precisamente religiosos. Íntimamente ligados con las creencias y comportamientos ante la muerte, están las ideas con respecto al más allá, las cuales se analizarán a continuación.

2. Las creencias en el más allá

El hombre dentro de la ideología religiosa refleja, en un universo imaginario, todos aquellos poderes que gobiernan su vida cotidiana; las fuerzas terrenas que gravitan sobre el hombre adquieren un carácter sobrenatural y dominan la vida del ser humano. Este universo extra terrenal, que recrea el creyente, se muestra poblado de una serie de criaturas con poderes sobrenaturales, que pueden influir positiva o negativamente sobre la vida de los hombres. Sin duda alguna, el elemento central de ese cosmos sagrado es Dios. Toda creencia religiosa desemboca en

ese arquetipo ubicado en un plano metafísico.²¹ La religión, como apuntaba Feuerbach, tiene como centro a Dios, de la cual éste es su conciencia.²² A lo largo de nuestro período se veía a Dios como el autor de todas las sociedades;²³ era el producto de su quehacer. En la opinión de monseñor Rafael Otón Castro:

“La bondad y la misericordia de Dios son infinitas, empero no debemos olvidar que en el mismo grado está su justicia, y así es verdad que la condición de la presente vida no es la propia para el ejercicio adecuado de dicha justicia sin embargo Dios no deja de castigar a los pueblos con algunos flagelos como las guerras y las pestes y el hambre y las enfermedades, los cataclismos, los desastres de la naturaleza, castigos que vienen a ser avisos saludables y voces amorosas que nos recuerdan su existencia y su poder, que premia y castiga y que nos llama a penitencia por nuestras culpas”.²⁴

Este fragmento atribuye a Dios virtudes opuestas, por un lado se habla de él como un ser de bondad y misericordia infinita y por otro, se le ve como un ser dispuesto a castigar al género humano, cuyos castigos no deben verse como flagelos de la humanidad. Según señala monseñor Castro, sino como “voces amorosas” que incitan al hombre a tener una buena conducta. Pero se tiene la creencia de que además del arquetipo superior, en el más allá existen otra serie de espíritus: las almas de las personas que habían pasado a la otra vida. A la par del respeto que se les tenía a las ánimas, existía con respecto a ellas una especie de culto. Se trataba por diversos medios de velar por el descanso eterno de aquellos que habían muerto. Había algunos, como el presbítero Nicolás Oreamuno, que fundaban o se hacían cargo de una capellanía para que ésta:

“...no carezca por más tiempo de ynquilinos con perjuicio de las ánimas de los fundadores”.²⁵

Otros pagaban muchas misas tanto por ellos mismos, como por sus antecesores o por sus descendientes. Según la concepción religiosa de nuestros antepasados, el alma, una vez alcanzada su plenitud en el más allá, podía perfectamente interceder por el que así lo solicitara desde este mundo mediante oraciones o misas; esto se consideraba sumamente provechoso ya que: “...levantan ellas sus manos al cielo y ruegan con tanto fervor por sus bienhechores como no pueden hacerlo ni las más santas personas de la tierra. Y Dios escucha con sumo agrado sus ruegos... y otorga sus gracias super abundantes a sus auxilia-dores”.²⁶ El devoto de nuestro período no sólo pensaba que rindiendo tributo a las ánimas estaba beneficiándolas, sino que pensaba que, al ofrecerles una misa o una oración, se estaba agenciando su ayuda, para que una vez muerto, intercedieran por él y salvaran su alma. Es necesario ahora indicar la forma en que, según los creyentes de aquel entonces, podía salvarse el alma. El obispo Bernardo Augusto Thiel decía en 1888 que:

“Para alcanzar la gracia de ser preservado de las llamas del infierno es preciso que uno lleve una vida cristiana, observe los mandamientos de Dios y de la Iglesia y guarde la castidad de su estado”.²⁷

Vemos entonces que se indicaba el hecho de que hay que vivir de acuerdo a los mandatos de la Iglesia, ya que como se señalaba un documento emitido bajo el obispado de monseñor Llorente, era la religión católica la única religión divina y exenta de vicios, la que mejor conformaba la moral de los pueblos, la que refrenaba las pasiones y velaba porque no se rompiera la dependencia de la autoridad legítima.²⁸ Para aquellos hombres, influenciados

por una ideología religiosa, salvar el alma era algo primordial, por eso desde el acto de casarse “para salvar el alma”,²⁹ pasando por aquellos que tomaban el hábito “para mejor servir a Dios” y salvar su alma,³⁰ una buena parte de los actos de la vida cotidiana tenía sobre sí el gravamen de perder o salvar el alma para la posteridad.

Uno de los mayores deseos de aquellos hombres era salvar su alma y así reunirse con Dios en el más allá.³¹ La morada ultraterrena era algo prácticamente inexplicable para el creyente, como se puede observar en el siguiente poema:

“Puede el Genio medir el ancha vía
que discurre con pasos de gigante
La bella antorcha que dispensa al día:
Y el planeta inconstante
Que refleja su disco radiante
Empero más alto todo es misterio
Y no es dado saber donde termina de los
celestes orbes el Imperio
Ni cual astro ilumina
La excelsa entrada en la mansión divina”.³²

Existía la creencia en aquel entonces de que después de esta vida existía otra, en la que se premiaban o castigaban los actos realizados en ésta. Además de una morada donde iban a parar las personas que se salvaban, era también creencia difundida que existía otro lugar donde se encontraban “...las ánimas de los difuntos que en el purgatorio se purificaban de la escoria que el pecado les dejara”.³³ La Iglesia buscaba reafirmar la creencia en el purgatorio como se observa en una conferencia dictada por el presbítero Evaristo Ibarra en el año de 1900, en la que éste afirmaba que existía un sitio

“...llamado lugar de purificación o purgatorio, que existe entre el tiempo y la Eternidad feliz”.³⁴

El purgatorio, para nuestros ancestros venía a ser una especie de cárcel expiatoria, en donde en medio del fuego, el alma se limpiaba de sus culpas. Las ánimas ubicadas en este lugar eran objeto de ofrendas pues se pensaba que así podía lograrse su liberación.³⁵ Un tercer lugar donde podía habitar el alma era en el infierno. Como se ha anotado anteriormente, en la mentalidad de los creyentes de aquel período, había una angustia por saber qué destino correría el alma luego de la muerte. La imagen que se tenía del infierno fortalecía ese temor. Según el sacerdote Elías Valenciano, en una publicación fechada a inicios del siglo XX, las almas que se encontraban en el infierno eran aquellas que estaban corroídas por el mal y que no gozaban de ninguna virtud, ya que habían perdido a Dios, razón por la cual estaban condenadas a vivir eternamente en ese lugar.³⁶

El infierno era algo que se ligaba a toda situación de desasosiego, una incomodidad extrema. Para ellos, nada era más fácil que relacionar las causas de su martirio en esta vida, aunque fuera temporal, con aquel sufrimiento que podía esperarlos, si perdían el alma. El infierno era para los creyentes una realidad, rebatir su existencia era una verdadera herejía, que atemorizaba al más valiente, de allí el gran miedo que en 1826 sintieron José Porras y su madre Buenaventura Vargas, vecinos de San José, cuando Luis Castillo les leyó “unas blasfemias” donde les indicaba que no creyeran en el infierno. Esta fue suficiente razón para que estos dos personajes fueran donde el cura a contarle lo sucedido.³⁷

Es muy posible, según se extrae de esta misma crónica que aquellos costarricenses creyeran que en el infierno habitaban toda clase de alimañas salvajes, porque Castillo les dijo también, que no creyeran que en el infierno mo-

raban sapos, culebras y serpientes como les habían enseñado.³⁸ Así fue que entonces el abismo eterno³⁹ según las creencias de aquél entonces, era un lugar donde tenían que pasarse grandes penurias y era además la madriguera de todo tipo de animales, que agobiaban más al ánima, condenada a ese triste destino. En el siglo XX se pueden encontrar ya unas mejores descripciones acerca del infierno. El presbítero Miguel Benavides, en una conferencia dictada en el año 1929, decía que este era un

“...lugar para siempre cerrado al perdón, segunda muerte, lugar ardiente de fuego y azufre en donde el humo de sus torturas sube día y noche por los siglos de los siglos, porque sufren suplicios eternos delante de la faz de Dios, como los objetos impuros de su cólera que sobre ellos pesa eternamente”.⁴⁰

Con tan abominable panorama, insertado en la mente del creyente desde niño, era muy lógico que éste sintiera un pavor por ese lugar y tratara por todos los medios de salvaguardar su alma para la eternidad. Del infierno había pues que guardarse porque era el centro de todas las malas acciones. Si había la creencia en el infierno, existía entonces la idea de Satanás. Aunque no nos encontramos con representaciones del diablo, esto no quiere decir que no las haya habido, como las anotadas por Murray para Europa occidental.⁴¹ Satanás se hace presente en la mentalidad de antaño, se le tiene un verdadero pánico, porque “es él” el que se encarga de pervertir a los hombres. El diablo, según se decía en 1897, goza de poderes extraordinarios, conoce las propiedades naturales de las cosas:

“...puede levantar mesas, producir conciertos musicales, representar comedias descifrar enigmas de difuntos, emitir oráculos, curar las dolencias, dar movimiento a cadáveres, simular por lo tanto falsas resu-

recciones. Todo esto y mucho más puede efectuar el demonio sin salir de su esfera propia de acción y sin acudir a poder superior a él".⁴²

Los poderes atribuidos a Lucifer alimentaban en la fantasiosa imaginación de los creyentes un gran temor hacia él. Era el diablo al que se le echaban las culpas de la perdición de la sociedad, ya que decían que era él quien corroía los cimientos morales de ella, introduciendo en unos la soberbia, en otros las malas costumbres, y en algunos el ateísmo.⁴³ Cuando el movimiento liberal buscó socavar el dominio de la Iglesia en el país, ésta trató de aprovecharse de las creencias que respecto al diablo tenía la población indicando que el liberalismo era un engendro diabólico que, junto con sus leyes, según decían los sacerdotes de aquel entonces, había salido del infierno.⁴⁴ El diablo era considerado como el principio del mal. Su figura repulsiva, lo deshonesto de sus acciones, así como lo indeseable de su morada, imágenes alimentadas por la Iglesia del período en estudio, eran un acicate más para que el devoto buscara introducirse dentro de ese cosmos sagrado mediante la salvación de su alma.

3. Los ritos religiosos

En el apartado anterior se han estudiado las actitudes desarrolladas en la vida cotidiana, relacionadas con las creencias en el más allá; aquí se tratará de analizar el comportamiento del costarricense dentro de los distintos ritos religiosos: la oración, la misa, la comunión, la confesión, el matrimonio y el bautismo.

A. La oración

Con anterioridad apuntábamos como el creyente ha desdoblado la realidad en un mundo extraterreno, habita-

do por seres con poderes sobrenaturales, ante los cuales supedita su acción. Frente a lo insólito o aquello que escapa de su dominio, el creyente siente la imperiosa necesidad de tomar contacto con su deidad. Allí es donde adquiere importancia la plegaria que para el creyente es el medio de comunicación por excelencia con su divinidad. Por la oración, el hombre se eleva del plano terrenal al celestial, e implora a su Dios, o al intercesor sagrado que transforma en bonanza lo que le aqueja. La plegaria, como extraemos del siguiente poema, es algo que parte de lo más recóndito del ser humano:

“Es el celestial rocío
Que refresca el corazón
Es del alma casta esencia
Que al trono de Dios se eleva
Pues un ángel se la lleva
A la celeste región”.⁴⁵

La plegaria puede llegar a definirse como un conjunto de palabras en donde se pretende conseguir la intervención favorable de las fuerzas del universo en las acciones humanas. Puede ser tanto espontánea, como previamente elaborada, y puede ser informativa, de admonición o coercitiva.⁴⁶ La oración aunque es una acción sobre lo sagrado no tiene ningún grado de eficacia por ella misma, es simple y sencillamente un medio para ponerse en contacto con lo sagrado.⁴⁷ Para Feuerbach, con la oración el hombre religioso pone sin condiciones su corazón en Dios, el cual es concebido como un corazón sensible a lo humano.⁴⁸ Sin embargo, en la mayoría de los casos la plegaria era dirigida a un santo o a un ánima del purgatorio, para que estos actuaran como intercesor ante la deidad.⁴⁹ Una de las plegarias más importantes era el rosario, rezado ya bien dentro de un templo o en la reunión familiar, como se extrae del texto siguiente de 1891:

“Que cosa más bella que el hogar doméstico consagrado al Santo Rosario? Reunidos bajo un mismo techo y en un mismo pensamiento, grandes y pequeños, amos y criados, amigos y extraños, comienza el que podemos llamar sacrificio doméstico, del que es sacerdote el más anciano y ministro todos los asistentes. El rosario es entonces la oración aceptable que seguramente será oída, por lo que sube al cielo perfumada con la devoción y los votos de la familia reunida”.⁵⁰

De esta cita pueden extraerse tres aspectos: en primer lugar, la costumbre de que sea precisamente la persona mayor “el rezador”; en segundo lugar como la religión tiende a resaltar su papel de comunidad ideal; y en tercer lugar como la oración es la expresión de un ser que busca ser amparado por lo sagrado. Por medio de la oración, se busca exaltar la fe de los devotos, como se indicaba en 1888:

“Un solo Ave María, un solo Gloria Patri del Rosario dicho con verdadera devoción vale más que conquistar con Alejandro El Grande el mundo entero, más que ser único inventor de todas las invenciones que se han hecho desde la invención de la imprenta hasta los últimos del teléfono y micrófono”.⁵¹

No está por demás señalar que para motivar la fe en la oración, se estipulaba que aquellas personas que rezaban el rosario con devoción frecuente se ganaban para sí toda una serie de indulgencias, siempre y cuando rezaran por el Papa y el exterminio de los herejes.⁵² Hay que indicar que por la plegaria el creyente refuerza su enajenación con respecto a las fuerzas supra terrenales, ya que mediante este ritual se coloca en una relación de dependencia con la divinidad.

B. La misa y la comunión

De los rituales religiosos, el creyente confería una mayor importancia a la misa, ya que se consideraba la plegaria más poderosa.⁵³ Para aquellos hombres fuertemente imbuidos de una mentalidad religiosa, la misa era algo necesario, como percibimos en una nota enviada en 1850 por los vecinos de San Vicente de Moravia al Vicario Eclesiástico, en que le pedían un sacerdote porque carecían de “la gran necesidad del sacramento de la misa y otros bienes”.⁵⁴ Igual situación plantearon en el año de 1857 los vecinos de San Joaquín de Flores, al pedir un coadjutor, ya que decían que carecían de quién les diera diariamente la misa y la predicación los domingos en la ermita.⁵⁵ A través de la revisión de diversos documentos en el Archivo de la Curia Metropolitana, se pudo extraer el hecho de que era una costumbre de los más devotos asistir a la misa diariamente, en horas de la madrugada, antes de iniciar la jornada de trabajo. Aunque se estipulaba, ya entrado en el siglo XX, que a misa se debía asistir regularmente y cuando así se hiciera se debía prestar la mayor atención,⁵⁶ no todos cumplían tajantemente esta orden.

La comunión, a su vez, era algo que no podía desligarse del sacrificio de la misa, ya que representaba su punto culminante. Si para algunos era necesaria la misa diaria, la comunión tampoco dejaba de serlo. Lo que caracteriza a la comunión, según Cazeneuve, es que a través de ella quienes participan en el ritual se unen a un mismo principio sagrado. El acto de comulgar tiene por objetivo que la masa de creyentes tome contacto directo con un arquetipo.⁵⁷ Esa creencia del feligrés, que por medio de la comunión tomaba contacto con su arquetipo intercesor, se refleja en un poema publicado en el diario *Unión Católica* en 1895:

“¿Qué regalada calma
por mi pecho se esparce deliciosa?
¿Qué ventura inmortal dulce amorosa
de inefable placer inunda el alma?
Huye pecado impío
huye bramando al espantoso aberno
pues está lleno de amor el pecho mío”.⁵⁸

Lamentablemente, no encontramos documentos que nos dieran una idea de cómo se celebraban los actos referentes a la primera comunión en la primera mitad del siglo XIX, pero si los encontramos para fines de dicho siglo y principios del XX. Ellos, como se verá, no se diferencian mucho de los actuales. Los postulantes a la primera comunión eran sometidos desde semanas atrás a prédicas, en las cuales se hacía ver la importancia del sacramento que iban a tomar. El día de la comunión, previamente a ella, se renovaban las promesas del bautismo, los niños vestidos de blanco, las niñas con igual color y llevando sendas velas de cera en las manos. Después de haber comulgado, se repartían premios y recordatorios, se velaba el Santísimo por los niños y se daba el caso que, una vez finalizados los actos religiosos, se ofrecía un ágape a los pequeños.⁵⁹

C. La confesión

El sacramento instituido en la confesión sirve para que el hombre “borre” los pecados que ha cometido, al comunicárselos al sacerdote. Es una especie de expiación en donde el hombre que se cree culpable de una falta, la exterioriza, desahogándose de su sentimiento de culpabilidad. La confesión libera algo que el creyente lleva preso dentro de sí mismo y que lo agobia, produciéndole mucho pesar. Al igual que en los dos casos anteriores, el sacramento de la confesión es algo que se convierte en una

imperiosa necesidad para los más devotos y algo a lo que ocasionalmente acuden los menos apegados a la fe. No comulgar y no confesarse en aquellos tiempos era una falta grave contra la moral, así lo dejaba ver en 1831 Juana Zamora que pedía se le concediera licencia de divorcio de su marido Aniceto Campos, quien, según decía, no sólo era vago y pobre, sino que cuando se casaron no comulgó. “Y me consta que no se ha confesado”.⁶⁰ Años después Juana Campos apuntaría que desde que tenía uso de razón, no había visto a su padrastro, que había cometido incesto con ella, ni a su madre, confesarse.⁶¹

Hechos como no confesarse o no comulgar alarmaban a las personas más devotas de aquel entonces. La confesión para ellos era algo de enorme importancia. Como se extrae de la opinión de R. G. Escalante, cuando solicitaba que se le permitiese confesarse después de casado, ya que antes no podía hacerlo:

“Si yo fuera incrédulo, tal condición no sería insignificante, pero no es así, y necesito para hacer una confesión, como Católico Apostólico y Romano, tranquilizar mi espíritu y reformar mi vida, porque éste no es un juguete y veo que esto me es imposible practicarlo de un momento a otro”.⁶²

De allí puede extraerse que el fiel, devoto de la Iglesia, tomaba la confesión como un hecho sumamente importante, al cual se debía llegar con plena responsabilidad y muy bien preparado. Aunque no se pueda generalizar la práctica de los sacramentos según sexo durante el siglo XX, a principios de dicho siglo sí: en el *Mensajero del Clero* se decía que “...es el devoto sexo femenino el que dá mayor contingencia de fervorosos”.⁶³ Es muy posible que esto sucediera igual en el siglo XIX, pero la falta de crónicas de los sacerdotes, respecto a la vida de sus parroquias, no nos deja ir más allá.

D. El matrimonio y el bautismo

El matrimonio era concebido por aquel entonces como uno de los pilares fundamentales de la sociedad.⁶⁴ Sin embargo, no pocos dejaban de irrespetar en este período ese “lazo indisoluble” como puede extraerse de la lectura de varios libros del Archivo de la Curia Metropolitana. “Matrimoniarse”, como decían los costarricenses en buena parte del siglo XIX, era uno de los actos de mayor importancia de su vida, el cual los comunicaba con lo sagrado; por medio de este rito reafirmaban su dependencia de Dios, tributándole un culto que cimentaban con la prole que traerían al mundo.⁶⁵ Ni aún aquí se deja de sentir esa ansia que tenían por ganar la eternidad, ya que tras el acto del matrimonio, se veía la posibilidad de salvar el alma.⁶⁶

Contraer matrimonio no era algo sencillo. La Iglesia imponía muchas trabas para ello, en primer lugar, según el Concilio de Trento, el matrimonio era nulo si los contrayentes tenían un parentesco en línea recta de consanguinidad entre ascendentes y descendentes, tanto legítimos como ilegítimos y en línea colateral hasta el tercer grado, inclusive, en caso de que hubiera duda al respecto. Con el paso del tiempo se eliminó el cuarto grado como impedimento, pero se pudo encontrar gran cantidad de personas que tenían dicha afinidad las cuales solicitaban dispensa para contraer nupcias.⁶⁷ En vista de lo anterior, son numerosas las solicitudes de dispensa matrimonial, para poder así contraer nupcias, tómese como ejemplo la fechada en el año 1884 en Santo Domingo, en la cual Rafael Salas, solicitaba permiso para casarse con Lorenza de Jesús Elizondo, basándose en el hecho de

“que están uno y otro emparentados en esta parroquia con casi todas las familias y no podían casarse medianamente bien, sino con algún pariente”.⁶⁸

Esos intrincados nexos familiares han llevado a muchos a creer en una “igualdad social y económica” de la “democrática sociedad costarricense” venida desde hace siglos, lo que ya ha sido ampliamente rebatido. También había otra serie de restricciones para tomar el sacramento del matrimonio. Antes de contraer nupcias, había que confesarse y comulgar, y una serie de testigos debían brindar información a cerca de los futuros esposos. Si los creyentes no eran de la parroquia en donde se iba a celebrar la ceremonia, el párroco del lugar al que se pertenecía debía dar el visto bueno y se debían correr amonestaciones en las dos iglesias, la de origen y aquella en que se contraerían las nupcias.⁶⁹ La palabra de matrimonio era algo sagrado, violarla era grave, el infractor podía verse enjuiciado por tribunales eclesiásticos y civiles.

Para poder casarse era necesario tener el permiso de los padres como extraemos de una nota de 1921 aparecida en la *Gaceta Oficial*, en donde Arturo Solano, comerciante de Cartago, de 20 años de edad, que deseaba contraer nupcias con Consuelo Alvarado, dice que tuvo que pedir permiso a su mamá para poder casarse.⁷⁰ De acuerdo a trabajos demográficos realizados tanto por Edwin González⁷¹ como por José Antonio Salas,⁷² pareciera que la regla general era el hecho de que la mujer tendía a casarse a una edad más temprana que la del hombre, en las primeras nupcias. En cuanto a los matrimonios en segundas nupcias, se debe indicar que los más favorecidos eran los hombres, ya porque estos tuvieran fortuna, una profesión y oficio rentable, o bien porque necesitaban una mujer que les atendiera a ellos y a sus hijos; para la mujer la posibilidad de un segundo matrimonio se daba si era joven o tenía fortuna.⁷³ El ideal machista que privaba en nuestra sociedad también favorecía que los viudos se casaran nuevamente.

Hasta el año de 1884 la Iglesia católica era la única que tenía el privilegio de vincular matrimonialmente a las

personas; sin embargo a partir de ese año, con la creación del matrimonio civil, la Iglesia no sería la única que podía ejercer tal función. Una vez que fue aprobado el matrimonio civil en 1888, la Iglesia enfocó todas sus fuerzas contra él. Unos decían que era un concubinato y que no podía existir ley que lo amparase,⁷⁴ otros decían que era una fuente de corrupción, inmoralidad y vileza,⁷⁵ Pese a todos los ataques, el matrimonio civil lentamente fue afianzándose con el paso del tiempo. En cuanto al ritual de las bodas, este iba desde el más humilde en un pequeño pueblo, hasta el más lujoso de la sociedad josefina, como por ejemplo el de Ermita Montealegre y Manuel Gallegos, cuyo enlace

“ha sido un acontecimiento de sociedad verdaderamente simpático y atrayente... habíanse dado cita, en ella correspondiendo a la atenta invitación de la dueña y señora, las familias de toda la high-life: -damas respetables, señoritas guapas y apuestas, caballeros come il faut, todo el San José elegante en fin”.⁷⁶

Si en los matrimonios de las clases dominantes la abundancia de luces, flores, música y buenas bebidas era una clara manifestación de la posición económica que se poseía, no sucedía lo mismo en las bodas de las personas menos favorecidas, que a veces solicitaban se les dispensara de correr las amonestaciones, porque no tenían dinero con que satisfacer esos derechos.⁷⁷ El ritual matrimonial evidencia aún más aquel hecho afirmado por Gramsci⁷⁸ de que la Iglesia bajo su aparente unidad nos muestra un mosaico de creencias religiosas, en donde de acuerdo a la clase social, así se vive la religión. Bajo el sacramento del matrimonio se afianza el machismo que caracterizaba a nuestra sociedad, ya que se decía que por el matrimonio, la mujer quedaba confinada al hogar, no pudiendo dedicarse a ninguna otra actividad y, si tenía que salir del

hogar, debía hacerlo con permiso del marido.⁷⁹ La mujer misma aceptaba esa condición de pertenecer al hogar, conclusión que se extrae de lo expuesto por muchas de ellas, cuando declaraban acerca de su oficio, decían que era el propio de su sexo.⁸⁰

El rito bautismal, por su parte, se asemeja a los ritos iniciativos de las religiones primitivas. Por el bautismo, el recién llegado al mundo es aceptado dentro de la comunidad de creyentes. En el siglo XIX era una tradición proceder a bautizar a los niños a los pocos días de nacidos, y si se podía, el mismo día, ya que se creía que si el niño moría sin ser bautizado podía perder el alma. La Iglesia velaba estrictamente para que se cumpliera con el sacramento del bautismo.⁸¹ Tratando de rastrear el culto a la Virgen de Los Ángeles a través de los nombres puestos a los niños en la pila bautismal, se pudo averiguar cómo, a lo largo del período en estudio, se tenía la costumbre de bautizarlos con el nombre del santo del día; sin embargo a fines de nuestro período, esa costumbre empezó a debilitarse.

4. El papel del sacerdote

Toda esa serie de ideas que se encontraban en las cabezas de los devotos eran en gran parte inculcadas por los sacerdotes. Para aquellos hombres y mujeres sencillos, el sacerdote venía a ser, sino el más respetado, uno de los miembros más respetados de la comunidad. Era él quien desde el púlpito, en las confesiones, en las aulas y a través de artículos periodísticos, difundía las ideas antes expuestas. Le tocaba recordarle a los feligreses los “placeres” de los que gozaría el alma en la otra vida, si llevaban una vida recta, o bien era el que les indicaba los “martirios” que sufrirían en el más allá, si no se salvaban.

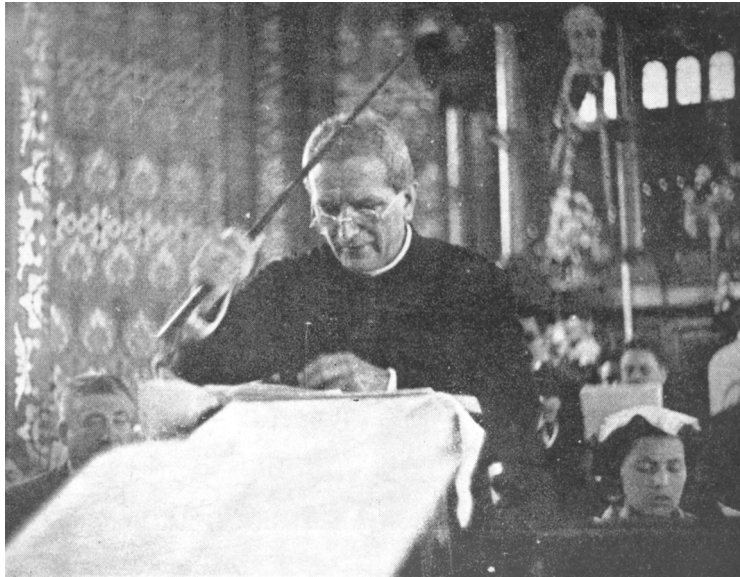
Para cumplir ese cometido era necesario que el sacerdote no utilizara palabras sumamente elevadas. Su vocabulario tenía que ser más bien sencillo para que pudiera

ser captado por todos los que leían o escuchaban.⁸² El sacerdote era bastante estimado en medio de la Costa Rica de antaño: no faltaba en aquel entonces la costumbre de hacer una señal de respeto al paso del cura, o bien el acto de besarle las manos en señal de sometimiento y respeto. Abundaban declaraciones como la que sigue, firmada por vecinos de Moravia en 1881, en la que se nos demuestra la alta estima de que gozaba el sacerdote:

“...es tal el afecto que el vecindario de San Vicente profesa al señor Hidalgo, por su pureza de doctrina y costumbre, que cualquiera de nosotros, sin excepción de sexo, edad o condición le fuera dicho que es necesario el sacrificio de su propia existencia en cambio porque nuestro buen cura, no salga del lugar se prestaría sin vacilar un sólo instante, pues la razón es que todos comprendemos que resulta de la posesión de nuestro amable pastor”.⁸³

Por el sacerdote estimado, una comunidad era capaz de darlo todo, como se deduce de lo anterior, pero claro está no se puede decir que esto se daba en todos los casos. Hubo otros eclesiásticos que entraron en serias disputas con los moradores del lugar que administraban y tuvieron que salir de la parroquia. El sacerdote era considerado, una especie de ser elegido ya que él venía a ser el hombre que se ponía en estrecho contacto con lo divino, era quien lidiaba por salvar la humanidad, quien predicaba y difundía la palabra con la única arma de la verdad y el espíritu de pureza.⁸⁴ Al sacerdote, llamado en aquellos tiempos cura, porque era quien “curaba a las almas”, tocaba según sus fieles la vital tarea de ayudar a las personas en su misión de salvar el alma. Él debía, con sus “sabios consejos”, guiar a sus feligreses en la vida terrenal; si no, véase lo que en 1894 el señor Clodomiro Picado decía en la poesía dedicada al presbítero Rosendo de Jesús Valenciano:

“La Pasión borrasca horrenda
alza a veces en el mal
que pierde la dulce calma
En la horrible contienda;
Pero por ellos se ofrenda
Al verla con rumbo incierto
como timonel experto
El sacerdote valiente
que le muestra la fulgente
Estrella que guía al puerto”.⁸⁵



El presbítero Rosendo de Jesús Valenciano dirige la misa cantada en la Basílica de Nuestra Señora de los Ángeles el 11 de agosto de 1935. Borge C., Carlos, ed., *Tricentenario de Nuestra Señora de los Ángeles patrona oficial de Costa Rica 1635-1935* (San José, Imprenta Lehmann, 1941), entre páginas 576-577.

Por otra parte, el clero no era homogéneo, ni en lo político ni en lo social y menos aún en lo económico. Había algunos que ubicados en una parroquia sumamente pobre, al tener muy pocos ingresos, pasaban grandes penurias; otros, por el contrario, gozaban de una próspera

situación económica. Los había ilustrados, pero al menos en la primera mitad del siglo XIX, la mayoría no lo eran. Monseñor Sanabria, en su obra sobre Anselmo Llorente y Lafuente, indica que la instrucción del clero en los años posteriores a la independencia era bastante deficiente, llegando a afirmar que algunos sacerdotes tuvieron que diferir hasta seis veces la misa porque en los exámenes sinodales no rendían medianamente la liturgia.⁸⁶ Sin embargo, luego de creado el Seminario y con la llegada de sacerdotes extranjeros, hacia fines del siglo XIX, esta situación cambió bastante.⁸⁷ La presión a que se vio sometida la Iglesia a finales de dicho siglo influyó también en ese cambio.

En su gran mayoría, todos trataban de quedar colocados en aquellos lugares donde hubiera mejores ingresos. Varios libros del Archivo de la Curia Metropolitana muestran centenares de negativas de los sacerdotes, cuando se les ordenaba ir a trabajar a lugares alejados del Valle Central e incluso a algunas parroquias distantes dentro de esta misma región. Para fundamentar su posición hacían uso de una serie de pruebas que mostraban que no podían partir al punto asignado, ya por su avanzada edad, porque el clima no le favorecía o bien porque sus actividades económicas, no le permitían salir de su lugar de habitación. La situación parece que era grave desde los primeros años de nuestro estudio, porque en una nota dirigida desde Aserri al Jefe Político Superior, se le hacía ver la enorme facilidad que tenían los ministros de la Iglesia para evadirse del deber que les imponía la religión, la que frecuentemente pregonaban con entusiasmo.⁸⁸

La Iglesia que alardeaba de su apoliticismo, no se caracterizaba precisamente por ello. Como bien es sabido nuestro clero participó en la vida política desde los primeros días de la independencia, posteriormente a fines del siglo XIX y cuando se dio el conflicto Iglesia-Estado, se fundó el partido *Unión Católica*, apoyado masivamen-

te por los sacerdotes.⁸⁹ Ya entrando el siglo XX, hacia los años comprendidos entre 1920 y la década de 1930, el clero, presidido por un hombre conservador como Rafael Otón Castro, atacó las ideas comunistas que se habían infiltrado en el país. Los sacerdotes Carlos Borge y Carlos Meneses, entre otros, llevaron la batuta de ese sentido.

Como se ve el papel del sacerdote en las comunidades de antaño era muy importante y extenso, ya que él trascendía lo religioso. El sacerdote era quien tenía la labor de hacer dóciles con su prédica a los que lo escuchaban o leían, para que no alteraran el orden social, manteniéndolos sumisos bajo la férula de la Iglesia católica, la que contaba así con un respaldo cuantitativamente importante. Y precisamente en esa manipulación que se ejercía sobre las masas, el sacerdote era quién transmitía los dogmas de la Iglesia a los fieles; de allí su enorme importancia. Era el agente enajenador de la realidad y el faro de salvación, según creían sus fieles.

5. Las fiestas religiosas

No se puede cerrar este capítulo sin hacer una referencia, aunque sea breve, a las fiestas religiosas de aquel entonces. En ellas el sentimiento popular se desbordaba con algarabía o recogimiento, si era fiesta de guardar. Por ser las fiestas de Semana Santa, y del santo patrón las más celebradas, se estudiarán tan sólo estos dos casos. La fiesta religiosa introduce al hombre dentro del tiempo de lo sagrado, tiempo en donde el hombre rinde culto a su divinidad con mayor fervor ya que este es el momento en el que puede, según su creencia, ser atendido con mayor esmero.

La Semana Mayor, como era llamada por aquellos años del siglo XIX y principios del XX, tenía como objetivo rememorar la pasión de Cristo. Era una fiesta que invita al devoto a recogerse, a vivir dentro de la más estricta

ta moral. Sin embargo, no todos tomaban estos días en el sentido apuntado, ya que en una nota aparecida en el año de 1893 en el *Eco Católico* se decía que estas fechas eran aprovechadas por algunos para bailar y gastarse el sueldo, viviendo separados del resto de la población que rezaba y meditaba sobre los misterios de la religión.⁹⁰ Estos individuos que discrepaban con el resto de la sociedad no eran vistos con buenos ojos. El rosario y la vela del santísimo, que permanecía expuesto durante varios días, eran cosas comunes; las confesiones y comuniones se multiplicaban en estos días.⁹¹

Para las procesiones, que generalmente se hacían por la mañana, se acostumbraba levantar lujosos altares, los cuales recordaban pasajes de la pasión de Cristo, o bien una serie de alegorías bíblicas preparadas con sumo cuidado.⁹² También existía la costumbre antiquísima de colocar en Semana Santa gran cantidad de santos con sus respectivas alcancías, para que los fieles dieran su óbolo a la Iglesia, lo que llegó a ser criticado, por la gran cantidad de alcancías que se colocaban.⁹³

En cuanto a las fiestas patronales, cabe indicar que si revisamos la lista de los nombres de los pueblos de Costa Rica, nos daremos cuenta que la mayoría de ellos llevan el patronímico de un santo. Las iglesias muestran con gran orgullo en un sitio preferencial al patrono del lugar. Eso no era distinto en nuestro período de estudio. En muchos pueblos, privados de grandes espectáculos y diversiones, la fiesta del santo patrón, era algo esperado con ansia, ya que era la gran fiesta del año.⁹⁴ En una nota aparecida en *La Prensa Libre* de 1908, se decía que al acercarse el día del santo patrón, cualquiera lo notaría, aunque no estuviera en el almanaque. Los tres domingos anteriores a la fiesta, una comisión recorría el pueblo; en el púlpito, el cura exhorta a sus fieles a que dieran más que el año pasado; y las calles se desyerbaban y las casas se engalanaban. Las modistas, el sacerdote y el mayordomo te-

nían mucho trabajo por delante. Había música por doquier: en las vísperas, las campanas y bombetas anunciaban, que se aproximaba la festividad; los actos religiosos se multiplicaban, la procesión en el día del santo recorría las calles, y todo el mundo se engalanaba.

“Ellos lavados, afeitados, luciendo su Flus de drill o casimir. Ellas estrenando vistosos trajes, cintas y pendientes. Hasta el más pobre se muda siquiera de camisa”.⁹⁵

Retrato más vivo no puede ofrecerse. Hay que añadir tan sólo que en estas fiestas las corridas de toros, las ventas de comidas, los juegos de distinta índole proliferaban por doquier, pero también las fiestas eran el escenario donde las autoridades de la localidad y las del Estado salían a relucir en todo momento.⁹⁶ Hasta aquí una ligera reseña de las fiestas religiosas de la época, con lo cual se cierra este capítulo introductorio a nuestro objeto de estudio, el cual se analizará a continuación.

Notas

1. Anónimo, “La religión y sus antagonistas”. *Eco Católico*, 26 de enero de 1884, p. 27.
2. Quirós, Pilar, “Discurso”. *Crónica de Costa Rica*, 5 de febrero de 1859, p. 2.
3. Anónimo, “La religión y sus antagonistas”, p. 27.
4. Stork, Juan Gaspar, “Carta pastoral”. *Mensajero del Clero*, setiembre de 1911, p. 29.
5. Anónimo, “Fé”. *Unión Católica*, 16 de agosto de 1893, p. 642.
6. Archivo Curia Metropolitana (en adelante, ACM). Zamora, Manuel, “Libro de varios”. No. 31, Heredia, 14 de enero de 1835.
7. Archivo Nacional de Costa Rica (en adelante ANCR). Protocolos de Alajuela. Exp. 56 (1832), f. 1.
8. Anónimo, “El ilustrísimo y reverendísimo señor Dr. don Bernardo Augusto Thiel”. *Eco Católico*, 11 de setiembre de 1901, p. 2.
9. ANCR. Protocolos Lara y Chamorro. Exp. 503 (1872), f. 1. Protocolos de Cartago. Exp. 1158 (1850), ff. 1-3. Protocolos Lara y Chamorro. Exp. 707 (1871), f. 15 v. Exp. 521 (1880), ff. 1-49 v.
10. ANCR. Protocolos Lara y Chamorro. Exp. 107 (1858), ff. 14 v.-15.
11. ANCR. Protocolos Lara y Chamorro. Exp. 107 (1858), ff. 14 v.-15.
12. ANCR. Protocolos Lara y Chamorro. Exp. 664 (1858), f. 128 v.
13. Anónimo, “El ilustrísimo y reverendísimo”, p. 3.
14. ACM. “Libro de defunciones”. San José (El Carmen). Exp. 8 (1824), f. 29 v.
15. ANCR. Protocolos de San José. Exp. 568 (1850), f. 6.
16. ANCR. Protocolos Lara y Chamorro. Exp. 521 (1880), f. 49.
17. ANCR. Protocolos Lara y Chamorro. Exp. 523 (1858), f. 22 v.
18. Anónimo, “Muy sentida muerte del padre Gebrante”. *Eco Católico*, 19 de agosto de 1934, p. 45.
19. Iglesias, Rafael, “Sección oficial”. *Gaceta Oficial*, 10 de setiembre de 1901, p. 265.
20. Echeverría, *Concherías*, p. 87.
21. Hostie, *Del mito a la religión*, p. 114.
22. Feuerbach, *La esencia de cristianismo*, p. 62.
23. ACM. Calvo, “Libro de varios”. No. 35, San José, 9 de octubre de 1844, p. 109.
24. Castro, “Carta pastoral”. *Mensajero del Clero*, mayo de 1924, p. 55.
25. ACM. Oreamuno, Nicolás, “Libros de varios”. No. 30, Cartago, 23 de mayo de 1835.
26. Anónimo, “El agua bendita una fuente de auxilio para las almas benditas”. *Mensajero del Clero*, octubre de 1917, p. 235.
27. ACM. Thiel, Bernardo A., “Sermón de Nuestra Señora del Carmen”. “Libro de panegíricos de santos sermones de la Virgen” (San José, inédito 16 de julio de 1888).
28. ACM. Llorente y Lafuente, Anselmo, “Libro de decretos y cartas pastorales”, 3 de mayo de 1851.
29. ACM. Montenegro, Lorenzo, “Libros de varios”. No. 65, Alajuela, 3 de mayo de 1851.
30. ACM. Barahona, Juan Francisco, “Libros de varios”. No. 68, San José, 21 de agosto de 1857.
31. Meneses Brenes, Carlos, “Líneas del director”. *Mensajero del Clero*, enero de 1933, p. 31.
32. No me olvides, “Contemplación”. *Mentor Costarricense*, 17 de agosto de 1844, p. 226.

-
33. Borge, Carlos, "Mes de las ánimas". *Mensajero del Clero*, noviembre de 1922, p. 231.
 34. Ibarra, Evaristo, "Conferencia". *Mensajero del Clero*, 31 de julio de 1900, p. 368.
 35. ACM. Chávez, Tomás de, y Solís, Juana, "Libro de varios". No. 30, San José, 24 de enero de 1829.
 36. Valenciano, Elías, "De la duración de las virtudes después de esta vida". *Mensajero del Clero*, 1919, p. 211.
 37. ACM. Esquivel, José María, "Libro de varios". No. 27, San José, 8 de noviembre de 1826.
 38. ACM. Flores, Leandro, "Libro de varios". No. 27, San José, 20 de noviembre de 1826.
 39. ACM. Echerri, E., "Libro de varios". No. 138, San Juan de Tibás, 9 de febrero de 1871.
 40. Benavides, Miguel, "El dogma del infierno". *Mensajero del Clero*, setiembre de 1929, pp. 327-330.
 41. Murray, *El culto de la brujería*, p. 33-81.
 42. Calderón, José L., "Conferencia sobre el espiritismo". *Mensajero del Clero*, 30 de noviembre de 1897, p. 192.
 43. ACM. Thiel, Bernardo A., "5º dolor y gozo de San José". "Libro de panegíricos" (San José, inédito 23 de agosto de 1886).
 44. Anónimo, "La paz". *Unión Católica*, 6 de agosto de 1891, p. 3.
 45. Biedma, Patrocinio de, "La oración". *Unión Católica*, 18 de setiembre de 1895, p. 834.
 46. Hercovits, *El hombre y sus obras*, p. 398.
 47. Cazeneuve, *Sociología del rito*, p. 237. Feuerbach, *La esencia de cristianismo*, p. 101.
 48. Feuerbach, *La esencia de cristianismo*, p. 101.
 49. Anónimo, "Preparación a la oración". *Mensajero del Clero*, 31 de octubre de 1892, p. 11.
 50. Anónimo, "El rosario en la familia". *Unión Católica*, 1 de octubre de 1891, p. 1.
 51. ACM. Thiel, Bernardo A., "Del rosario". "Libro de panegíricos", 1888.
 52. Anónimo, "Indulgencias y gracias pontificias concedidas a los fieles durante el mes de octubre". *Mensajero del Clero*, setiembre de 1910, p. 35. Véase también: Borge, Carlos, "Indulgencias y gracias pontificias concedidas a los fieles durante el mes de octubre". *Mensajero del Clero*, setiembre de 1922, p. 175.
 53. Rojas, Antonio, "La santa misa es el sacrificio perpetuo del Nuevo Testamento instituido por Jesucristo". *Mensajero del Clero*, junio de 1929, pp. 147-148.
 54. ACM. Anónimo, "Libro de varios". No. 47, San Vicente de Moravia, 9 de enero de 1850.
 55. ACM. Murillo, Pascual, "Libro de varios". No. 68, San Joaquín de Flores, 23 de julio de 1857.
 56. Benavides, Gregorio de J., "Conferencia". *Mensajero del Clero*, agosto de 1917, pp. 175-176.
 57. Cazeneuve, *Sociología del rito*, p. 252.
 58. Anónimo, "Después de la comunión". *Unión Católica*, 27 de setiembre de 1895, p. 866.
 59. Anónimo, "El día más hermoso de la vida". *Eco Católico*, 8 de mayo de 1884, p. 140. Véase también: Anónimo, "Crónica interior". *Eco Católico*, 12 de julio de 1884, p. 204; ídem, "Revista interior". *Eco Católico*, 12 de julio de 1884, p. 204.
 60. ACM. Zamora, Juana, "Libro de varios". No. 46, Heredia, 24 de enero de 1850.
-

61. ACM. Campos, Juana, "Libro de varios". No. 46, Heredia, 24 de enero de 1850.
62. ACM. Escalante, R. G., "Libro de varios". No. 46, San José, 25 de setiembre de 1850.
63. Anónimo, "La confesión de los varones". *Mensajero del Clero*, 31 de agosto de 1901, p. 202.
64. ACM. Guillén, Juana, "Libro de varios". No. 6, Escazú, 16 de setiembre de 1857.
65. ACM. Acosta, Antonio, "Libro de varios". No. 32, Alajuela, 21 de enero de 1842, f. 18. Véase también: ACM. Umaña, Crescencio, "Libro de varios". No. 27, Heredia, 27 de febrero de 1828, f. 145. Chávez, Manuel y Rodríguez, Justa, "Libro de varios". No. 34, Heredia, 11 de mayo de 1841. Picado, Francisco, "Libro de varios". No. 65, Alajuelita, 27 de enero de 1855. Alfaro, Faustino, "Libro de varios". No. 135, Santa Bárbara de Heredia, 18 de abril de 1871, f. 6.
66. ACM. Alfaro, José, "Libro de varios". No. 27, Cartago, agosto de 1828, f. 148. Véase también: ACM. Aguilar, "Libro de varios". No. 28, Escazú, 7 de enero de 1830. Murillo, Ramón, "Libro de varios". No. 31, Alajuela, 18 de agosto de 1840.
67. Castillo, Francisco del, "La consanguinidad como impedimento dirimente del matrimonio". *Mensajero del Clero*, agosto de 1927, p. 217.
68. ACM. Salas, Rafael, "Libro de varios". No. 247, Santo Domingo de Heredia, 29 de setiembre de 1884. Véase entre otros documentos: ACM. Boza Nicolás y Bejarano, Simona, "Libro de varios". No. 27, Tres Ríos, 30 de enero de 1828. Baneegas, Gregorio, "Libro de varios". No. 31, Alajuela, 14 de setiembre de 1836.
69. ACM. Saures, Juan, "Libro de varios". No. 245, San Pedro del Mojó, 5 de noviembre de 1884.
70. Morales, Moisés, "Documentos varios". *Gaceta Oficial*, 17 de noviembre de 1921, p. 1388.
71. González, "Santo Domingo de Heredia", p. 133. Salas, "Santa Bárbara de Heredia", p. 210.
72. Salas, "Santa Bárbara de Heredia", p. 210.
73. González, "Santo Domingo de Heredia", p. 133.
74. Anónimo, "El matrimonio civil, una ley nula". *Eco Católico*, 18 de marzo de 1893, p. 57.
75. Anónimo, "Sección doctrinal". *Eco Católico*, 5 de julio de 1884, p. 197.
76. Anónimo, "La boda". *La República*, 20 de agosto de 1895, p. 2.
77. ACM. Martínez, Ramón, "Libro de varios". No. 216, Puntarenas, 21 de abril de 1881.
78. Portelli, *Gramsci y la cuestión religiosa*, pp. 24-26.
79. ACM. Anchia, Juan, "Libro de varios". No. 66, Pacaca, 29 de setiembre de 1857.
80. ACM. Arias, María de Jesús, "Libro de varios". No. 235, Cartago, 9 de mayo de 1871.
81. ANCR. Gobernación. Exp. 8163 (1885), f. 3 v.
82. Meneses Brenes, Carlos, "Las santas misiones". *Mensajero del Clero*, octubre de 1930, pp. 405-406.
83. ACM. Blanco, Wilfredo, "Libro de varios". No. 223, San Vicente de Moravia, 20 de diciembre de 1881.
84. Anónimo, "El sacerdocio". *Eco Católico*, 26 de enero de 1884, p. 29.
85. Picado, Clodomiro, "El sacerdote". *Unión Católica*, 10 de agosto de 1894, p. 478.
86. Sanabria, *Anselmo Llorente y Lafuente*, p. 162.
87. Sanabria, *La primera vacante de la diócesis*, p. 191.
88. ANCR. Gobernación. Exp. 8747, ff. 134 v.-135.

89. Romero Pérez, *Partidos políticos*, pp. 22-23.
90. Anónimo, “El liberalismo y la Semana Santa”. *Eco Católico*, 25 de marzo de 1893, p. 63.
91. Anónimo, “Semana Santa”. *Eco Católico*, 8 de abril de 1893, pp. 69-70. Véase también: “Fiesta de San José”. *Eco Católico*, 18 de marzo de 1893, p. 54.
92. ACM. Sáenz, Benito, “Libro de varios”. No. 69, Heredia, 1 de mayo de 1857.
93. ACM. Anónimo, “Libro de varios”. No. 69, Cartago, 2 de setiembre de 1857.
94. Salas, “Santo Domingo de Heredia”, p. 141.
95. Fray Juan, “La fiesta del santo”. *La Prensa Libre*, 1 de agosto de 1908, p. 1.
96. Anónimo, “El 25 de julio en Santiago de Puriscal”. *La República*, 1 de agosto de 1891, pp. 2-3. Véase también: Anónimo, “Fiesta de San Juan de Dios”. *Eco Católico*, 11 de marzo de 1893, p. 43; ídem, “La fiesta de San José”. *Eco Católico*, 25 de marzo de 1893, p. 61; ídem, “Santo Domingo”. *Eco Católico*, 12 de agosto de 1893, p. 214.

|

CAPÍTULO 2

LA IMAGEN COMO OBJETO DE CULTO

Es necesario que en una primera instancia, se haga el análisis detallado de las formas que reviste el culto a Nuestra Señora de los Ángeles, con el objetivo de desentrañar no sólo las ambigüedades, sino también los condicionantes de orden no religioso que lo hacen posible. Una primera aproximación a este problema la ofrece el Cuadro 2.1, el cual sintetiza la frecuencia con que cada uno de los subtemas seleccionados se presenta dentro de los 200 documentos bajo examen. Como se puede apreciar, los estereotipos sinónimo de nación-sinónimo de patria y modelo de mujer-modelo de madre son los que figuran más frecuentemente, seguidos por el subtema de la Virgen como milagrosa intercesora.

En este capítulo, se analizará el subtema de la imagen como objeto de culto, el cual, junto con el estereotipo comunidad ideal-comunidad real, se ubican en un rango intermedio entre los subtemas que más aparecen y el que aparece menos (el locus) en la documentación consultada. Para facilitar el examen del subtema en que está centrado este capítulo, se ha dividido el análisis en cinco secciones principales: en las dos primeras, se consideran los problemas del hallazgo de la imagen, de la fecha en que ocurrió y de la persona que lo hizo; y en las tres últimas, se analiza la relación de los creyentes con la imagen y la invención de las tradiciones de la “Pasada” y de la romería.

|

Cuadro 2.1
Frecuencia de aparición de los distintos subtemas sobre el total de la documentación consultada: según porcentaje

Subtema	Frecuencia de aparición	%
La imagen como objeto de culto	57	28,5
Sinónimo de nación-sinónimo de patria	110	55,5
Comunidad ideal-comunidad real	61	30,5
Locus	41	20,5
Modelo de mujer-modelo de madre	86	43,0
La Virgen de los Ángeles milagrosa intercesora	79	39,5

Fuente: Anexo 2.

1. ¿Aparición o hallazgo?

Cuenta la leyenda que el día 2 de agosto de 1635 una mulata llamada Juana Pereira, cuando estaba recogiendo leña en los alrededores de la Puebla de los Pardos, encontró una imagen tallada en piedra, la cual tendría una cuarta de alto. Pensando que tenía en su poder una muñeca, con la cual podría jugar en sus ratos de ocio, la guardó dentro de un cofre sin referirle a nadie el suceso. Ese mismo día, al retornar por segunda vez a recoger leña encontró de nuevo la imagen sobre la misma piedra. Pensando que ya tenía dos muñecas, se encaminó hacia su casa, donde se percató que la primera había desaparecido.

Posteriormente, al pasar por el breñal, encontró por tercera vez la imagen sobre la misma piedra. La mulata, alarmada, corrió a la casa del señor cura a quien entregó el simulacro y le refirió los sucesos que le habían acontecido. El sacerdote guardó la imagen dentro de un camerín. Al día siguiente, cuando la iba a revisar, no la encontró donde la había dejado; luego fue hallada nuevamente en el mismo lugar por la mulata de la leyenda. El cura con los principales vecinos del lugar trajeron en solemne procesión el simulacro hasta la iglesia parroquial, pero al día siguiente, la imagen había desaparecido, siendo halla-

da por quinta vez sobre la misma piedra. Ante tales sucesos, los vecinos en el año de 1639 empezaron a construir un templo en honor de la imagen.

Hasta aquí la leyenda del hallazgo de la Virgen de los Ángeles. Es necesario ahora retomar algunos puntos que a través de nuestro período de estudio han sido relatados de distinta manera, sumiendo a la leyenda en muchas ambigüedades. En la mente del creyente se fijó firmemente la idea de que la imagen apareció por un designio divino. El hecho de su aparición y desaparición ya era inculcado desde inicios de la vida republicana, como se observa a través de una canción compuesta por el presbítero Miguel Bonilla que se interpretaba en el año de 1826 en la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles:

“Salve de Dios escogida,
Reyna de la tierra y cielo.
Que para nuestro consuelo
aquí fuiste aparecida”.¹

El hecho de ser aparecida o hallada, parece insignificante y, sin embargo, no es así. La aparición supone, como se extrae del texto, que lo sagrado se ha hecho presente en la vida del hombre para favorecerle. Por medio de la aparición, este último se eleva de su condición humana y toma contacto con lo sagrado. Por la aparición, el hombre “conoce” la voluntad del ser divino y toma para sí, como arquetipo, la imagen que le aparece. Para un hombre sumamente preocupado por la trascendencia, tomar contacto con lo sagrado era vital, ya que así se aseguraba su salvación eterna, de allí que desde lo más recóndito de su subconsciente deseara tomar contacto con la divinidad, lo que lo impulsó a admitir, como verdad indiscutible, la aparición de la imagen.

Al contrario, al hablarse de hallazgo, se niega que la imagen haya surgido por la intervención divina, y se su-

giere que su descubrimiento se ha dado por el interés de una determinada persona o grupo de personas. Claro está que para el creyente, ansioso de tomar contacto con lo sagrado, esto último es una opinión que raya en la herejía, al menos en aquellos tiempos. En el siglo XX, algunos sacerdotes han asumido esta posición, sin duda alguna debido a una mayor prudencia dentro de la Iglesia católica costarricense, y al mayor nivel cultural de los sacerdotes. Monseñor Víctor Manuel Sanabria es uno de los preladados que se encuentra en este grupo; en su libro *Beatae Mariae Virginis Angelorum*, señalaba que antes de 1635, en el centro de Cartago, vivía una pequeña elite y en los alrededores se encontraban pardos, indios y mestizos, quienes vivían en forma aislada por los montes, lo cual no convenía a españoles y criollos cartagineses; ya que así les era muy difícil explotar esa mano de obra. Había, pues, que integrar a la población. La Iglesia también se mostraba sumamente interesada en ese mismo sentido, ya que teniendo los al alcance de su mano, podía obtener una serie de tributos, por lo cual, para unos y para otros

“era de necesidad fabricar una hermita para ellos y poblarlos al alcance de la solicitud pastoral del párroco, y conociendo como debía conocer el P. Baltasar de Grado la psicología de aquella gente, no es imposible que halla hechado mano al piadoso recurso de colocar una imagen en el sitio escogido para la población, para despertar el interés de los pardos. Esta sería una explicación muy posible y de acuerdo con las realidades”.²

Si tomamos en cuenta la política de reducciones llevada a cabo por la Corona a lo largo del continente se cae en cuenta que lo dicho por Sanabria es bastante probable. Partiendo de la opinión de Sanabria se podría llegar a afirmar, que es precisamente luego del hallazgo de la Virgen

de los Ángeles, y no antes de éste, que la población alrededor de Cartago empieza a concentrarse en la Puebla de los Pardos, lo que se confirma gracias a un documento del Archivo Nacional de Costa Rica, en el cual se indica que el 3 de enero de 1676, Lucas Cervantes, Antonio Bustos y Julián Gaspar, en nombre de los mulatos, negros y mestizos avecindados alrededor de Cartago, piden se les concedan las tierras que habitan para así morar en ellas. Los cabildantes, teniendo en cuenta lo útil de tener unidas a dichas personas, accedieron a la petición.³ La población continúa cohesionándose y ya en el año de 1751, cuando se da la visita del obispo Morel de Santa Cruz, las personas que tiempo atrás vivían dispersas por los campos, habían empezado a integrarse en un pequeño villorio.⁴

Existen, con respecto al hallazgo, dos opiniones sumamente contradictorias, en una se hace presente la manifestación de lo divino, en otras son seres humanos motivados por la realidad que los rodea los que hacen posible “la aparición” de la imagen”. En este sentido (y la falta de pruebas documentales de esos años impide profundizar aún más en este aspecto) y ante la duda que plantea el hecho, se abre una enorme disyuntiva: creer o no creer. La religión sobre todas las cosas es un acto de fe y para el piadoso devoto de nuestro período, no existe menor duda de que la imagen apareció. Debe destacarse para finalizar un punto sumamente importante: la creencia en la aparición fortalece la alienación que vive el costarricense, pues la aceptación de ese hecho como una manifestación divina hace que se otorguen a la imagen muchos poderes sobrenaturales.

2. La fecha del hallazgo y la persona que lo hizo

Si bien para el año de 1935 ya se empezaba a aceptar la fecha de 1635 como la del supuesto hallazgo, se tiene que señalar que aún hoy el hecho permanece en el más

absoluto de los misterios y nada puede admitirse a ese respecto. Incluso pocos años antes de la celebración del tricentenario, las fechas que se daban no eran precisamente las de 1635. Por ello, se retomarán cronológicamente, a partir de 1850, las opiniones de clérigos y laicos que arrojen una luz en ese sentido. En la nota enviada por Francisco María Oreamuno al Vicario Eclesiástico, en que le solicitaba documentos relativos a la Virgen de los Angeles para escribir en *La Gaceta* la leyenda del hallazgo de la referida imagen, decía que éste había ocurrido en el año de 1643.⁵

Posteriormente, el bachiller Domingo Juarros en su obra *Compendio de la historia de la ciudad de Guatemala*, publicada en el año de 1857, indicaba que la iniciación del culto se dio el día 2 de agosto de 1643.⁶ Uno de los tantos viajeros que visitaron Costa Rica en el siglo XIX, Thomas Francis Meagher, publicó en el año de 1860 en la prensa estadounidense un artículo donde hacía alusión a la Virgen de los Ángeles, en el cual señalaba que gracias a un documento que le había cedido monseñor Anselmo Llorente y Lafuente, podía afirmar que el hallazgo había sucedido en el año de 1643.⁷

Bernardo Augusto Thiel, agudo conocedor de la historia eclesiástica del país, en sus *Datos cronológicos para la historia eclesiástica de Costa Rica* aparecida en fragmentos en diversos números del *Mensajero del Clero* durante el año de 1897, indicaba que con base en diversos documentos localizados en el entonces Archivo Arquidiocesano, podía afirmar que entre los años de 1635 y 1638 se había dado el hallazgo de Nuestra Señora de los Ángeles, teniendo la certeza que el día del hallazgo había sido el 2 de agosto. Sin embargo, dudaba del año exacto y tan solo sabía que para el año de 1639 se estaba construyendo una ermita en su honor; por lo tanto, él concluía que era poco probable que la imagen hubiera aparecido antes de 1635.⁸ Un año después monseñor Thiel, se contradecía, echando

abajo su argumento anterior, cuando afirmaba en su sermón, predicado con ocasión de la festividad de la Virgen de los Ángeles, que ésta había aparecido en el año de 1630.⁹ Puesto que Thiel vacilaba en cuanto al año del posible hallazgo, no es una fuente confiable de información.

En los primeros años del siglo XX, el presbítero Víctor Ortiz, en su piadosa “Tradición histórica de la aparición de la imagen de Nuestra Señora de los Ángeles, en la ciudad de Cartago”, vuelve a designar a 1643 como el año del hallazgo.¹⁰ No se crea que al aproximarse la coronación de la Virgen, en el año de 1926 ya se daba por un hecho la fecha de 1635. En un triduo publicado en el año de 1925, se seguía aún admitiendo la fecha de 1643 como año originario del culto.¹¹ En esta misma década de 1920, don Eladio Prado, en diversas publicaciones,¹² hizo referencia a que la imagen no fue encontrada ni antes de 1635, ni después de 1638.

Hasta aquí se ha visto que fundamentalmente se había aceptado el año de 1643 como fecha de partida del



Carroza durante coronación de la Virgen de los Ángeles. Archivo Nacional de Costa Rica. Fotografía 2022 (1926).

culto, o sea cuatro años después de construido el templo; lo que puede dar base para indicar que perfectamente se pudo construir primero el templo y luego crear la leyenda. Con motivo de la fiesta de la coronación, el presbítero, Octavio Castro Saborío pronunció un elocuente panegírico en el cual decía que el año de la aparición había sido el de 1638.¹³ Igual fecha manifestaría la carta circular del episcopado costarricense de ese mismo año.¹⁴ Incluso, un año antes de la fiesta tricentenaria no se tenía ninguna certeza al respecto, como se extrae de la lectura del siguiente texto de monseñor Sanabria, quien apuntaba:

“La imagen fue hallada en agosto, no sería en 1637 durante la visita del señor Núñez Segredo, por que dada la importancia que en aquellos tiempos se daba a las visitas pastorales, la tradición no habría dejado de consignar ese detalle. Sería pues en 1636 o en el año anterior. No es probable que los “vecinos seculares” hubiesen dejado pasar mucho tiempo sin intentar la edificación”.¹⁵

Nada hay claro tampoco en el planteamiento de Sanabria que pueda ayudar al respecto, así como tampoco existe ni siquiera un documento con el que se pueda probar fehacientemente que fue en el año de 1635 cuando se dio el hallazgo. ¿Por qué a mitad de la década de 1930 se tomó esa fecha como inicio del culto? Esto será objeto de análisis en el próximo capítulo.

Es necesario centrarse ahora en la persona que encontró la imagen de Nuestra Señora de los Ángeles. Aquí, al igual que en otras partes del mundo, el hallazgo lo realizó una persona humilde¹⁶, una mulata que vivía en los alrededores de la capital provincial. Este suceso tiene una gran significación, ya que el hecho de que el objeto sagrado sea encontrado por una persona humilde, y no eclesiástica, revela la necesidad del pueblo de tomar contacto

con lo sagrado,¹⁷ para estar así protegido de las adversidades diarias. Se establece, en este sentido, una relación directa entre el hombre y lo sagrado, dejando de lado a la Iglesia. Pasando a analizar lo que se ha afirmado con respecto a la heroína, primero se tratará de conocer cual era su posible edad al momento del hallazgo. La incertidumbre al respecto no es menor que en el caso anterior. En la “Salve de San Estanislao”, el bachiller Rafael Francisco Osejo, al emitir una opinión sobre la persona que había realizado el hallazgo, señaló:

“Una niña os encontró
En una piedra dichosa
A donde fuiste aparecida
Madre nuestra milagrosa”.¹⁸

Aquí se indica claramente que fue una niña la que había realizado el hallazgo. Lo contrario afirmarían el presbítero Miguel Bonilla, quien en el año de 1826, en su “Discurso poético apologético”, aseveraba que había sido una mujer la que había encontrado la imagen.¹⁹ Tampoco el sacerdote Víctor Ortiz aclara este punto; todo lo contrario, más bien él se sume en una gran contradicción ya que si en una ocasión habla de una “zagala” en otra habla de una mujer ya madura.²⁰ Eladio Prado, por su parte, creía firmemente que había sido una mujer adulta la que había realizado el hallazgo.²¹ Muy posiblemente; la incógnita de quién había encontrado la imagen estaba rondando el ambiente previo a los festejos de los trescientos años de la aparición, como se deduce del siguiente comentario de monseñor Sanabria.

“...más increíble es que una señora de respeto se internara por aquellos breñales, que no una moza.”²²

La leyenda muestra en este sentido, también una contradicción, pues a veces se habla de una niña y otras veces de una mujer madura, como la heroína del hallazgo, lo que no permite aclarar nada sobre este punto. Por otro lado, si se quiere descubrir la etnia de la niña o mujer del hallazgo, las interrogantes no son aún menores. En su “Discurso poético apologético”, el cura Miguel Bonilla indica que fue una mulata la que realizó el hallazgo.²³ Pero por otro lado, tanto en la obra del presbítero Víctor Ortiz²⁴ como en el triduo en honor de la Virgen de los Ángeles.²⁵, tan sólo se habla de una mujer sencilla como la descubridora de la imagen.

La carta circular del episcopado ya citada, en vez de aclarar el punto en cuestión, más bien se prestaba para abrir nuevas interrogantes, ya que en ella se decía que había sido una mujer de estirpe indígena la que vio a la Virgen por primera vez.²⁶ A finales de nuestro período, la leyenda tampoco clarifica absolutamente nada, ya que unas veces se habla de una mulata, otras veces de una india y, en la mayoría de los casos, de una sencilla mujer. En cuanto al nombre de la autora del hallazgo, debe decirse que ninguno de los documentos antes citados indica algún nombre. Es precisamente monseñor Sanabria el encargado de “bautizar”, trescientos años después del hallazgo, a la mujer del suceso:

“—Cómo se llamaría la mulata del hallazgo? Históricamente lo ignoramos, pero si la queremos bautizar y en el supuesto de que el P. Sandoval haya sido el famoso “cura”, yo propondría que le impusiésemos el nombre de Juana, pues en el padrón del pueblo de San Juan de Herrera; el 13 de julio de 1638 figura una viuda Juana Pereira con don Alonso de Sandoval”.²⁷

Tratando de aclarar el nombre del cura que se encontraba en Cartago al momento del hallazgo, monseñor Sa-

nabria se inclina por el presbítero Lope de Chavarría, aunque no descarta la posibilidad de que uno de los sacerdotes, Baltazar de Grado o Alonso de Sandoval que vivían en Cartago por el tiempo del hallazgo, pudo ser el cura de la leyenda.²⁸ Grave contradicción muestra aquí monseñor Sanabria, ya que a través de citas que se han expuesto anteriormente se observa que en diversas ocasiones daba distintos nombres, afirmando en cada oportunidad que el cura mencionado estuvo relacionado con el hallazgo. Como se ha visto, la leyenda está envuelta en una atmósfera mítica, en la cual datos sumamente confusos y sin ningún respaldo histórico van hilándose en la mentalidad de los costarricense, hasta que se cohesionan, después del fin de nuestro período, en una leyenda que llega hasta nuestros días.

3. La imagen y los creyentes

Al paso del tiempo, no sólo la leyenda, sino la fe en la imagen, fueron introduciéndose dentro del ser costarricense gracias a una mezcla de mito y alienación, concentrados en la pequeña estatuilla. ¿Cómo se ha hecho esto posible? Para responder a esta pregunta es necesario echar mano a sermones, artículos periodísticos y libros en donde se exalta a la Virgen de los Ángeles, ya por sus facultades terapéuticas o bien por ser el arquetipo intercesor. Aunque el subtema de la imagen como objeto de culto se intensificó a partir de la segunda mitad de la década de 1920 (véase el Cuadro 2.2), ha estado presentado a lo largo de todo nuestro período de estudio. Una nota aparecida en el *Unión Católica*, en el año de 1897, demuestra cómo se trataba de centrar la fe religiosa de los costarricenses en torno a la Virgen:

“Una vez ordenada la procesión presidida por el muy digno Cura de aquella parroquia, Presbítero D. Juan

de Dios Trejos, comenzó a andar magestuosa y lentamente en dirección oeste. La amada imagen de la Reina de los Ángeles, deslumbrante de oro y de rica pedrería apareció en alto sobre la plateada azucena sostenida en hombros de sacerdotes. Cual aparición celeste vino a ser el blanco o el foco a donde fueron a concentrarse todas las miradas”.²⁹

En mensajes como este se trata de fortificar el culto a la Virgen de los Ángeles, ya que se le introduce al creyente la idea de que es la imagen el centro del rito religioso y no ningún otro elemento de él hacia ella. Debe entonces volcar toda su fe, elevando sus plegarias a ella, sea en la hora de aflicción o en

la bonanza debido a que: “la Sagrada imagen de Nuestra Señora de los Ángeles es el imán de todos los corazones fervientes, el faro de nuestras esperanzas”.³⁰ Pero debe señalarse que no sólo se pretende centrar la atención religiosa del creyente en la imagen, sino que se empiezan a intro-

Cuadro 2.2
Imagen como objeto de culto de acuerdo a las fuentes no eclesiolásticas y las eclesiolásticas por quinquenios

Años	Fuentes no eclesiolásticas	Fuentes eclesiolásticas
Antes de 1891	2	8
1891-1895	0	4
1896-1900	2	6
1901-1905	2	1
1906-1910	1	2
1911-1915	2	0
1916-1920	0	1
1921-1925	1	0
1926-1930	4	8
1931-1936	4	11

Fuente: Anexo 2.

ducir ciertas pautas conductuales en el devoto para que las ponga en práctica en el momento del culto, como se puede extraer de los siguientes artículos. En el primero de ellos, publicado en 1935, se decía:

“A la Basílica perpetua llegaron los costarricenses y los que conviven con nosotros bajo el techo hospita-

lario de nuestra Patria, a postrarse de hinojos ante la imagen venerada de la madre de Dios”.³¹

Se refuerza la idea de que ante lo divino hay que postrarse en señal de sumisión debido a la impotencia del hombre y la omnipotencia del ser sagrado. Para demostrar esa subordinación, alentada bajo el velo de la veneración, nada mejor que ponerse de “...rodillas en señal de reverencia”.³² Al fortalecer el culto, cobra más fuerza aún su situación de dependencia del arquetipo, ya que el individuo hará depender de él su situación real y se resignará ante los males que lo aquejan en la vida terrenal. Al incentivar el culto, a la imagen de la Virgen de los Ángeles se le va dotando de ciertas propiedades, con lo que se busca inculcar en la mentalidad del creyente la idea de que la imagen no es inerte, sino que tiene vida y, por tanto, que es susceptible a los ruegos y plegarias del hombre.

En los versos del presbítero Bonilla ya tantas veces citados, puede notarse como desde los primeros años de la vida independiente, se introducía esa idea.³³ Comentando el fervor con que los cartagineses veneraban a la Virgen a principios de nuestro período, Manuel de Jesús Fernández decía que:

“Amaban con extrañable afecto ese símbolo de su fe final adoctrinados en su amor rendíanle culto con aires de idolatría. Para el vulgo la imagen era viva, para todos la imagen era venerable”.³⁴

En el culto religioso empezaban a introducirse elementos puramente profanos. El creyente confundía el culto a la Virgen muchas veces con la idolatría. Pero no se crea que esa mezcla de religión y superchería, presente en nuestra sociedad desapareció en el siglo XX con el mayor auge de las letras. En el año de 1935, en el *Eco Católico* apareció un comentario de doña María Cristina Q de Carr,

en donde llamaba a la Virgen “...talismán incomparable...dama del gnomo”.³⁵ La Virgen de los Ángeles se rodeaba entonces, en la mente del creyente, de una serie de elementos mágicos y, por consiguiente, todo lo que representara a la imagen de Nuestra Señora, era tomado como un amuleto protector; la misma estatuilla era vista así. Años antes, esa extraña mezcla de elementos religiosos y profanos que se venían dando en el culto motivó que a monseñor Rubén Odio publicara en el *Mensajero del Clero* un vibrante artículo donde atacaba ese fanatismo religioso que antecesores y contemporáneos suyos se habían encargado de diseminar en los fieles. Decía que eran sumamente frecuentes las falsificaciones de la devoción, y aunque el culto a las imágenes era algo permitido, no debía hacerse de la imagen el objetivo final del culto. Aún más, duramente criticaba a aquellos que creían que la imagen estaba viva, y a los que utilizaban pedacitos de la piedra y el agua de la fuente con fines supersticiosos y maléficos, pues eran hechos que en vez de propagar la devoción

“...más bien la apaga, desnaturalizándola y convirtiéndola en culto más o menos diabólico como es toda superstición”.³⁶

Esta serie de creencias son evidencia de un sincretismo religioso en donde ideas profanas y religiosas se mezclan abigarradamente. Con el objetivo de buscar una tajante separación entre lo profano y lo sagrado, la Iglesia ha tratado por todos los medios de irse adueñando del culto, para así canalizar la fe del creyente y servir como una mediadora entre el hombre y lo sagrado. Es así como desde la época colonial empezaron a dictarse medidas en ese sentido. Se dice que el obispo Pedro Morel de Santa Cruz, al consagrar la imagen, prohibió que en lo sucesivo la tocaran los seglares.³⁷

4. La Pasada

En 1782 cuando Esteban Lorenzo Tristán, visitó el santuario, al ser notificado que en las fiestas agostinas (celebradas en honor de la Virgen de los Ángeles en el aposento adjunto al templo) se realizaban grandes jolgorios que iban en contra del sentimiento religioso, dio la orden que a partir de ese año fuera trasladada en hombros de los sacerdotes hacia la iglesia parroquial y allí permaneciera por espacio de un mes, trayéndola luego a su templo, el primer domingo de setiembre; en medio de una solemne procesión.³⁸ Este acto con el paso del tiempo, sería conocido como la Pasada. Para frenar los actos que se practicaban en el local adjunto al templo, monseñor Tristán ordenó que allí se abriera una escuela de primeras letras, lo que causó muchas disconformidades entre aquellos que convertían aquel lugar en un verdadero antro de inmoralidades durante las fiestas agostinas.

La disposición de Tristán confirmaba la de Morel de Santa Cruz en el sentido de separar a los laicos del contacto con la imagen de Nuestra Señora de los Ángeles. Esto recuerda a aquellas creencias de los pueblos primitivos según las cuales tocar el elemento sagrado, era toda una interdicción, y el que así lo hiciera, cometía una grave falta. La Iglesia, al colocar bajo su dominio el culto, buscaba separar lo religioso y lo profano; para esto introducía una especialización en los papeles religiosos, en los cuales al laico cada vez se le iba separando del contacto con lo sagrado, dejando tan solo el contacto de este tipo a los sacerdotes. Si se recuerda, lo anotado en el capítulo primero, en donde se demostró la enorme importancia que era concedida al sacerdote, no es de extrañar que aquellos hombres sometidos a quien consideraban su guía espiritual, dejaran cada vez más en sus manos, ciertos aspectos rituales relacionados con el culto religioso sin presentar serias oposiciones

A medida que se va dando una especialización de los papeles religiosos, la dualidad religiosa se hace presente más palpablemente: a la masa de fieles se les va sumiendo tan solo en la práctica del culto y en el conformismo religioso,³⁹ mientras laicos y sacerdotes, ligados a la organización institucional del culto, son los únicos que pueden tomar contacto con lo sagrado.⁴⁰ Pero no se crea que es tan solo propagando el tabú de que la imagen no puede ser tocada por los fieles la única forma en que se trata de separar lo profano de lo sagrado en el culto a Nuestra Señora de los Ángeles. Otro ejemplo de ello es la oposición constante de la Iglesia católica a la presencia de enmascarados en la Pasada. Desgraciadamente no se han podido encontrar referencias, que permitan conocer en que época empezaron a aparecer personas disfrazadas en esa procesión; lo cierto del caso es que, a fines del siglo XIX, esta manifestación era un hecho ya consolidado. Al comentar la Pasada del año 1897, en una publicación del *Diario de Costa Rica*, se decía:

“Tres horas duró aquel grandioso desfile de fieles entre los cuales iban cumpliendo sus obligaciones los tradicionales enmascarados de cada año. No ha podido la crítica mordaz ni la volteriana sonrisa de nuestros libres pensadores impedir aquella variada, sencilla, pero al fin piadosa manifestación de gratitud hacia la Benemérita Reina de los Ángeles”.⁴¹

Es preciso que, antes de seguir adelante, se recalquen un par de puntos. En primer lugar, hay una alabanza a los enmascarados, y en segundo lugar, las críticas que se le presentan a estos no vienen de la Iglesia católica, sino de personas no religiosas. La mascarada era vista como un símbolo de fe, de fe sencilla, pero al fin y al cabo fe. Sin embargo, no tardarían en pasar muchos años para que se diera todo lo contrario: lo que antes se alababa, sería luego

repudiado, lo que antes era concebido como fe, luego sería visto como paganismo. En 1900, hay ya una queja por

“...esa mascarada inmoral que acompaña al acto religioso de la pasada de la imagen a su templo. Esa es una mezcla informe de paganismo y cristianismo. Bien sabido es como se abusa del disfraz en dicho acto para cometer ciertas torpezas que desdican la cultura social y moral que debíamos haber alcanzado, meretrices disfrazadas con faldas cortas, camisas escotadas, chanzas indecentes dichas por muchos enmascarados, no podrán nunca formar más que una vil profanación de un acto que debiera revestir toda la seriedad posible”.⁴²

La cita refuerza lo que se ha venido sosteniendo de que la Iglesia (cuya posición en este caso concreto fue expresada por un laico) trataba por todos los medios de tomar el culto en sus manos, lo que observamos en la fuerte crítica que se lanza a los enmascarados y a la “profanación” que ellos hacían del ritual religioso. Además, se ve con claridad que en la fiesta de la Pasada no todo era recogimiento y devoción, como manifestaban laicos y seglares ligados al culto. Los disfraces de la Pasada iban desde las personas vestidas de indios, hasta los que se disfrazaban de animales; muchos de ellos se disfrazaban para pagar promesas por un favor recibido. Pese a la reiterada prohibición de que las persona asistieran a la procesión enmascaradas,⁴³ esto continuó realizándose y así, se ve que en el año de 1903, se criticaba duramente a los que contradecían esta orden:

“Al lado de las graciosas cholitas, de apuestos caciques, disfraces que gustaron por su significación histórica, de niñitos vestidos de jardineros y de ángeles, venían figuras verdaderamente repugnantes y que da-

ba miedo hasta acercárseles por temor de encontrar un poco de microbios, quien sabe de qué enfermedad, tales eran los harapos que ahí se lucían esto sin contar las mujeres con levitas y otros disfraces no menos ridículos”.⁴⁴

Aunque fuertemente se atacó a los enmascarados en nuestro período y se busca el uso de disfraces menos grotescos,⁴⁵ no por ello se frenó esta costumbre. Llegados aquí, se debe indicar que pese a todos los intentos realizados por la Iglesia católica, para tomar en sus manos el culto a la Virgen de los Ángeles, solo lo pudo lograr en los aspectos relacionados con el ritual religioso. Al final de nuestro período, se multiplicaron las misas, confesiones, comuniones, romerías, la fastuosidad de los actos litúrgicos, pero las explosiones de fe espontánea y sencilla de las masas, donde íntimamente se mezcla lo profano y lo sagrado, no habían sido eliminadas.

5. El caso de Llano Grande y las romerías

A continuación se examinarán otras formas en que el costarricense ha manifestado su devoción a la Virgen María, en su advocación de los Ángeles. Primero hay que detenerse en una manifestación típicamente regional, que podría, llamarse la manifestación de Llano Grande de Cartago. La narración que a continuación se expone, se basa exclusivamente en una publicación aparecida en *La Nación* en el año de 1979.⁴⁶ Cuenta la leyenda que el día 6 de junio de 1877, en los terrenos del padre Chavarría, cayó una plaga de chapulines que amenazaba con destruir los sembradíos. Los vecinos del lugar pidieron al cura de Cartago, Juan Ramón Acuña, permiso para llevar la imagen de Nuestra Señora de los Ángeles a sus campos. Una vez solucionado el problema por la intervención de la Virgen, según los creyentes, quedó la costumbre de llevar

una peregrina casa por casa, saliendo del templo en horas tempranas de la mañana, para que así todos los moradores del lugar tuvieran la protección de la Virgen.

Otra manifestación de fe, con respecto al culto a la imagen en estudio son las romerías. Aquí tampoco se puede precisar con exactitud el año en que empezaron a darse estas hacia el templo de Nuestra Señora. En el tiempo de la visita de Esteban Lorenzo de Tristán, en 1782, se decía que las romerías se practicaban desde mucho tiempo atrás.⁴⁷ Sin embargo, es precisamente en el siglo XX cuando empiezan a llegar asiduamente las masas de fieles a Cartago. No se debe descartar que esto, en buena parte, se debe a mejores facilidades para trasladarse hasta esa ciudad, así como a la prédica constante de los sacerdotes, la cual buscaba fortalecer la devoción del creyente en la imagen. Las romerías son una manifestación de fe masiva, en las cuales la caminata emprendida es una especie de sacrificio que se ofrenda al arquetipo.

El hombre movido por un ideal de llegar a tomar contacto con lo divino, en el espacio sagrado, recorre la ruta que lo separa de aquella. La marcha viene a ser una especie de penitencia, en la cual él se depura y expía sus culpas. Una especie de ascetismo se encuentra detrás de la romería. El creyente, al emprender la caminata, ha aceptado lo duro de ella, y la purificación de que se ha hablado se da gracias al esfuerzo realizado⁴⁸ y a la fe demostrada en el acto. Por aquellos años no sólo se organizaban romerías el día primero de agosto, sino que se hacían en cualquier fecha del año. Era frecuente que ellas se realizaran por parroquias, tocándole al cura todo lo relativo a la organización.

Una de las mejores descripciones que se han podido encontrar, se publicó en el diario *La Tribuna* de 1926, con motivo de la romería organizada por el cura de la Soleidad, Víctor Manuel Villalobos. En ella se indicaba que los romeros antes de partir debían reunirse frente a la plazo-

leta, donde se practicaron toda una serie de ritos y cánticos religiosos; una vez terminados estos actos, se dispararon bombetas al aire para anunciar la partida del grupo, una filarmónica marchó con los romeros para ir acompañándoles con sus alegres notas.⁴⁹ Era costumbre que en el camino se apostaran algunas personas encargadas de resguardar el orden público; también se destinaban uno o dos coches para que recorrieran la romería, prestando sus servicios a los peregrinos.⁵⁰ Mientras tanto, en Cartago, centro del culto, la ciudad se engalanaba para recibir a los visitantes, y se colocaban flores en el lugar donde había, de pasar la marcha. Algunas veces las autoridades civiles y eclesiásticas, con una banda militar y la Virgen de los Ángeles, salían a recibir a los romeros, los cuales pasaban a la Basílica, en donde rendían culto a la imagen como acto final de la romería.⁵¹

A fines de nuestro período, el recorrido entre San José y Cartago cubierto de diversas formas, era otra expresión ya consolidada, del culto a la Virgen del Toyogres. Los sacerdotes eran los encargados de organizar la manifestación, evidenciándose también en esto su preocupación por controlar esta forma del culto. Sin embargo, de todas las manifestaciones, las más imponentes son las fiestas que en el mes de agosto se efectúan en honor de la Virgen de los Ángeles. La fiesta como se ha dicho en el primer capítulo, es un tiempo de lo sagrado, donde el hombre pasa a tener un contacto más directo con lo divino. Es el momento cuando el creyente se hace a la idea de que sus ruegos pueden ser atendidos con mayor esmero y prontitud,⁵² cuando al menos, teóricamente, expía sus culpas, purificándose. Nótese que decimos al menos teóricamente, ya que como veremos luego no todos utilizaban el tiempo de lo sagrado para purificarse y expiar sus culpas. Clérigos y laicos tratarán de corroborar la opinión de Cazeneuve, sino veámoslo a través del siguiente fragmento aparecido en el diario *Unión Católica* en el año de 1894, en que se alababa:

“...el orden y fervor que ha reinado en los actos de la solemnidad, cumplidos todos con el mayor reconocimiento y la más sincera devoción”.⁵³

Dos años después, en el mismo diario, comentando la fiesta de la Pasada, se decía que en ella había cánticos que elevaban el espíritu a consideraciones halagüeñas sobre aquella procesión y su objetivo.⁵⁴ La perspectiva de las publicaciones no varía en ningún sentido y así, refiriéndose a la fiesta del tricentenario, Rafael O. Castro indicaba que “fueron aquellos días de profunda espiritualidad, de recogimiento, de santo entusiasmo”.⁵⁵ La idea de un tiempo de lo sagrado, en el cual el costarricense se recogía a orar a su arquetipo, era impulsado por los adherentes al culto. No debe negarse que eso efectivamente se daba entre los más devotos, pero una buena porción de los que asistían a las fiestas agostinas no demostraba un verdadero fervor católico.

De los libros de datas,⁵⁶ se han extraído aspectos relativos a la fiesta de Nuestra Señora de los Ángeles, aunque debe hacerse antes que nada la siguiente aclaración: los datos que aparecen en estos libros son sumamente escuetos, no ofrecen ninguna descripción de las fiestas de Nuestra Señora. Hasta 1880 se tienen muy pocas fuentes, por lo que es preciso valerse de la imaginación para interpretar esos fríos datos. Estos tan sólo serían complementados por una crónica aparecida en el año de 1935, en la cual se narraba cómo eran las fiestas agostinas a mediados del siglo XIX. Existía la costumbre, sumamente arraigada, de realizar vistosos juegos de pólvora, corridas de toros y sarao. Los oficios religiosos se daban continuamente, los fieles acudían a ellos y se multiplicaban los rezos del rosario y diversas oraciones. Los sacerdotes se revestían, tanto para ofrecer misa, como para las procesiones, ello con el fin de dar más solemnidad al acto religioso. Se acostumbraba también que durante el sermón, un prelado, un tanto ilus-

trado, ofreciera en la mayoría de los casos un panegírico a la Virgen, en el cual se hablaba del hallazgo, o bien se exaltaba una de las virtudes de María. La pompa se hacía presente en las festividades cartaginesas y muchos sacerdotes participaban en los ritos.

La música que se tocaba en los actos litúrgicos era bastante sencilla, como se ha concluido a partir de las canciones del presbítero Miguel Bonilla. Esas canciones se entonaban en el templo del Nuestra Señora ya desde el año de 1826. Músicos especialmente contratados para la festividad, amenizaban no sólo las fiestas religiosas, sino también las actividades de diversa índole que se practicaban en el mes de agosto. Las festividades duraban desde los primeros días de agosto hasta el primer domingo de setiembre; durante cada día una persona, llamada el mantenedor, se hacía cargo de la festividad. Una mejor descripción del desarrollo de las fiestas, en la primera mitad del siglo XIX, la ofrece el señor Ventura Leandro:

“...lo que más me llamaba la atención en las fiestas destinadas a la Virgen no eran los toros ni las guerrillas, pero sí la gran procesión de La Pasada, con su cortejo de indios y de mulatos; sus esclavos, y salvajes y la gran devoción –hoy perdida– con que asistían las gentes venidas de todas partes y en sus carretas recién pintadas recubiertas con lonas nuevecitas venidas por Puntarenas o bien montadas en yeguas lujosamente enjaezadas...”⁵⁷

Una crónica de fines del siglo XIX aclara qué eran las famosas guerrillas de que habla el citado autor. En esa nota, el señor Ernesto Ortega dice que antes de las corridas había un simulacro de guerra entre moros y cristianos, comandados unos por don Diego Gómez y otros por el capitán Calvo, guerreros que antes de la batalla pasaban por las principales calles cartaginesas luciendo sus atuen-

dos.⁵⁸ La descripción que ofrece el señor Leandro señala que durante las fiestas se tomaba una imagen peregrina con la cual se practicaban visitas a barrios y pueblos lejanos, acompañados por músicos que tocaban melodías al son de guitarras, violines y chirimías. Era costumbre que en las casas de los lugares adonde llegaba la imagen peregrina, al final de la reunión, se entonara la siguiente cuarteta:

“Agora dice la vieja
Oh que viejo tan malvado
tanta gente que ha venido
sin haberla convidao”.⁵⁹

De estos rústicos versos, nacidos seguramente de alguien del vulgo, se puede deducir que gran cantidad de personas acompañaban a la Virgen en sus desplazamientos. Hasta aquí, las únicas fuentes para reconstruir las fiestas agustinas han sido los libros de data y la citada narración de Ventura, confirmada por la de Ortega, ya que pese a que se revisaron publicaciones periódicas entre los años 1843 y 1880, solo se encontró en los diarios consultados una referencia a las fiestas de la Virgen de los Ángeles, lo que es síntoma del poco fervor que se le tenía a la Virgen fuera de Cartago. Sin embargo, después de 1880, y fundamentalmente a fines de esa década, los diarios empiezan a colocar anuncios de las festividades cartagineses. Abriendo esa década, en el año de 1881, aparecen unas gacetillas del ferrocarril, donde anunciaba su itinerario especial entre San José y Cartago con motivo de los festejos.⁶⁰ Estos servicios especiales, como se pudo comprobar posteriormente, se fueron incrementando cada vez más con el paso del tiempo, para así favorecer la mayor afluencia de romeros hacia Cartago, lo que es un indicio de la creciente importancia de la festividad dentro de la mentalidad religiosa de la época.

Luego de 1882, diversas personas empiezan a anunciar los negocios que han abierto en Cartago por esos días para favorecer a sus clientes. Está por ejemplo el anuncio aparecido en *La Gaceta* de ese año, en el cual de Benedictis y Seripanti, avisaban que siempre dispuestos a favorecer a sus clientes, habían decidido abrir una cantina y restaurante, donde venderían magníficos licores a precios módicos.⁶¹ Otro indicio de que el número de fieles fue creciendo en las fiestas, lo demuestra el hecho de que algunos negociantes de Cartago empezaron a expandir sus negocios, como se concluye del anuncio publicado en el *Diario de Costa Rica*, por don Celso Robles, en el cual indicaba que en su negocio había puesto a la orden del público dos nuevos salones.⁶²

Para 1886 ya se anunciaba hasta un hotel, el cual ofrecía a los visitantes cuartos buenos y baratos. A la par del hotel Aguilar, en el mismo anuncio, se ofrecía en alquiler dos casas para los visitantes a Cartago.⁶³ El hecho de que un hotel se anunciara, y se pusieran casas en alquiler, era señal no sólo de una mayor afluencia de personas a las fiestas, sino que a ellas empezaban a concurrir elementos de las clases dominantes, los cuales aprovechaban las fiestas agostinas para reunirse con sus parientes de Cartago, como lo demuestra el hecho de que ya desde el año 1881 se afirmaba que las fiestas fueron "...extraordinariamente concurridas por familias selectas de las demás provincias".⁶⁴

Finalizada la década de 1880, se observa que el mismo Presidente de la República, asistía a las fiestas religiosas, práctica que se incrementó en el siglo XX. Para las personas de alta sociedad, y para aquellos que ocupaban cargos públicos; la festividad de los Ángeles, era una excelente oportunidad de ver crecer entre las masas su popularidad, por la cual asistían a las principales actividades que se programaban en esos días. El acto religioso era manipulado por muchos políticos para así aprovecharse

de la fe de los creyentes con fines no precisamente religiosos. Para fines del siglo, las fiestas, tenían ya un carácter mucho más fastuoso, al transformarse en una fiesta nacional. Nuevos atractivos habían empezado a introducirse a la par de las viejas mascaradas: a los fuegos artificiales, toros, bailes y demás actos religiosos, se agregaba una alegre diana que en las primeras horas del día despertaba a los vecinos del lugar, funciones lírico-dramáticas, retretas y actos de prestidigitación.⁶⁵ Años más tarde, ya hacia fines de nuestro período, a los actos ya citados empieza a añadirse la presencia de aviadores⁶⁶ y partidos de fútbol, deporte que ya estaba para este entonces muy popularizado.



Procesión de la Virgen de los Ángeles. Archivo Nacional de Costa Rica.
Fotografía 3729, detalle (1890?).

Aunque en el siglo XX existen dos celebraciones sumamente fastuosas, la de la coronación en 1926 y la del tricentenario en 1935, no es necesario comentarlas ya que buena parte de lo que anteriormente se ha apuntado, se

dio en ellas. Con anterioridad se ha señalado que era una preocupación de nuestros antiguos sacerdotes, dejar en la mente de sus fieles, la creencia de que las fiestas estaban revestidas del más estricto sentimiento religioso. A partir de este momento se demostrará que esto no era del todo cierto, ya que elementos religiosos y profanos se mezclaban indistintamente en las fiestas. Esto era algo que se había proscrito desde antes de la visita de Esteban Lorenzo de Tristán.

Empecemos primero por referirnos a la presencia de los juegos de azar en dichas fiestas. Para 1895 parece que los juegos de azar eran un hecho consolidado en ellas, aunque no eran bien vistas por el corresponsal del *Unión Católica*, quien señalaba al comentar las festividades:

“...y lo que más sentimos es que en esos tres días se dan citas los jugadores de toda la república para reunirse y explotar a todos los desgraciados que caen en sus manos... Pensábamos que nunca se volvería a dar el triste espectáculo de que a los menores de edad se les viera en esos focos de corrupción que llaman casas de juegos, nos figuramos que ya esas ladroneras, que en realidad lo son, no volverían a cerrar el paso al honrado campesino o comerciante o niño con la tentadora esperanza de una ganancia que no lo es”.⁶⁷

El texto es elocuente, los juegos de azar, se practicaban por doquier, participando en ellos no sólo personas adultas sino también niños, los cuales, sin distinción de edad, caían en las redes de los tahúres. Todavía en 1924 personas de diversa índole eran víctimas de tahúres y comerciantes en los festejos de agosto. Pero en los juegos no sólo participaban personas de escasos recursos, sino también individuos de las más altas esferas, como se concluye de la lectura de un artículo publicado por diario *La Tribuna* en el año 1925. En dicho texto se apuntaba que la

policía, al perseguir los lugares donde se practicaba el juego, no se adentraba en las grandes madrigueras.⁶⁸

En las fiestas tampoco faltaba el licor, éste era uno de los invitados principales, aunque muchos repudiaban su presencia y pedían que fuera controlado con mano fuerte, ya que iba en contra de la moralidad pública y del objeto del culto. Los mismos anuncios ya citados, que colocaban en la prensa los comerciantes, señalaban que el licor era una bebida que apetecían de buena gana los que visitaban Cartago en ocasión de los festejos. Para el año de 1896, el problema se manifestaba en todo su esplendor ya que pedían verse “infinidad de jovencitos imberbes paseándose por las calles, lanzando gritos destemplados producidos por el abuso del licor”.⁶⁹

Al final de nuestro período, se nota que el mal, en vez de desaparecer, más bien iba en aumento, como lo señalaba un reportero de *La Tribuna*, quien al comentar las fiestas de 1924, decía que además de diversas atracciones, “...el pueblo liba sin misericordia”.⁷⁰ En la fiesta de la coronación, dos años después, pese a que hubo severa prohibición (se llegó incluso a cerrar los expendios de licores), la orden se quebrantó y no faltó quien se emborrachara, yendo a dar a la estación de policía.⁷¹ Por otra parte, aunque había personas que asistían con fe a las festividades, como se ha visto, otras no reflejaban una estricta moralidad, como se deduce del comentario aparecido en el *Diario de Costa Rica* en el año de 1897. En dicha publicación se indicaba que en el baile de mascaradas no había una sola mujer

“...toditos son del sexo feo... viendo damas (por el vestido) de cuerpos atléticos y nervudos de entero seso, nerbudos brazos y piernas, desmesurada planta de talla al raz, o sea de una sola pieza sin redondeos ni curvaturas, manos propias para el arado; en una palabra cuerpos con todas las imperfecciones inherentes a

nuestro sexo feo, verdaderos marimachos, bailoteando grotescamente con otro falso gurrumino y tendrá usted idea de esa desabrida anomalía”.⁷²

Hasta aquí los documentos citados rechazan la idea impulsada por curas y laicos, de que en las fiestas de los Ángeles todo era profunda espiritualidad, recogimiento y santo entusiasmo. Este rechazo evidencia la idea de que detrás del culto a la Virgen de los Ángeles hay una serie de elementos profanos que han ido arraigándose dentro de la mentalidad religiosa, alentada en buena parte por la misma Iglesia católica.

Notas

1. Bonilla, "Canciones". *Beatae Mariae Virginis Angelorum*, p. 63.
2. Sanabria, *Beatae Mariae Virginis Angelorum*, p. 59.
3. ANCR. Cartago Colonial. Exp. 1.119 (1676), f. 13 v.
4. Thiel, Bernardo A., "Datos cronológicos para la historia eclesiástica". *Mensajero del Clero*, 28 de febrero de 1900, pp. 263-264.
5. ACM. Oreamuno, Francisco María, "Libro de varios". No. 46, Cartago, 29 de enero de 1856.
6. Sanabria, "En qué año sucedió el hallazgo". *Mensajero del Clero*, agosto de 1934, p. 584.
7. Sanabria, "En qué año sucedió el hallazgo", p. 584.
8. Thiel, "Datos cronológicos para la historia eclesiástica". *Mensajero del Clero*, 31 de marzo de 1897, p. 82.
9. Thiel, "Nuestra Señora de los Ángeles". "Libro de Panegíricos", 1888.
10. Ortiz, Víctor, "Piadosa tradición histórica de la aparición de la imagen de Nuestra Señora de los Ángeles en la ciudad de Cartago". *Beatae Mariae Virginis Angelorum*, p. 88.
11. Anónimo, *Triduo en honor de Nuestra Señora*, p. 7.
12. Prado, *La Virgen de los Ángeles coronada*. Véase también: ídem, *Monografía del santuario de Nuestra Señora*.
13. Castro Saborío, "Discurso". *La Virgen de los Ángeles coronada*, p. 313.
14. Castro, Rafael Otón, et al., "Carta pastoral colectiva del episcopado costarricense con motivo de la coronación de la imagen de Nuestra Señora de los Ángeles". *La Virgen de los Ángeles coronada*, p. 217.
15. Sanabria, "¿En que año sucedió el hallazgo?", p. 566.
16. Lafaye, *Guadalupe y Quetzacoalt*, p. 301.
17. Dupront, *Hacer la historia*, p. 120.
18. Osejo, "Salve de San Estanislao". *Beatae Mariae Virginis Angelorum*, p. 115.
19. Bonilla, "Historia poética". *Beatae Mariae Virginis Angelorum*, p. 58.
20. Ortiz, "Piadosa tradición histórica", p. 89-91-92.
21. Prado, *La Virgen de los Ángeles coronada*, p. 5.
22. Sanabria, "¿En que año sucedió el hallazgo?", p. 590.
23. Bonilla, "Historia poética". *Beatae Mariae Virginis Angelorum*, p. 59.
24. Ortiz, "Piadosa tradición histórica", p. 89.
25. Anónimo, *Triduo en honor de Nuestra Señora*, p. 6.
26. Castro, et al., "Carta pastoral colectiva", p. 217.
27. Sanabria, "¿En que año sucedió el hallazgo?", p. 590.
28. Sanabria, "¿En que año sucedió el hallazgo?", p. 590.
29. Calderón, J. S., "La pasada". *Unión Católica*, 7 de setiembre de 1897, pp. 791-792.
30. Arrieta, "Que Nuestra Señora de los Ángeles sea venerada". *Mensajero del Clero*, julio de 1929, p. 129.
31. Meneses, "Costa Rica de pie". *Mensajero del Clero*, febrero de 1935, p. 821.
32. Anónimo, "Sin precedentes". *Diario de Costa Rica*, 4 de agosto de 1935, p. 457.
33. Bonilla, "Canciones". *Beatae Mariae Virginis Angelorum*, p. 63.
34. Jiménez, "Siempre lo mismo". *Diario de Costa Rica*, 25 de abril de 1927, p. 4.
35. Carr, "La Negrita". *Eco Católico*, 2 y 4 de agosto de 1935, p. 85.
36. Odio, "Falsos conceptos de la devoción". *Mensajero del Clero*, julio de 1927, pp. 161-162.
37. Prado, *La Virgen de los Ángeles coronada*, p. 5.
38. Tristán, "Libro de la visita".

39. Portelli, *Gramsci y la cuestión religiosa*, p. 145.
40. Luckman, *La religión invisible*, p. 77.
41. Calderón, J. S., "La pasada", p. 791.
42. Cristian, "De Cartago". *La Prensa Libre*, 8 de setiembre de 1900, p. 3.
43. Anónimo, "De Cartago". *La Prensa Libre*, 5 de setiembre de 1900, p. 2.
44. Anónimo, "Notas de Cartago". *La Prensa Libre*, 1 de setiembre de 1903, p. 2.
45. Anónimo, "Ecos de la fiesta". *La Tribuna*, 31 de agosto de 1924, p. 5.
46. Polini, Gina, "Dos tradiciones en torno a la Virgen de los Ángeles". *La Nación*, 31 de mayo de 1979, pp. 2-3.
47. Tristán, "Libro de la visita", p. 25.
48. Moron y Cobreros, *El camino iniciativo de Santiago*, p. 39.
49. Anónimo, "El Pbro. Villalobos organiza la romería de los fieles de la Soledad a Cartago". *La Tribuna*, 22 de abril de 1926, p. 4.
50. Anónimo, "La coronación". *Diario de Costa Rica*, 27 de abril de 1926, pp. 2-5.
51. Meneses, "La gran peregrinación". *Mensajero del Clero*, mayo de 1935, pp. 900-901.
52. Cazeneuve, *Sociología del rito*, pp. 202-204.
53. B. N. A., "Regina Angelorum". *Unión Católica*, 26 de setiembre de 1894, pp. 621-622.
54. Thiel, "Correspondencia". *Unión Católica*, 11 de setiembre de 1896, p. 805.
55. Castro, "Carta pastoral". *Mensajero del Clero*, noviembre de 1935, p. 1116.
56. ACM. "Libro de data de la cofradía de Nuestra Señora de los Ángeles", año 1825. Véanse también los años 1839 y 1866.
57. Leandro, "Del sabroso tiempo de antaño". *La Tribuna*, 2 de agosto de 1935, p. 12.
58. Ortega, "Las fiestas pueblerinas". *La Tribuna*, 2 de agosto de 1935, p. 14.
59. Leandro, "Del sabroso tiempo de antaño", p. 12.
60. Anónimo, "Tren extraordinario para Cartago". *Gaceta Oficial*, 19 de agosto de 1881, p. 4. Véase también: Anónimo, "División central del ferrocarril de Costa Rica". *Gaceta Oficial*, 12 de setiembre de 1884, p. 858. Keith, Minor C., "Fiestas de Cartago". *Gaceta Oficial*, 10 de agosto de 1887, p. 244.
61. Benedictis, de, y Seripanti, "Fiestas de Cartago". *Gaceta Oficial*, 5 de agosto de 1882, p. 5.
62. Robles, Celso, "Fiestas". *Diario de Costa Rica*, 12 de agosto de 1885, p. 2.
63. Anónimo, "Fiestas en Cartago". *Gaceta Oficial*, 10 de agosto de 1886, p. 170.
64. Anónimo, "Fiestas de Cartago". *Gaceta Oficial*, 12 de agosto de 1886, p. 2.
65. Anónimo, "Fiestas de Cartago". *Gaceta Oficial*, 12 de agosto de 1886, p. 2.
66. Anónimo, "Ecos de la fiesta de Cartago". *La Tribuna*, 31 de agosto de 1924, p. 5.
67. Anónimo, "Cartago". *Unión Católica*, 29 de setiembre de 1895, p. 874.
68. Anónimo, "Las fiestas cívicas de Cartago". *La Tribuna*, 8 de setiembre de 1925, p. 874.
69. Anónimo, "Cartago". *Unión Católica*, 11 de setiembre de 1896, p. 806.
70. Anónimo, "Ecos de la fiesta de Cartago", p. 5.
71. Anónimo, "La coronación", pp. 2-5.
72. Anónimo, "Cartago". *Diario de Costa Rica*, 19 de agosto de 1897, p. 2.

|

CAPÍTULO 3
LA VIRGEN DE LOS ÁNGELES Y LA
NACIONALIDAD COSTARRICENSE

En este tercer capítulo se pretende establecer los nexos entre el culto a la Virgen de los Ángeles y la realidad política, económica y social del país, tratando de precisar el proceso mediante el cual el culto a la mencionada imagen se fue adentrando entre los costarricenses hasta llegar a formar parte integrante de su ser. No será este análisis, un estudio del hecho religioso en sí mismo, sino una investigación, que tiende a ubicar la manifestación religiosa de las masas, en medio de un contexto histórico que hace posible su surgimiento. De no hacerlo así, el estudio perdería toda su razón de ser. Este enfoque se hará mediante el análisis de contenido de documentos, emitidos tanto por sacerdotes, como por laicos interesados en la difusión del culto. Con esto se demostrará que la identificación de la nacionalidad costarricense y el culto a la Virgen de los Ángeles es algo que ha sido apoyado por distintos grupos sociales, así como por la Iglesia costarricense. El capítulo se ha subdividido en dos subtemas los cuales están íntimamente relacionados. La separación que se ha realizado obedece al deseo de precisar, con mayor exactitud, la forma en que se impulsa la citada identificación dentro de la sociedad costarricense.

|

1. Sinónimo de nación, sinónimo de patria

En este subtema se analizara cómo el culto a la Virgen de los Ángeles fue ligándose al surgimiento de la nacionalidad costarricense. Llegado el año de 1821, el país nacía a la vida independiente y aunque hay quien ha afirmado que sería después de gestada la independencia, al calor de las luchas entre liberales e imperialistas, que iría surgiendo la nacionalidad costarricense,¹ nosotros no estamos de acuerdo con esa opinión. Sostenemos la tesis de que para ubicar el surgimiento de un sentimiento nacionalista en Costa Rica habría que remitirse hasta el último tercio del siglo XVIII, ya que la noción de patria, elemento constitutivo de la nacionalidad, ya era conocida por el costarricense de aquel entonces.²

A. Protonacionalismo

A fines del siglo XVIII expresiones como patria y paisano, que posiblemente existían desde años atrás en Costa Rica, tenían un nuevo significado. Quienes las utilizaban veían detrás de ellas una unidad de gentilicio como se deduce de diversos documentos que se encuentran en los libros de varios del Archivo de la Curia Metropolitana. La designación de paisano era algo que no sólo se aplicaba a los españoles, como se observa en la declaración de Joseph Antonio Pérez, quien decía que había conocido a Lorenzo Padilla Montes, mulato libre de San Pedro Sula, quien había llegado allí acompañado de otros paisanos.³

Una de las fuentes más ricas que se han encontrado para percibir cómo el sentimiento de patria se fue adentrando en el país, es el libro de la visita pastoral de Esteban Lorenzo de Tristán. Allí, en torno a los debates por la apertura de una escuela de primeras letras, las palabras patria, país y paisano van escondiendo detrás de sí un especial sig-

nificado para los criollos de aquel entonces, que colocaban en esas palabras un ideal de posesión y de identidad con un terruño. Durante la visita de monseñor Tristán en 1782, debido a informes que tuvo de que en el aposento adjunto al templo de Nuestra Señora de los Ángeles se cometían una serie de desmanes, este prelado ordenó que, para frenarlos, se abriera allí una escuela de primeras letras, nombrando como maestro de ella al presbítero José Antonio Bonilla, nacido en Cartago y sacerdote de sólida posición económica. Este último decía que había aceptado el cargo "... por la causa pública y utilidad instructiva de sus compatriotas".⁴ Además de "...sembrar todas sus noticias (aunque cortas) en los corazones del país".⁵

La apertura de dicha escuela, levanta las más airadas protestas entre los ciudadanos de más abolengo en Cartago, quienes atacaban directamente al padre Bonilla, por lo cual el obispo Tristán, queriendo exaltar a su subalterno, decía que este había aceptado el cargo con el fin de hacer un "...importantísimo beneficio a su patria, paysanos y provincianos".⁶ Una década después, no sería un hombre culto de los criollos del país, o un prelado extranjero, quien utilice la palabra patria para evidenciar la identificación con una determinada región, pues el vocablo aparecería en un alegato presentado por Joseph Lorenzo Blanco contra Joseph Muñoz, en el cual pedía que Muñoz fuera expulsado de la vecindad, ya que si los dos seguían habitando una misma patria podían entrar en un enfrentamiento directo.⁷

Hasta aquí se ha visto cómo las palabras patria y paisano empezaron a difundirse entre los habitantes de la provincia, pero debe destacarse que el alcance geográfico de estos vocablos era sumamente reducido: antes tan solo comprendían a la ciudad donde se habitaba, y no a la provincia entera. Debe aclararse que dicho concepto reunía detrás de sí toda una serie de elementos socio-económicos y culturales, además del apego a un mismo lugar geográ-

fico. A fines del siglo XVIII, empezaba a notarse una separación entre las concepciones de ciudad y patria, reduciéndose el significado de aquella y ampliándose el de ésta, según se deduce de notas cursadas entre el Vicario Foráneo Ramón de Azofeifa y el señor José María Gutiérrez, quien deseaba vecindarse en la provincia.⁸

Esa cohesión protonacionalista que se iba gestando ya no sólo era percibida por los antiguos habitantes de Costa Rica, sino que era detectada fuera de nuestras fronteras, lo que inferimos de una misiva dirigida por el presbítero Rafael Baltazar de la Fuente al Gobernador de la Provincia, en la cual le comunicaba que había sido nombrado para dar clases de teología y filosofía y así elevar el nivel de los jóvenes de la provincia. Afirmaba, además, que muchos sacerdotes, que dictaban los cursos para ordenarse en León, no gustaban de enseñar a “los costarricenses” por su bajo rendimiento en el estudio.⁹ Entrados en el siglo XIX este sentimiento protonacionalista va plasmándose cada vez más, como puede notarse en las misivas que se cruzaban las distintas autoridades y los ciudadanos de distinto rango. En ellas se obviaba colocar la designación de provincia o gobernación, como sería lo correcto, utilizando tan sólo el nombre de la ciudad y el de la provincia.

Hasta aquí se ha tratado de percibir ese sentimiento protonacionalista a través del uso de ciertos vocablos. Páase ahora a enunciar hechos más concretos que demuestran la evolución de ese sentimiento. La provincia de Costa Rica, durante la época colonial, experimentó un gran estancamiento económico: las actividades productivas que aquí se dieron fracasaron rotundamente. Debido a eso, la Corona no tuvo por la provincia el más mínimo interés, lo que hizo que las personas encargadas de administrar la Gobernación lo hicieran con una gran autonomía. La autosuficiencia que apareció dentro de los costarricenses, debido a esa autonomía, ayudó en una buena

parte a crear ese sentimiento protonacionalista, esto especialmente en Cartago, centro de la administración colonial. No hay que dejar de tomar en cuenta, que algunos vecinos de esta ciudad habían acumulado una pequeña cantidad de capitales, debido a las plantaciones cacaoteras en el Atlántico, lo cual pudo reforzar ese sentimiento protonacionalista al que se ha hecho alusión.

Entretanto, en San José y Alajuela, como muy bien ha anotado Cerdas Cruz,¹⁰ se había empezado a desarrollar una economía mucho más dinámica con el cultivo del tabaco y la caña de azúcar. Este mayor desarrollo económico permitió que las ideas liberales circularan en estos lugares con mayor difusión y arraigo. Con esto no se quiere decir que estas ideas no fluyeran ni en Cartago, ni en Heredia. Producto de ese espíritu más renovador, en el año de 1814 se establece en San José, la Casa de Enseñanza de Santo Tomás trayéndose para dirigir sus destinos a un hombre de la talla del bachiller Rafael Francisco Osejo, quien fue el más firme impulsor de las ideas liberales en Costa Rica en los años inmediatamente anteriores y posteriores a la independencia. Vega Carballo apunta otra serie de circunstancias como la unidad religiosa, lingüística, la concentración de la población en el Valle Central, además de otro factor a que ya se había hecho alusión: el cultivo del tabaco. Todos estos hechos hicieron posible, al coincidir en el tiempo y en el espacio, esa unificación.¹¹

Llegados a este punto podría objetarse con justa razón que no se establece cuál es la relación entre el culto a la Virgen de los Ángeles y ese protonacionalismo del que se ha venido hablando. Es necesario, pues, relacionar ahora ambos fenómenos. Hasta el año de 1782, el patrono de la ciudad de Cartago había sido Santiago. Como es muy bien sabido, este es el patrono de la nación española, el cual, según cuenta la tradición, fue visto en las guerras contra los moros, y gracias a su protección los españoles ganaron al final la batalla, lo que motivó su patro-

nato. En el año ya mencionado, Cartago cambiaba de patrono: ahora la protectora era la Virgen de los Ángeles. En ese año, se daba una declaración sumamente trascendental. Al quitarle el patronato de la ciudad al apóstol Santiago y otorgárselo a la Virgen, era más que un simple cambio de santo protector lo que se estaba dando. Al nombrar a Nuestra Señora de los Ángeles como patrona de la ciudad, ratificando el voto dado en 1756, se resaltaba la clara discrepancia que mostraban algunos criollos con todo aquello que representara la autoridad española. Por ser el apóstol Santiago patrono de Cartago y de los españoles, los criollos, que querían diferenciarse de aquellos, no dudaron en abolir ese patronato y buscar como Virgen protectora y patrona de la ciudad a una Virgen hallada en las inmediaciones de la misma.

Aunque la Virgen de los Ángeles representaba para los criollos cartagineses de noble linaje una unión con grupos á los que consideraban inferiores, antes que nada ella representaba un ideal de patria, que era glorificada desde lo alto porque se creía que la Virgen madre de Dios, había escogido este lugar de la tierra para derramar sobre él todas sus bendiciones. La Virgen de los Ángeles representaba en esta circunstancia un ideal de liberación de los criollos cartagineses que deseaban diferenciarse plenamente de los españoles, encargados de administrar la provincia. Otro acontecimiento que permite establecer una mayor ligazón entre la Virgen de los Ángeles y el proto-nacionalismo costarricense es precisamente el hecho de que a la escuela de primeras letras, adjunta al templo de Nuestra Señora de los Ángeles, se destinaban sacerdotes que mostraban una profunda identificación con el suelo donde habían nacido. Esto permite suponer que estos sacerdotes inculcaron en sus alumnos ese apego hacia el terruño, ligándolo a la devoción de la Virgen.¹²

B. Un culto todavía local

Ante los sucesos que vivía Centroamérica en el año de 1821, los vecinos de Cartago, acordaron el día 13 de octubre celebrar una misa de rogación en el templo de Nuestra Señora de los Ángeles para que esta les iluminara en la decisión que deberían tomar.¹³ Aparentemente el hecho no tiene ninguna importancia, pero si entramos a considerar que para aquel entonces la iglesia de Nuestra Señora no era precisamente el templo parroquial, sólo podemos explicarnos que fuera escogido dicho templo para tal misa de rogación, por el arraigo que entre los moradores de la ciudad tenía su devoción, o bien porque, como hemos venido señalando, la Virgen de los Ángeles representaba para los criollos cartagineses un elemento conformador de su patria.

En el *Mensajero del Clero* del año 1932, al comentar la exposición de objetos históricos que se realizaba en Cartago, se decía que una de las grandes atracciones que allí se encontraban era una campana del templo de la Virgen de los Ángeles con la que se había anunciado la independencia.¹⁴ Este hecho no pudo ser corroborado históricamente; de haber sido cierto, puede argumentarse igual que en el caso anterior. Hechos posteriores vienen a confirmar la relación entre el culto a Nuestra Señora de los Ángeles y el protonacionalismo costarricense. Una prueba más que se puede ofrecer para demostrar el nexo entre el culto a la Virgen y el protonacionalismo que se daba en aquel entonces, viene a ser el hecho de que incluso un liberal de la talla del bachiller Osejo, compusiera obras en honor de la Virgen de los Ángeles. Al calor de un hecho religioso los criollos cartagineses impulsaron un ideal protonacionalista en el cual se presenta lo señalado por Jacques Lafaye: la fe religiosa y la fe nacional son interdependientes, una sustenta a la otra; la primera explica teológicamente a la segunda, y ésta última por su parte, vivifica la primera.¹⁵

Antes de seguir adelante debe dejarse en claro los siguientes puntos: en primer lugar si hemos contemplado sólo la forma como se manifestaba el protonacionalismo fundamentalmente en Cartago, esto se debe a que el culto a la Virgen de los Ángeles sólo llega a ser una expresión religiosa nacional hasta fines del siglo XIX, razón por la cual no se puede establecer un nexo entre este culto y el protonacionalismo gestado en otras ciudades del Valle Central. En segundo lugar, el protonacionalismo, surgido en estas últimas está íntimamente relacionado con los intereses de un sector criollo, que impulsaba este sentimiento en cada una de las principales ciudades de la provincia mediante diversos mecanismos. Estos diferentes intereses se pusieron de manifiesto en las discrepancias políticas de los primeros años de vida republicana.

A partir de 1821 el país lograba, la independencia política y aunque no se sumió en las guerras fratricidas que se dieron en los restantes países centroamericanos, los regionalismos presentes en el país produjeron roces entre las distintas ciudades. En el año de 1823, las disputas políticas entre los republicanos e imperialistas hicieron que estos se enfrentaran en el primer episodio bélico de nuestra vida independiente. Los republicanos vencieron en esta escaramuza y San José tomó para sí el rango de capital que hasta 1821 había ostentado Cartago y que entre 1821 y 1823 habían compartido las cuatro ciudades principales del Valle Central. En 1824, toda la población cartaginesa, con motivo de las fiestas agustinas, se preparaba para rendir culto a la Virgen de los Ángeles. La función del día 3 de agosto estaba dedicada a la mantenedora doña Manuela Nava; sin embargo, al amanecer de ese día, resultó que la imagen había sido robada. De inmediato, al correrse la voz del suceso, los devotos de la Virgen se sumieron en el más profundo de los pesares como cita el presbítero Nicolás Carrillo en una melodramática narración:

“En el instante que se echó de menos se divulgó el suceso en toda la ciudad, y he aquí el catástrofe más funesto que se pueda imaginar entonces apoderándose generalmente de todos los corazones la confusión, el espanto y el horror, sucesivamente sobrevinieron las lágrimas con abundante y amargo llanto, se cruzaban por el aire los gemidos, las ayes, los auyidos y clamores envueltos en el dolor, la tristeza y el desconsuelo, los grupos de gentes que encontraban unos con otros turbados, melancólicos y despavoridos, corrían ya de aquí ya de allí, sin atinar adonde iban...”¹⁶

Algunos vecinos de Cartago, entre los que se encontraban un individuo de apellido Coronado, otros de apellido Escalante, Juan de Dios Marchena y José Antonio Morales, quienes se sentían sumamente molestos porque se le había quitado la capitalidad a Cartago, decidieron hurtar el simulacro de la Virgen de los Ángeles culpando de este hecho a los josefinos.¹⁷ El objetivo que perseguían era el enfrentamiento entre ambas ciudades y así tener la posibilidad de recuperar el status de capital. Sin embargo, al ver que no lograban su cometido, por medio del cura de Curridabat devolvieron la imagen, aunque el susodicho sacerdote no admitió su participación en el suceso.¹⁸ Con el robo de la imagen en 1824, lo que se buscaba era incitar las pasiones políticas del pueblo cartaginés a través de la fe religiosa.

Los hombres de Gobierno que se habían propuesto la tarea de forjar el Estado Costarricense, estaban ávidos de sucesos que les permitieran ir consolidando la nacionalidad costarricense. Instruidas en esa tarea, tanto la municipalidad cartaginesa como la josefina, trataron de borrar los rumores que al respecto se habían tejido. Es por eso que el 9 de agosto de 1824 la municipalidad de Cartago invitó a la de San José para congraciarse y celebrar el hallazgo de la imagen.¹⁹ Los ediles josefinos vieron en esa invitación

una magnífica oportunidad para estrechar los vínculos entre ambas ciudades, y aceptaron dicha invitación con el deseo de corresponder a la solicitud presentada:

“...y los principios inculcados por el gobierno para establecer, estrechar y consolidar la armonía, mutua confianza, correspondencia y fraternidad entre los pueblos del Estado que si es tan recomendable en todo tiempo, es sumamente necesaria y conveniente en las presentes circunstancias...”²⁰

En esa ocasión la fiesta de la Virgen de los Ángeles sirvió para cohesionar a los grupos dominantes de ambas ciudades. Buscando integrar más los intereses de ambas poblaciones, el Congreso decretó: “La Virgen de los Ángeles madre de Dios y señora Nuestra es, y será en lo sucesivo la Patrona del Estado de Costa-rica”.²¹ La medida dictada por el Congreso demuestra lo importante que era, para aquellos hombres, eliminar las rivalidades existentes y así, sobre bases más sólidas, proceder a la construcción del Estado nacional. Pero, sobre todo, era una medida sumamente inteligente: para ese año, la capitalidad de San José era algo plenamente consolidado, así que la única manera como se podría proceder a eliminar esa disconformidad de Cartago era concediéndole el privilegio de que su Virgen patrona lo fuera del estado entero.

Según nuestro criterio, la ley dictada por el Congreso perseguía apaciguar los ánimos de los cartagineses y así solidificar los “intereses nacionales”, esto en un primer sentido, ya que por otra parte, el nombramiento de la Virgen de los Ángeles como patrona del estado significaba el rompimiento tajante con otro símbolo de la dominación española en el país: la Virgen de Ujarrás. Al escoger el Congreso como patrona a la Virgen de los Ángeles, se rompía con el último símbolo de la dominación española. Es necesario recordar en este punto lo anotado por Lafa-

ye con respecto a la interdependencia entre la fe nacional y la fe religiosa. Aquellos hombres veían en la comunidad ideal que forma la religión un útil instrumento para consolidar una comunidad nacional.

Pese a todas esas medidas, no pasaron muchos años para que Cartago y San José volvieran a encontrarse en el campo de batalla. En 1835, gobernaba el país Braulio Carrillo, quien con mano dura había empezado a echar las bases del Estado nacional costarricense. Algunas medidas dictadas por él hicieron que pronto los ánimos de los alajuelenses, heredianos y cartagineses se pusieran en su contra, formando una liga y nombrando un presidente, cargo que recayó en la persona de Nicolás Ulloa. Las fuerzas insurrectas sitiaron San José; Carrillo con sus tropas no sólo rechazó a los agresores, sino que se dio el lujo de entrar en Cartago. En Curridabat, los josefinos se apoderaron de una imagen de la Virgen de los Ángeles que los cartagineses habían traído al campo de batalla.

En este suceso como en el anterior y otros tantos que indicaremos luego, la fe de los devotos católicos había sido manipulada con fines meramente políticos. Ciertos curas y los sectores más conservadores de Cartago habían avivado el sentimiento religioso de las masas cartaginesas con un fin extrarreligioso. Mucho se ha discutido si la imagen tomada por los josefinos a los cartagineses era la verdadera o si era una peregrina. Monseñor Sanabria, en un apéndice del libro del tricentenario de Nuestra Señora de los Ángeles, anota que, basándose en sus investigaciones en el Archivo Arquidiocesano, pudo llegar a confirmar el hecho de que los cartagineses llevaron al campo de batalla una peregrina. Aduce como una prueba fehaciente el hecho de que en el lapso de tiempo en que la imagen permaneció en San José no cesaron de darse en Cartago fiestas en honor de la Virgen de los Ángeles, lo que no hubiera sido posible si la imagen se encontraba en San José.²²

Es mucho más convincente la posición de Monseñor Sanabria que la de aquellos que han afirmado que fue la imagen auténtica de la Virgen de los Ángeles la que fue traída al campo de batalla, ya que revisando, el “Libro de cargo y data de la Cofradía de Nuestra Señora de los Ángeles” del año de 1856, se obtuvo la información de que la tropa cartaginesa había llevado a la guerra de 1856, librada contra las tropas de William Walker, una imagen peregrina²³ y no la imagen verdadera, de lo que se deduce que era una costumbre de los cartagineses llevar al campo de batalla una imagen peregrina. Por otro lado se debe plantear también la pregunta siguiente: ¿por qué Braulio Carrillo llevó la imagen encontrada en Curridabat a San José y no a Cartago?

Hipotéticamente se podría pensar que Carrillo, hombre sumamente visionario, pudo perfectamente haberse percatado de que si detrás del culto a la Virgen se había cohesionado la ciudadanía cartaginesa, al impulso de los sectores más poderosos de la vieja metrópoli, perfectamente la imagen podría servir a su proyecto de consolidar la ciudadanía costarricense, que desde medio siglo atrás venía gestándose. Por aquellos años, ya se percibía muy débilmente que la actividad cafetalera, cohesionaría los intereses de las personas adineradas dedicadas al cultivo del café. Era, pues, necesario fortalecer un instrumento de cohesión ideológica entre los costarricenses: el culto a la imagen del Toyogres desde años atrás venía siendo utilizado en ese sentido. Carrillo tan solo siguió la línea trazada por algunos otros hombres de gobierno anteriores a él. De otra manera, que no sea la anterior, cómo puede explicarse entonces el hecho de que un hombre sumamente interesado en eliminar los regionalismos presentes en la Costa Rica de aquel entonces no devolviera la imagen, sino que la dejara en San José, lo que más bien fortalecía el regionalismo cartaginés. Recuérdese que once años antes ciertos sectores de Cartago habían introducido rumores,

entre la masa de población de aquella ciudad, de que habían sido los josefinos los que se habían robado la imagen, rumores que habían sembrado el descontento entre los cartagineses. El hecho de conservar la imagen en San José podía fortalecer el regionalismo cartaginés.

No parece fundamentado creer que en esa decisión de Carrillo pesara su sentimiento anticartaginés, o que conservara la imagen como una presea militar. Parece más acertado creer que conservó la imagen porque veía en ella una firme aliada en sus proyectos de consolidar un gobierno central más fuerte, apoyado no sólo por josefinos, sino también por cartagineses; al unificar a los costarricenses en torno a una misma devoción, le sería mucho más fácil aglutinarlos en torno a un mismo ideal político. Durante los siete años siguientes que estuvo Carrillo en el poder, no hubo una sola reclamación de los cartagineses con respecto a la imagen. Esto prueba que era una imagen peregrina la tomada en el campo de batalla por los josefinos, y demuestra también el gran temor que inspiraba Carrillo en sus rivales, como lo evidencia el hecho de que una vez derrocado, los vecinos de Cartago gestionaron ante el gobierno de Morazán la devoción del simulacro, lo que se hizo inmediatamente. En una nota dirigida por José Miguel Sanabria al cura ecónomo de San José, le hace saber que el gobierno ha dispuesto retornar la imagen de la Virgen de los Ángeles a los cartagineses y que al dictar este acuerdo sólo pretende:

“...satisfacer la justicia y a procurar la buena armonía y buena inteligencia de las dos principales poblaciones del estado, cuya sincera reconciliación no puede ser franca ni estable mientras existan monumentos que les recuerden sus pasados disturbios quiere al mismo tiempo que el religioso pueblo josefino no carezca de una imagen a quien tributar su culto bajo el piadoso título de Nuestra Señora de los Angeles por

lo mismo autoriza a usted como su digno párroco que mande construir en el punto que lo crea más conveniente una imagen de dicha advocación cuyo costo pagaría el tesoro público hasta cantidad de \$100".²⁴

De la cita interesa destacar dos aspectos: en primer lugar, que se vuelva a tomar a la Virgen de los Ángeles como un elemento cohesionador de la sociedad costarricense, caldeada por el derrocamiento de Carrillo, lo que no le servía a Morazán ya que él deseaba una Costa Rica integrada, que le sirviera de base para así unificar Centroamérica; por eso devolvía la peregrina a los cartagineses. El segundo aspecto que interesa destacar es que si bien se ordenó devolver la imagen a Cartago, no por eso el gobierno de turno dejó de impulsar el culto a la referida Virgen, ya que como se ha visto, ordenó que se construyera una copia de la imagen e incluso aportó una suma para tal fin.

La imagen fue entregada a los cartagineses pero algún tiempo después el deán Calvo la trajo nuevamente a San José, lo que no fue bien visto por los vecinos de Cartago. En 1871, ellos reclamaron la imagen que ya se encontraba en la parroquia de Guadalupe.²⁵ Con la traída de esta imagen, se pretendía continuar fortaleciendo el culto fuera de Cartago. Aunque no se ha podido encontrar otra serie de medidas dictadas por los hombres de gobierno para favorecer la devoción de Nuestra Señora de los Ángeles, sí se han detectado algunos esfuerzos de la Iglesia costarricense para impulsar tal devoción.

En los años de 1848 y 1865, monseñor Campos y monseñor Llorente, respectivamente, concedieron una serie de indulgencias,²⁶ las cuales, en el marco de una sociedad sumamente preocupada por su eterna salvación, fueron vistas con sumo agrado. Posteriormente, monseñor Llorente obtendría el título de *Basílica Menor* para la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles, la cual quedaría arropada a la de San Juan de Letrán, gozando de una

serie de privilegios, ansiados por un pueblo devoto. Quince años después de agregada a la Basílica citada, según constaba en el decreto, el título de Basílica Menor debía ser revalidado, lo que efectivamente sucedió.

Luego de 1850, el culto a la Virgen de los Ángeles empezó a expandirse hacia el resto del país. Es posible que diversos factores hubieran influido en eso, el primero, la apertura de la vía férrea, lo que posibilitó una mayor afluencia de devotos a las fiestas agustinas. En segundo lugar, está el hecho de que ya para estos años la burguesía tenía en sus manos el poder político, y su radio geográfico se había expandido, lo que hacía posible que un culto impulsado por ella también abarcara una mayor extensión geográfica de la que tenía cincuenta años atrás. Recuérdese que desde los primeros años de la vida republicana las clases dominantes recurrieron a una serie de instrumentos ideológicos que les permitieran consolidar una posición hegemónica dentro de la sociedad ya que

“era en otras palabras indispensable que las mayorías laborantes concibieran el mundo como lo hacía y quería la burguesía cafetalera, que enmarcara sus pensamientos y sentimientos dentro de una estructura ideológica afín y que por esa vía se dejaran influenciar y conducir”.²⁷

En los últimos años del siglo XIX, las clases en mención tenían en sus manos una serie de mecanismos que, desde lo económico hasta lo ideológico, les permitían tener un dominio sobre el resto de la sociedad. En este sentido, deben analizarse tanto el fortalecimiento del sistema educativo y la Constitución de 1871, así como otras leyes surgidas en dicho siglo. Un tercer factor sumamente importante lo constituye el hecho de que, luego de la década de 1880, la burguesía, como ha apuntado Samuel Stone,²⁸ había empezado a fraccionarse. Fueron llegando al

poder una serie de gobernantes influenciados por el pensamiento liberal, quienes mostraban una posición netamente anticlerical. Desde la segunda mitad del siglo XIX, el pensamiento liberal, sustentado por la burguesía agro-exportadora, se había ido afianzando cada vez más y, poco a poco, se fueron tomando medidas que restringían el papel de la Iglesia dentro de la sociedad.

Es así como en la década de 1880 se dictaron la secularización de los cementerios, el matrimonio civil y otras leyes, lo que originó que monseñor Thiel reaccionara contra esas medidas gubernamentales. La situación se volvió muy aguda, al extremo de que días después de dictadas esas medidas, el obispo y los jesuitas fueron expulsados del país. La Iglesia, que hasta ese momento no había visto cuestionada su hegemonía sobre el resto de la sociedad, empezaba a perder ese predominio social. Luego de 1884, la Iglesia costarricense vio en peligro la posición hegemónica que hasta ese momento había tenido sobre los fieles. Por esto, se dio entonces a la tarea de consolidar un culto que veladamente, desde tiempo atrás, venía impulsando.

El hurto ocurrido en 1886, cuando se sustrajo el manto, el resplandor y la corona de la Virgen, no debe ser separado de la problemática de la época. Al igual que el presbítero Miguel Picado, creemos que dicho suceso tuvo un carácter puramente político;²⁹ sino, ¿cómo podría explicarse que las alcancías de la iglesia no fueron robadas y el resplandor de la imagen fuera abandonado en el sagrario?³⁰ La explicación que puede darse a este hecho es bastante hipotética. Producto de la situación que se ha venido comentando, la Iglesia quizá fraguó este robo para que sus feligreses repudiaran a los liberales, ya que es difícil creer que estos últimos trataran de apoderarse de un símbolo apreciado por los creyentes. Eso les podría traer la reprobación de un pueblo mayoritariamente católico, lo que no les convenía. Para la Iglesia era necesario motivar la fe de sus creyentes, en este caso en un símbolo nacio-

nal, para que así no pudiera ser socavada aun más su posición de privilegio dentro de la sociedad.

Se ha visto hasta aquí cómo se ha impulsado el culto a la Virgen de los Ángeles, señalándose que dicha devoción era una manifestación nacional; pero, ¿será efectivamente desde 1824, fecha en que se otorga a la Virgen el patronato del naciente estado, un culto totalmente nacional? De nuestra parte no compartimos esa idea, ya que es posible afirmar que el culto empieza a expandirse desde Cartago hacia el resto del país luego de 1886 y es hasta fines de nuestro período que el culto es masivamente nacional. En el “Discurso poético apologético” del presbítero Miguel Bonilla, se indicaba:

“Temán pues el castigo sino ocurren
a María implorando el amparo
pues Dios en Su defensa vela
y su brazo esta ya levantando.
Alabad Cartagineses vosotros,
Alabad a María en desagravio o
el desprecio que le hizo el Congreso
en su busto admirable sacrosanto”.³¹

Nótese que en el verso se dice “Alabad Cartagineses vosotros, Alabad a María en desagravio” y en ningún momento se dice que debe alabarle el resto de los habitantes del país, hecho del cual puede extraerse lo siguiente: aunque el Congreso había decretado, dos años antes de que el padre Bonilla compusiera su obra, que la Virgen de los Ángeles era la patrona de Costa Rica, aún el culto no era compartido por la totalidad de los costarricenses, como podrá hacer pensar el patronato. Esto es reafirmado aún más por la letra de una de las canciones que se cantaban en el templo de Nuestra Señora de los Ángeles en el año de 1826:

“Ante tí todos postrados
De este fervor gran Señora,
De Cartago protectora
El corazón entregamos
Y con él todos te amamos
Con voluntad muy rendida
Que para nuestro consuelo...”³²

En esta estrofa se resalta que la Virgen es protectora de Cartago, en ningún momento se afirma que ella fuera protectora de la nación costarricense, como hubiera sido lógico si el culto a estas alturas hubiera sido nacional. Durante los primeros años de vida independiente, el culto a la Virgen de los Ángeles era pues, tan solo cartaginés. En 1835, durante la Guerra de la Liga; la situación no había cambiado en lo absoluto, como lo demuestra el hecho referido por Sanabria: en los siete años que la imagen peregrina estuvo en San José, no hubo la más mínima festividad en honor a ella.³³ Lo dicho por el ilustre prelado reafirma nuestro punto de vista, ya que si en San José hubiera existido el culto a Nuestra Señora, era lógico que se le hubieran tributado los más grandes honores, lo que no sucedió; esto es un indicio de la falta de fervor de los josefinos hacia esta imagen.

Hay, sin embargo, un hecho aún más importante, y es la situación bélica por la que atravesó el país durante los años de 1856-1857. En las proclamas de monseñor. Llorente³⁴ y del Presidente Mora³⁵ no se encuentra el menor indicio de que la Virgen hubiera sido invocada para la protección del ejército nacional. El historiador Rafael Obregón Loría, quien ha estudiado con lujo de detalles estos sucesos, no hace la menor referencia al hecho en dos de sus obras consultadas.³⁶ Por nuestra parte se puede comprobar, gracias al “Libro de cargo y data de la Cofradía de Nuestra Señora de los Ángeles” del año 1856, que en ese año la tropa cartaginesa llevó al frente una imagen

peregrina,³⁷ y que en esta misma fecha monseñor Llorente permitió que los vecinos de Cartago rindieran una ceremonia de acción de gracias a la Virgen de los Ángeles, para que los ayudara a aplacar la peste del cólera.³⁸

Si a estas alturas se impulsaba la idea de que el culto era nacional: ¿cómo era posible que el ejército costarricense, en la gran guerra patria, no se colocara bajo la protección de su Virgen Patrona? Si el batallón cartaginés llevaba una copia de la imagen, lo más lógico era entonces que, si el culto era nacional, que toda la tropa se hubiera colocado bajo la advocación de su protectora. Sin embargo, eso no ocurrió y sólo el batallón cartaginés la llevó al frente, como veintiún años atrás lo había hecho en la Guerra de la Liga. En cuanto a la licencia, dada por Llorente, ¿por qué tan sólo los cartagineses, según consta en el documento citado por Prado, pidieron se les permitiera hacer una rogación a la Virgen para ser librados de los estragos del cólera, si este mal causó menos estragos en Cartago que en el resto del país? Por otro lado, al regreso del campo de batalla en 1857, según la *Crónica de Costa Rica*, tan sólo la tropa cartaginesa pasó a ofrendar el triunfo a la Virgen de los Ángeles;³⁹ de las demás provincias, no encontramos un gesto similar, ni en 1856, ni en el año posterior. He aquí cinco pruebas contundentes con respecto a un magno acontecimiento que movilizó a todas las fuerzas del país. Con ello se prueba el poco arraigo que tenía, fuera de Cartago, el culto entre los habitantes de la nación.

C. Hacia la nacionalización del culto

Como se ha apuntado, de 1880 en adelante el culto mostraba un mayor raigambre dentro de la república. Tocó a laicos y sacerdotes fortalecer por diversos medios la identificación entre la Virgen de los Ángeles y la república de Costa Rica. De hecho, esta identificación entre la Virgen de los Ángeles y la nacionalidad costarricense era

sumamente importante para la Iglesia católica como puede observarse en el hecho de que este subtema apareció en un 66 por ciento de la documentación oficial de esta institución. Para la Iglesia era vital fortalecer dentro de sus seguidores, la idea de que el orden y el progreso social, sólo se encontraban en aquellas naciones donde imperaba la religión. Con esto, lo que se pretendía era contrarrestar el movimiento liberal. Fue precisamente a través de la incentivación del culto a la Virgen de los Ángeles como la Iglesia trató de mantener su posición dentro de la sociedad costarricense. De los tres obispos analizados, será precisamente Bernardo Augusto Thiel el que con mayor énfasis trató de inculcar en los devotos de la imagen la identificación entre el culto a la Virgen y la nacionalidad costarricense (véase Cuadro 3.1). Esto se debe a que fue precisamente bajo su obispado que se dieron con más fuerza las discrepancias entre la Iglesia y el Estado costarricense.

Por eso fue Bernardo Augusto Thiel el primer autor que se tomó la molestia para observar este fenómeno. En el año de 1887, con motivo de la fiesta de la Asunción de María, Thiel decía refiriéndose al culto mariano

“Pero míranos desde tu excelso trono con tus bondadosos ojos, obtenga a todos tus hijos, a todos los que pertenecen a éste país cuya patrona eres las luces necesarias para conocer la religión verdadera la fuerza moral de romper con las cadenas del vicio la constancia en el camino de la virtud”.⁴⁰

Dentro de esta misma perspectiva, se le hace creer al devoto que incluso las diferencias geográficas se borran al calor del culto a la Virgen de los Ángeles, como se concluye del siguiente texto, en el cual, comentándose la Pasada, se decía que a ella concurriría multitud de fieles “...no sólo de Cartago sino de muchos lugares de la Re-

Cuadro 3.1
Frecuencia de los distintos subtemas en textos de tres preladados del período analizado*

Prelados	Imagen como objeto de culto	Sinónimo de nación-sinónimo de patria	Comunidad ideal-comunidad real	Locus	Modelo de mujer-modelo de madre	Milagrosa intercesora
B. A. Thiel (6 trabajos)	3	5	1	1	3	5
J. G. Stork (5 trabajos)	2	2	1	2	3	3
R. O. Castro (10 trabajos)	5	7	4	5	5	6

*Thiel y Stork se desempeñaron como obispos y Castro como arzobispo. No se analiza al obispo Lorente y La fuente porque no se localizó información suya sobre el culto a la Virgen de los Angeles.

Fuente: Anexo 2.

pública, siendo tan popular la devoción de la Virgen de los Angeles”.⁴¹ En 1935 esta forma de querer fortalecer el culto era expresada de la siguiente manera: “Costa Rica toda está de pie para honrar a su Patrona. De uno a otro con fin de esta Patria resuena el clarín de la fé...”⁴² Otro medio utilizado desde 1880 hasta fines de nuestro período para fortalecer la devoción en la Virgen era relacionando el culto con una tradición ancestral, ligada al ser costarricense. Dicha tradición, como tal, tiene que ser conservada y respetada por todo aquel que se considere costarricense: “la significación de ésta hermosa festividad para nuestro pueblo cuya devoción a esta imagen ha sido tradicional durante muchas generaciones nos hizo preever la magnitud de la manifestación que se efectuó antier... la fe del pueblo costarricense se ha cristalizado durante más de dos siglos en esa imagen”.⁴³ En 1935, en uno de los poemas premiados con motivo del concurso abierto para festejar la coronación de la Virgen, se decía:

“Y el pontífice habló que se haga dijo
como vosotros, hijos lo deseáis;
Coronada de María con regocijo,
La imagen que hace un siglo veneráis”.⁴⁴

Conociendo la mentalidad del costarricense como persona sumamente apegada a las tradiciones, era lógico que la Iglesia impulsara el ideal de adhesión al culto por el peso de la tradición. Quien no lo hiciera así no sólo traicionaba el legado de sus ancestros, sino que rompía con la idiosincrasia costarricense. De ahí que para aquellos hombres de fines del siglo XIX, era todo un orgullo mantener un culto legado de generación en generación y no faltaría quien reclamara por el más mínimo cambio. A fines de nuestro período, siendo ya el culto efectivamente nacional, el presbítero Alfredo Hidalgo explotaba ese hecho cuando decía:

“Costa Rica y la Virgen de los Ángeles son dos términos correlativos, son dos sonidos que se confunden en una misma armonía son dos amores que brotaron iguales y que palpitan al unísono, son dos rayos de luz que partiendo del mismo foco, sólo se dividen para mostrarnos los caminos de la tierra y la senda que lleva al cielo. Nuestra Señora de los Ángeles forma el capítulo más importante de la historia costarricense y lo mismo se mezcla con los episodios íntimos de la familia como en las grandes epopeyas de la vida nacional”.⁴⁵

Nótese la vinculación que se pretende establecer entre la Virgen de los Ángeles y los costarricenses y cómo se refuerza esa relación no sólo en los grandes hechos nacionales, sino también en los últimos detalles familiares. No es sino hasta cien años después de la declaración del Congreso que el culto era efectivamente nacional. Dos crónicas de esa época lo demuestran claramente. La primera aparecida en el *Diario de Costa Rica*, exalta la fiesta de la coronación con las siguientes palabras: “he aquí por qué consideramos que es trascendental para nuestro pueblo la significación de la solemne fiesta de hoy. Es la consagración de la fé basada en una leyenda ingenua y bella; es la glorificación de una obra y es la apoteosis de una idea que a través de los años ha estado unida al alma nacional”.⁴⁶ La segunda gacetilla es aún más expresiva que la anterior y demuestra el punto de vista que se ha sostenido anteriormente. La crónica la escribe Rómulo Tovar, quien se confiesa un hombre de ideas liberales. Al comentar la fiesta de la coronación, señalaba:

“Es algo muy sencillo que se dirá bajo la impresión del último acontecimiento social y aún podría decirse político-religioso. Hemos visto desfilar grandes masas humanas hacia Cartago atraídas por el deseo de

participar en la fiesta de la coronación de la Virgen de los Angeles. El hecho lo interpretará el sacerdote con satisfacción: es su obra, el resultado de un paciente trabajo por construir una alma religiosa nacional en este país mediante recursos superiores de fe profunda o de devoción”.⁴⁷

Con respecto al comentario de Tovar, se deben resaltar dos aspectos. El primero, en el cual estamos totalmente de acuerdo, es que aquí se refleja el enorme aporte dado por la Iglesia a la consolidación del Estado nacional, mediante la formación de una fe nacional en torno a la Virgen de los Ángeles. El segundo punto es que la consolidación de la devoción a la Virgen dentro del ser

costarricense, no es una obra exclusiva de la Iglesia, sino también de personas salidas de las clases dominantes, quienes buscaban fortalecer ese culto. Lo que sí debe dejarse claro es que, a fines de nuestro período, la relación íntima entre el culto a la Virgen de los Ángeles y el ser costarricense estaba plenamente lograda. A través de los mensajes emitidos por curas y laicos, luego del quinquenio 1926-1930, se fortalecía esta tendencia a identificar el culto a la Virgen y la nacionalidad costarricense, debido a que el país estaba atravesando por serias tensiones y la Iglesia, en particular, veía surgir un movimiento (el comunismo) que cuestionaba el papel que ella tenía por aquel entonces. La frecuencia con que apareció este subtema en los quinquenios citados puede observarse en el Cuadro 3.2. Mon-

Cuadro 3.2
Sinónimo de nación-sinónimo de patria de acuerdo a las fuentes no eclesiásticas y las eclesiásticas por quinquenios

Años	Fuentes no eclesiásticas	Fuentes eclesiásticas
Antes de 1891	7	3
1891-1895	0	6
1896-1900	0	7
1901-1905	1	0
1906-1910	0	0
1911-1915	1	0
1916-1920	1	3
1921-1925	0	5
1926-1930	9	25
1931-1936	4	37

Fuente: Anexo 2.

señor Rafael Otón Castro, quien administró la Iglesia costarricense desde inicios de la década de 1920 hasta pocos años después de finalizado el período estudiado también se dedicó a fortalecer la identificación citada (véase Cuadro 3.1). Esto se explica por qué fue precisamente durante estos años que se dio lo que hemos comentado.

2. Comunidad ideal, comunidad real

Comprendemos que la religión es una comunidad ideal. Es comunidad porque integra, en torno a un hecho religioso, a una masa heterogénea de personas: es ideal porque existe en contraposición a una comunidad real.⁴⁸ No debe negarse el poder de integración social que tiene la religión, pues es obvio que en un mismo acto pueden unirse personas de distintas clases sociales. Aquí se trata de demostrar, en primer lugar, que esa falsa integración en el culto a la Virgen de los Ángeles no corresponde a la diferenciación de clases que paulatinamente va dándose en nuestro período; y en segundo lugar, que esta facultad de integrar personas de distintas clases sociales puede ser manipulada con fines extra religiosos. Por medio del culto a la Virgen de los Ángeles se trataba de inculcar en los devotos de la imagen que la sociedad costarricense no tenía distingos de clase. En el año de 1926, al comentar la fastuosa ceremonia de la coronación y al describir cómo se habían abierto paso hacia Cartago los devotos que habían llegado para esa celebración, el comentarista de *La Tribuna* señalaba que, en la romería,

“los peregrinos en su mayoría eran mujeres, niños y hombres ya bastante entrados en años figurando elementos de todas las clases sociales, hasta señoras acomodadas, con servicio propio de automóvil, que por promesa hicieron aquel sacrificio, que para todos

los peregrinos lo fue de verdad dada la enorme distancia (22 kms) que hay de distancia de San José a la antigua metrópoli”.⁴⁹

Como se nota a simple vista, existe una exaltación por parte del autor del potencial integrador del culto; se indica que bajo la devoción de la Virgen de los Ángeles, a pesar de todas las diferencias de clase, las personas pasan a ser iguales. La distancia recorrida por todas, y el sacrificio de la peregrinación hasta Cartago, borran según el autor las diferencias de clase y la masa de creyentes se unifica. Hombres y mujeres, niños y ancianos, desposeídos y acaudalados, formaban un grupo compacto, unido por la fe, que los llevaba a sacrificarse, a soportar el duro trajín del recorrido. Pero la misma crónica demuestra que la supuesta igualdad, dada en el momento de la peregrinación, tan sólo se presentaba en un hecho: la fe. Y allí aunque el autor quiere reflejar ese potencial del rito religioso, sus mismas palabras evidencia que sobre esa interpretación ideal, gravitaba una división en lo económico y social.

Años después con motivo de los festejos tricentenarios, en una carta pastoral del Episcopado costarricense, monseñor Castro, monseñor Monestel y monseñor Wollgarten, queriendo ejemplificar el potencial integrador del culto y, a la vez, deseando avivar la fe, decían, al hablar de los sucesos acaecidos nueve años atrás, que en las fiestas se habían hecho presentes “...miles de fieles de todas las clases que allí se congregaron para tan memorable y solemne homenaje”.⁵⁰ Con este tipo de planteamiento, vemos que se le sugiere a los costarricenses que el culto religioso, fundamentalmente el que nos ocupa, llega a integrarlos en una gran familia. Ya en un texto publicado en la *Crónica de Costa Rica* en el año de 1857, al regreso de la tropa cartaginesa del frente de batalla, se narran los momentos previos, antes de que los soldados pasaran al templo de Nuestra Señora y se decía que aquella convivencia

“era una escena patriarcal de familia que conmovía, que entusiasmaba y en donde se creía que no en apariencia, sino en realidad se dan nuestros compatriotas el cariñoso epíteto de hermanos”.⁵¹

El autor se contradice en sí mismo, ya que si bien trata de exaltar el poder integrador del hecho religioso, da a conocer que esa unidad tan sólo es aparente y sin consistencia real. Pero ante todo, se observa que ya desde mediados del siglo XIX, empezaba a inculcarse la idea de que en Costa Rica no existan las divisiones de clase y que en ella todos podían darse “el cariñoso epíteto de hermanos”. Al agudizarse las diferencias económicas y sociales entre los costarricenses, la burguesía y sus acólitos, en cuyas filas marchaban muchos de nuestros altos prelados, retomaron con más fuerza esa idea. Esto se observa en la carta pastoral de Juan Gaspar Stork publicada con motivo de la reapertura de la Cofradía de Nuestra Señora de los Ángeles, en la cual se apuntaba que él favorecía la reapertura de esa Cofradía no sólo por su devoción particular a la imagen, sino porque era conciente del fervor que los nacionales tenían hacia la Virgen, devoción que se había demostrado porque

“...hayan querido formar desde la aparición de la imagen milagrosa una familia espiritual bajo la protección de N. S. A.”⁵²

Fue Rómulo Tovar, en su artículo ya citado, quien resaltó en una forma más elaborada ese ideal de la “gran familia costarricense”:

“El oro resplandeciente de una custodia hace temblar bajo el imperio de una misma devoción a una masa de hombres, y esto que es lo que hace sentirse siquiera por un instante al hombre hermano del hombre, que

es lo que no sabe hacer el gobernante ni el reformador social, sino fragmentadamente en algún momento de la crisis histórica y de un modo prosaico”.⁵³

El artículo de Tovar es sumamente interesante, porque en él un hombre de fines de nuestro período señala, la potestad que tiene el hecho religioso de poder unificar personas de distintas clases sociales. Dos aspectos de la crónica, sumamente relacionados, merecen destacarse de la nota de Tovar. En primer lugar, el autor indica que este aglutinamiento es de corta duración, es decir, la cohesión ideal que se da en el acto religioso no perdura eternamente. Y en segundo lugar, se debe destacar, como Tovar indica, que esa momentánea cohesión se basa exclusivamente en la fe de los creyentes. Así pues, una vez terminado el acto religioso que hacía posible esa convergencia masiva de personas de distintas clases sociales, desaparece también esa falsa igualdad de clases.

Hasta aquí se ha analizado cómo la Iglesia católica ha impulsado la idea de que la sociedad costarricense es una sociedad igualitaria. Es necesario destacar ahora cómo esta misma institución se contradice a sí misma y acaba no sólo admitiendo la presencia de una sociedad real, donde se hace presente una división de clases, sino que incluso llega a bendecir ese orden de cosas, al señalar que ha sido instituido desde lo alto. De monseñor Thiel y su célebre carta pastoral sobre el “justo salario” (1893), es que se partirá para demostrar que la Iglesia costarricense se ha enredado en sus mismos planteamientos. Este prelado, al comentar la difícil situación por la que atravesaba el país, decía que la crisis era alarmante y que el mayor peso de ella caía sobre la clase trabajadora, hecho que era sumamente nocivo ya que

“de allí tienen que originarse males incalculables por que el sentimiento de justicia, que nos es innato, se

revela naturalmente en los pobres, contra las injusticias sociales que sufren y cuyo origen no saben muchas veces explicarse de donde viene que se llenen paulatinamente, de encono contra las personas que todo lo tienen en abundancia y llegados los males a su colmo podría provocarse un trastorno general de fatales consecuencias”.⁵⁴

Monseñor Stork, en el *Mensajero del Clero* del mes de setiembre de 1912, comentando la creciente división de la sociedad costarricense, decía: “los trabajadores no están contentos de su suerte y envidiosos aspiran a más alto deseando una quimérica igualdad de fortuna. De otra parte los privilegiados de la fortuna abusan de sus bienes y hasta se olvidan del gran precepto de la caridad cristiana; en resumen en lugar de modestia reina el lujo con sus tristes consecuencias; el amor al bienestar y al placer destruye la laboriosidad tradicional de nuestro pueblo, los gastos superfluos e irracionales, luchan contra la sana economía y los vecinos destruyen todo sentimiento cristiano y apagan la luz de la fé”.⁵⁵ Esta pastoral, sumamente enajenante, fue retomada por el presbítero Carlos Borge en el año de 1935 con el objetivo de aplacar la efervescencia política que vivía el país. Borge, al alabar a la Virgen de los Ángeles, le pedía que bendijera a

“...los pobres y a los ricos, proletarios y obreros para que en la pacífica armonía de todas las clases sociales se aunen justicia y caridad y se conserve incólume el depósito de la fé católica y de las costumbres cristianas”.⁵⁶

Pero la Iglesia no sólo reconocía, contrariamente a lo que planteaba con respecto a la devoción de Nuestra Señora, las diferencias de clase, sino que legitimaba esta situación como apuntaba el presbítero Carlos Meneses: “la

Iglesia no rechaza la diferencia de clases sociales, pues estas pertenecen al orden establecido por Dios en la naturaleza antes bien resguarda sus derechos y como entidades sociales, les recuerda constantemente sus derechos”.⁵⁷ La Iglesia propone a sus fieles la idea de que no debe romperse ese orden social, ya que ello sería ir en contra de los designios divinos. Con esta prédica, las clases dominantes se veían altamente, legitimadas. La Iglesia, observando la opulencia de unos y la miseria de otros, y poniéndose del lado del capitalista, se permitía recomendar a las partes:

“abstenerse los fieles de todo espectáculo público y de otra diversión, aunque sea lícita, los más acomodados cercenen voluntariamente con espíritu de cristiana austeridad, algo de su acostumbrada manera de vivir, dando a los pobres generosamente, el fruto de tales substracciones, ya que la limosna es también medio excelente para satisfacer a la divina justicia y atraer las divinas misericordias. Los pobres por su parte, y todos lo que en éste tiempo están sometidos a la dura prueba de la falta de trabajo y escasez de pan, ofrezcan al señor con igual espíritu de penitencia y la mayor resignación las privaciones que les imponen los tiempos difíciles y actuales y la condición social que la divina providencia le plugó asignar, con inescrutable pero siempre amoroso designio y acepten con ánimo humilde y confiado como de la mano de Dios, los efectos de la pobreza agravados hoy por la estreches que aflige a toda la humanidad”.⁵⁸

Mayor apego al estado de cosas presente en 1932, no podía mostrar la Iglesia católica. Del caos económico que vivía el país, no culpaba al sistema que apoyaba, y ante la difícil situación, tan sólo se permitía recomendar a unos la limosna, como descargo de su conciencia, y a otros, la re-

signación a su suerte, haciéndoles creer que debían aceptarla y no luchar. Aunque la Iglesia pretendía encubrir las diferencias de clase en el país, tratando de inculcar en sus seguidores la idea de que tales diferencias no existan, a medida que avanzamos a lo largo de nuestro período, estas diferencias clasistas se van haciendo cada vez más tajantes, como lo demuestran recientes estudios.⁵⁹

A finales de nuestro período, cuando las tensiones sociales, políticas y económicas se incrementaron en Costa Rica, nuevamente el culto a la Virgen de los Ángeles, tuvo un papel sumamente importante, ya que se manipuló la fe con fines extra religiosos. La Iglesia invitaba a todos los creyentes a unificarse “bajo la protección” de la Virgen de los Ángeles, para que así no se rompiera la armonía de la sociedad costarricense. Se recomienda a los devotos del culto a que en esos momentos de crisis velaran por que fuera la Virgen la que los guiara, ya que ella “...ha presidido gloriosamente sus destinos desde los ya remotos tiempos de la conquista. Sea uno solo el afecto de nuestro corazón como uno solo fue el de nuestros antepasados, una sola voz que la proclama Reina Y Señora Nuestra con el mismo entusiasmo con que la proclamaron Reina Y Señora de la República nuestros abuelos”.⁶⁰ Fue bajo su sombra protectora que

“...nació nuestra patria, fue libre fue grande, fue feliz, fue católica, fue mariana, por que ella la prodigiosa, la divina y dulce Santina, como a su patrona de Montserrat, le dice el pueblo español, fue su égida, su luz su inspiradora, su guía, su estrella fúlgida en medio de las recias borrascas, catástrofes y tempestades que en todos los tiempos van azotando al mundo... un pueblo que rinde culto fervoroso y que pone sus destinos bajo tan dulce imperio, no puede morir jamás y desde ese día Costa Rica experimenta la visible protección de esta egregia Reina de los Angeles que ha unido su

espíritu al de la patria misma y que se lleva asida a su alma como en los brazos lleva a su hijo divino”.⁶¹

La Iglesia buscaba así fomentar el fervor religioso, para evitar la ruptura violenta del status quo, llamaba a unos y otros a mantener la armonía y la unión entre los costarricenses. Algunos sacerdotes influenciados por las encíclicas *Rerum Novarum* y *Cuadragésimo Anno*, percibiendo por un lado los problemas económicos por los que atravesaba el país y por otro el surgimiento del comunismo, enfatizaron que la Iglesia debía prestar una mayor atención al movimiento obrero.⁶² Estos sacerdotes, antes que dedicarse a la organización del movimiento obrero, centraron toda su atención en atacar al Partido Comunista, como puede observarse en diversos artículos publicados en el *Mensajero del Clero* y en el *Eco Católico* luego de 1931. Mediante esta línea de acción la Iglesia y la clase dominantes se unificaron ante el peligro de un enemigo común: el comunismo, que cuestionaba la posición hegemónica detentada por ambas dentro de la sociedad costarricense. El sentimiento religioso de nuestra población fue manipulado por la clerecía para frenar el avance de las ideas comunistas, lo que se pudo comprobar en algunas publicaciones referentes a las fiestas agustinas de 1935.

En el capítulo segundo se señaló que pocos años antes de 1935 no se indicaba claramente que el hallazgo de la imagen había ocurrido en 1635. Sin embargo, en la primera mitad de la década de 1930 se habían sucedido una serie de hechos (creación del Partido Comunista, huelga bananera de 1934, crisis económica mundial) que hacían necesario la canalización de las tensiones políticas en una forma pasiva, por lo cual se fomentó la idea, luego de 1934 principalmente, de que la imagen había aparecido en el año de 1635. Así se podría montar una fiesta en conmemoración de los trescientos años del hallazgo, con el objetivo indicado. El Cuadro 3.3 muestra cómo es preci-

samente en el quinquenio 1931-1935, cuando se dan los hechos arriba mencionados, que este tipo de mensajes aparecen con mayor frecuencia.

Por otra parte, que precisamente Rafael Otón Castro fuera, de los tres obispos analizados, el que en mayor número de veces utilizara el estereotipo de sinónimo de nación-sinónimo de patria (véase el Cuadro 3.1) revela la importancia de difundir entre los creyentes ciertos mitos de la sociedad costarricense, en los precisos momentos en que esta se encontraba en tensión. En una de las publicaciones aparecidas durante los festejos tricentenarios, se instaba a los obreros a concurrir a la celebración del día 11 de agosto en la cual los obreros rendirán tributo a Nuestra Señora de los Ángeles, para que así demostraran que Costa Rica se honra profundamente de ser católica. Ante la prédica masiva de sacerdotes, los obreros, haciendo tuyas ideas que no le pertenecían, respondieron en la celebración del 11 de agosto con pancartas claramente anticomunistas, como esta primera: “Soberana Reina no permitas que Rusia imponga su doctrina comunista En Costa Rica Para que siempre se confíe a Cristo Redentor”.⁶³ Y esta segunda: “Soberana Reina no permitas que el comunismo tome fuerza en la Católica Costa Rica”.⁶⁴

La señora Albertina Fletis, en un artículo recogido en el libro del tricentenario de Nuestra Señora de los Ángeles, refuerza la idea de que en la fiesta de los trescientos

Cuadro 3.3
Comunidad ideal-comunidad real de acuerdo a las fuentes no eclesiásticas y las eclesiásticas por quinquenios

Años	Fuentes no eclesiásticas	Fuentes eclesiásticas
Antes de 1891	1	3
1891-1895	0	3
1896-1900	2	4
1901-1905	2	0
1906-1910	2	0
1911-1915	0	0
1916-1920	0	2
1921-1925	0	0
1926-1930	8	16
1931-1936	2	16

Fuente: Anexo 2.



Durante la manifestación obrera del 11 de agosto de 1935, los trabajadores se pronuncian contra el comunismo. Borge, *Tricentenario de Nuestra Señora de los Angeles*, entre páginas 576-577.

años del hallazgo de la Virgen, se dio una manipulación de la fe de los costarricenses, con fines extra religiosos; si no, véase el siguiente texto:

“Pensé que Costa Rica tiene hombres Católicos y que si son obreros, los trabajadores en todos los aspectos, la nación puede salvarse del peligro inminente que la amenaza. Este es el momento en que la iglesia católica puede hacer su obra redentora. Abra sus puertas y sus brazos a ésta legión de hombres sanos aún y bien intencionados. Ayúdelos, instrúyalos, hágalos sentir su protección y podrá evitar que vallan a alinearse a otras filas”.⁶⁵

Aquí se exhortaba a la Iglesia católica para que abandonara esa política de manos quietas con respecto a la

grave situación que atravesaba el país, y para que velara por la clase trabajadora, con el objetivo de que esta no se radicalizara y pasara a ingresar a las filas comunistas. Hay dos hechos más que interesa destacar para probar que la alta clerecía y las clases dominantes costarricenses, buscaban algo más que promover la fe religiosa de los costarricenses. En primer lugar debe destacarse que el 2 de agosto quedó firmemente inaugurada en el país la Acción Católica, organización que a nivel mundial fue, en aquellos años, el más firme bastión de los sectores más conservadores de la Iglesia. Costa Rica, como ha señalado Jorge



La "Unión de Obreros y Campesinos Católicos de Cartago" desfila el 11 de agosto de 1935. Borge, *Tricentenario de Nuestra Señora de los Angeles*, entre páginas 576-577.

Enrique Romero Pérez, no fue la excepción del caso.⁶⁶ En segundo lugar, durante estas mismas fiestas, los obispos de América Central aprovecharon la ocasión para lanzar una publicación conjunta, en la cual atacaban fuertemente al comunismo.⁶⁷ La fiesta del tricentenario estuvo revestida de un matiz político. Los sectores citados, cuando se percataron que un enemigo común –el comunismo– crecía en medio del caos económico del país, no dudaron un momento y buscaron canalizar la efervescencia política de entonces mediante los ritos religiosos.

Notas

1. Cerdas, *La formación del Estado*, p. 112.
2. ACM. Marín, Antonio, "Libro de varios". No. 22, San José, 24 de mayo de 1754. Véase también: ACM. Aguilar Carballo, Juan, "Libro de varios". No. 22, San José, 27 de julio de 1754.
3. ACM. Pérez, Joseph Antonio, "Libro de varios". No. 22, Cartago, 4 de agosto de 1756.
4. Tristán, "Libro de la visita", f. 92 v.
5. Tristán, "Libro de la visita", f. 92 v.
6. Tristán, "Libro de la visita", f. 92 v.
7. ACM. Blanco, Joseph Lorenzo, "Libro de varios". No. 23, San José, 8 de noviembre de 1793.
8. ACM. Azofeifa, Ramón, "Libro de varios". No. 23, Cartago, 5 de octubre de 1795.
9. ACM. Fuente, Baltasar de la, "Libro de varios". No. 24, Cartago, 18 de abril de 1798.
10. Cerdas, *La formación del Estado*, pp. 100-102.
11. Vega, "Estado y dominación social", pp. 17-18.
12. Tristán, "Libro de la visita", f. 92.
13. Comisión Nacional de Sesquincentenario de la Independencia de Centroamérica, *Actas de Ayuntamiento de Cartago*, p.111,
14. Meneses Brenes, Carlos, "La exposición arqueológica en Cartago". *Mensajero del Clero*, noviembre de 1932, p. 413.
15. Lafaye, *Guadalupe y Quetzacoalt*, p. 155.
16. ANCR. Municipal Cartago. Exp. 150 (1824), ff. 54-63.
17. Jiménez, "Siempre lo mismo". *Diario de Costa Rica*, 25 de abril de 1927, p. 4.
18. ACM. Alvarado, Pedro José, "Libro de varios". No. 27, Cartago, 30 de agosto de 1824.
19. ANCR. Municipal San José. Exp. 241 (1824), f. 23.
20. ANCR. Municipal San José. Exp. 475 (1824), f. 61 v.
21. República de Costa Rica, *Colección de decretos y órdenes de la legislatura del Estado 1824-1826* (San José, Imprenta Nacional, 1886), p. 7.
22. Sanabria, Víctor Manuel, "La Virgen de los Ángeles es la princesa de la paz y no la diosa de la guerra". *Tricentenario de Nuestra Señora de los Ángeles*, p. 658.
23. ACM. "Libro de data de la cofradía de la Cofradía de Nuestra Señora de los Ángeles", año 1856.
24. Fernández Guardia, "Don Ricardo Fernández". *La Tribuna*, 28 de abril de 1926, p. 2.
25. ACM. Rivas, Domingo, "Libro de varios". No. 136, San José, 13 de octubre de 1871.
26. Sanabria, "Discurso del Excelentísimo". *Mensajero del Clero*, enero de 1927, p. 234.
27. Vega, "Estado y dominación social", pp. 142-143.
28. Stone, *La dinastía de los conquistadores*, pp. 262-269.
29. Picado, "La Virgen de los Ángeles".
30. Prado, *La Virgen de los Ángeles coronada*, p. 97.
31. Bonilla, "Canciones". *Beatae Mariae Virginis Angelorum*, p. 62.
32. Bonilla, "Historia poética". *Beatae Mariae Virginis Angelorum*, p. 64.
33. Sanabria, "La Virgen de los Angeles es la princesa de la paz". *Tricentenario de Nuestra Señora de los Ángeles*, p. 655.

34. ANCR. Gobernación. Exp. 23426 (1856), f. 66.
35. ANCR. Gobernación. Exp. 23426 (1856), f. 76.
36. Obregón, *Conflictos militares y políticos*, pp. 130-135; ídem, "Costa Rica y la guerra". *La compañía del tránsito*, p. 11.
37. ACM. "Libro de data de la cofradía", año 1856.
38. Prado, *La Virgen de los Ángeles coronada*, p. 60.
39. Anónimo, "La división de Costa Rica". *Crónica de Costa Rica*, 16 de mayo de 1857, p. 3.
40. Thiel, Bernardo A., "Día de la asunción de María Santísima". "Libro de panegíricos y santos sermones de la Virgen" (San José, inédito, 15 de agosto de 1887), p. 766.
41. Anónimo, "En Cartago". *Unión Católica*, 29 de agosto de 1896, p. 766.
42. Meneses, "Costa Rica de pie". *Mensajero del Clero*, febrero de 1935, p. 821.
43. Anónimo, "La coronación". *Diario de Costa Rica*, 27 de abril de 1926, pp. 2-5.
44. Coronado, "Celajes". *La Virgen de los Ángeles coronada*.
45. Hidalgo, "Decreto áureo". *Mensajero del clero*, 25 de enero de 1925, p. 5.
46. Anónimo, "Coronación de Nuestra Señora de los Ángeles". *Diario de Costa Rica*, 25 de abril de 1926, p. 8.
47. Tovar, "Al margen de un acto de fe". *La Prensa*, 26 de abril de 1926, p. 1.
48. Heller, *Sociología de la vida cotidiana*, p. 160.
49. Anónimo, "Las fiestas de la coronación". *La Tribuna*, 27 de abril de 1926, p. 2.
50. Castro, Rafael Otón, et al., "Carta pastoral del episcopado al venerable clero y a los fieles de las provincias eclesiásticas de Costa Rica". *Mensajero del Clero*, 27 de abril de 1926, p. 2.
51. Anónimo, "La división de Costa Rica", p. 3.
52. Stork, "Carta pastoral". *Mensajero del Clero*, setiembre de 1918, p. 194.
53. Tovar, "Al margen de un acto de fe", p. 1.
54. Thiel, Bernardo A., "Sobre el justo salario de los jornaleros, artesanos y otros problemas de actualidad que se relacionan con la situación de los destituidos de los bienes de fortuna". *Eco Católico*, 9 de setiembre de 1893, p. 4.
55. Stork, Juan Gaspar, "Carta pastoral". *Mensajero del Clero*, setiembre de 1912, p. 3.
56. Castro, "Madre de Dios". *Mensajero del Clero*, agosto de 1935, p. 977.
57. Acuña, Ricardo, "Comunismo y cristianismo". *Mensajero del Clero*, diciembre de 1932, p. 429.
58. Castro, Rafael Otón, "Carta pastoral". *Mensajero del Clero*, octubre de 1932, p. 359.
59. Cruz, *Las luchas sociales*. Garnier y Herrera, "El desarrollo de la industria", pp. 39-40-50. Samper, "Evolución".
60. Hidalgo, "La Coronación". *Mensajero del Clero*, febrero de 1926, p. 75.
61. Castro Saborío, "Discurso", pp. 313-314.
62. Backer, *La iglesia y el sindicalismo*, pp. 68-81.
63. Anónimo, "La gran manifestación obrera del 11 de agosto". *Tricentenario de Nuestra Señora de los Ángeles*.
64. Anónimo, "La gran manifestación obrera".
65. Fletis, "Vibrante artículo de una señora". *Tricentenario de Nuestra Señora de los Ángeles*, p. 485.
66. Romero Pérez, *La socialdemocracia*, p. 50.
67. Castro, Rafael Otón, et al., "Carta circular". *Mensajero del Clero*, agosto de 1935, pp. 981-983.

|

CAPÍTULO 4

EL ARQUETIPO SAGRADO

En este capítulo se analizarán las diversas formas cómo el costarricense ha rendido culto a la Virgen de los Ángeles, procurando demostrar que en la mayoría de los casos ha dado rienda suelta a su imaginación, mezclando una serie de creencias profanas y religiosas, que han dado lugar a ese fenómeno denominado subproducto religioso. Si en el capítulo anterior se indicaban distintas causas por las cuales se impulsó el culto, aquí se examinará cómo los fieles han manifestado su adhesión a la Virgen mediante diversas manifestaciones de fe. Para ello será preciso realizar un análisis pormenorizado del arquetipo de los costarricenses, a través de los distintos estereotipos que a él se le atribuyen, tratando de explicar la razón de ser de cada uno de ellos.

1. El locus

Es preciso que primero nos refiramos al espacio sagrado, ya que éste es el lugar donde se hace posible el milagro, donde lo profano y lo sagrado toman contacto, aquí es donde ha surgido el mito y se realiza el rito y, en síntesis, es en este punto donde desemboca toda la fe del creyente. Esta creencia en un locus ya se encontraba entre los pueblos primitivos. Para ellos, este emplazamiento podía ser un árbol, un arroyo, una piedra, que servía de centro

|

del ritual religioso. El lugar no era nada suntuoso, la mayoría de las veces se encontraba alejado del lugar donde habitaban las personas. Para Cazeneuve el espacio sagrado es un lugar donde se reproduce el efecto de la potencia y en donde el hombre se renueva.¹ Se extrae de esta definición que el locus es el espacio en donde se hace patente la presencia de lo divino, desde aquí el arquetipo “derrama” sus bendiciones sobre aquellos que le rinden culto. El hombre como tal, al encontrarse dentro de un espacio sagrado, al expiar sus culpas, y al pedir perdón por ellas, se regenera. Se deduce entonces, que estos lugares no son tan sólo centros donde se producen a raudales los milagros y donde las personas toman contacto con lo sagrado, sino también lugares de depuración. Es precisamente en el locus donde lo intrahumano y lo sobrenatural se funden en uno solo, dándose un mayor fervor en la manifestación de fe.²

De nuestra parte, creemos que la presencia de un centro donde se realiza el ritual sagrado se debe a la compulsión que pesa sobre la masa de creyentes, la cual les lleva a querer tomar contacto con lo sagrado, para que este opere el hecho milagroso y traiga una mayor ventura a los que manifiestan su fe en dicho lugar. En el locus, por la creencia en el hecho milagroso, se vivifica la enajenación que sufre el fiel devoto, ya que aquí refuerza su supeditación a lo trascendente, manifestando su impotencia ante él, ya sea a través de la plegaria o de las distintas manifestaciones de su fe. En el espacio sagrado, las personas se despreocupan de su suerte y esperan que el arquetipo intercesor pueda transformar en bienestar la situación de angustia que lo ha llevado hasta allí.

En el caso bajo estudio, se hacen presentes toda esa serie de creencias con respecto al locus. El espacio sagrado de los costarricenses surge en el lugar donde la imagen apareció por primera vez, es decir, en los alrededores de Cartago, en un breñal sobre una piedra. Como se nota el

lugar no era nada suntuoso y estaba aislado de la población. Con el paso del tiempo, la iglesia construida sobre la piedra, fue constituyéndose en el lugar donde concurrían los devotos de la imagen a pedir auxilio en sus tribulaciones. Curas y laicos del período trataron de volcar la fe de los costarricenses hacia el templo de Nuestra Señora, para que estos manifestaran su devoción llevaran allí sus penas y esperaran que del más allá viniera la solución a sus desventuras.

Esta es una línea de pensamiento que se encuentra desde principios de nuestro período. En este sentido, el presbítero Miguel Bonilla decía que el lugar sagrado era el centro de la manifestación divina, como se habla demostrado por las reiteradas ocasiones en que la imagen fue encontrada sobre la piedra, por lo cual los que la última vez la encontraron

“no instan retrocederla porque vieron que era aquel sitio solo el destinado para morar con los cartagineses, y en todos sus conflictos ampararlos”.³

En ese mismo sentido se deben explicar las indulgencias dadas por monseñor Bruschetti y monseñor Llorente en los años de 1848 y 1852 respectivamente, así como aquella dada en el año de 1872 a todos los fieles que, verdaderamente arrepentidos, confesados y comulgados, visitaron devotamente la iglesia de la Virgen de los Ángeles, orando por la extirpación de las herejías, por la Iglesia católica y por la paz entre las naciones.⁴ Los títulos basilicales apuntan en esa dirección que se viene comentando. Al aproximarse el final del siglo XIX, cuando se dio “la separación” entre la Iglesia y el Estado, la primera, busca la intensificación del culto, exaltando la cualidad del locus como un lugar donde se opera el milagro:

“Para hacer más hostensible su protección ha escogido la Virgen algunos lugares como Lourdes, Pompeya y otros más esparcidos en el mundo en donde derrama continuos favores a los que la invocan con fe viva y tierna devoción. Costa Rica cuenta con uno de esos santuarios por ella bendecidos en él le damos culto bajo el título de Nuestra Señora de los Angeles”.⁵

Esta misma actitud sustentaron curas del alto clero, entre los que sobresalía monseñor Agustín Blessing, quien indicaba que los lugares como Cartago, eran sitios donde se manifestaba la providencia de Dios, razón por la cual los costarricenses a través del tiempo han ido a Cartago,

“...a decir a María Santísima de los Angeles sus congojas, sus materias físicas y morales, sus anhelos o bien a dar gracias a María por los favores alcanzados con su intercesión omnipotente o a suplicar gracias a su maternal corazón”.⁶

En el locus cartaginés, según la idea que trataban de inculcar los curas en sus fieles, la Virgen de los Ángeles obraba importantes y cuantiosos prodigios, los cuales eran sinónimo de todo su poder e infinita misericordia, quedando así demostrados sus poderes de reina y sus ternuras de madre.⁷ Ante tan solemne expresión de lo sagrado, Cartago era para los fieles devotos de la Virgen, la ciudad del milagro.⁸ Buscando reforzar el ideal sagrado del locus, no faltaba quien dijera que la vieja metrópoli, era una ciudad santificada, ya que en ella había aparecido la imagen de la Virgen,⁹ o que otros afirmaran que el templo era todo un orgullo para la patria.¹⁰ Este último punto aparece una vez que el culto se ha expandido a toda la república y se nota cómo la Iglesia trata de inculcar en la mente de los devotos de Nuestra Señora la idea de que

Costa Rica es un inmenso locus, donde la imagen en estudio esparció todos sus dones. En este sentido, más de uno vinculó el espacio sagrado con la defensa de la “democrática sociedad costarricense”, ya que era el locus según decían sus defensores, el punto desde donde se salvaguardaban los intereses más preciados de la patria, utilizando así la fe religiosa como un instrumento político. Véase lo que afirmaba en este sentido Monseñor Castro:

“Como las ciudades de refugio del pueblo de Dios los costarricenses poseemos a la noble y leal Cartago donde la Reina de los Angeles, con los esplendores de la coronación será siempre como hasta la presente, el atalaya celestial que vigila la paz, la prosperidad y la felicidad del pueblo costarricense...”¹¹

Ante esa prédica constante para que la fe del costarricense desembocara en el templo de Nuestra Señora (predica que se intensificó, de nuevo, a partir de la segunda mitad de la década de 1920, según el Cuadro 4.1) el creyente poco a poco fue aceptando que ese lugar era el escogido desde lo alto para esparcir sus bondades, como se deduce de una nota aparecida en el diario *La Prensa*, en el año de 1901. Allí se decía: “los trenes llegaron a esa provincia de bote en bote y Cartago parece por su animación aquel lugar sagrado donde van los enfermos de casi todo el mundo con la esperanza de sanar; a donde van los creyentes a dejar sus plegarias y a

Cuadro 4.1
Locus de acuerdo a las fuentes no eclesiásticas y las eclesiásticas por quinquenios

Años	Fuentes no eclesiásticas	Fuentes eclesiásticas
Antes de 1891	0	0
1891-1895	0	4
1896-1900	0	0
1901-1905	1	0
1906-1910	0	1
1911-1915	0	0
1916-1920	2	1
1921-1925	0	4
1926-1930	4	11
1931-1936	2	11

Fuente: Anexo 2.

bañarse en la fuente milagrosa que ha curado –es un decir– a tantos desgraciados: Lourdes, allí donde la virgen-cita apareció, tal parece Cartago en este día de regocijo y animación”.¹² En el siglo XX, ya nadie podía negar, que el locus era el lugar donde el devoto de la Virgen de los Ángeles iba ya con

“...sus cantos de alabanza, ora sus quejidos de penitencia sin que nunca hubiese cesado de llevar en prenda de fe, los tributos de su amor”.¹³

Una prueba fehaciente de que el devoto trasladaba las presiones de su vida cotidiana hasta la imagen, lo venía a representar la innumerable cantidad de exvotos que, desde el año de 1894,¹⁴ se hallaban en el templo, con los cuales aquellos antepasados nuestros daban testimonio de su adhesión a Nuestra Señora de los Ángeles. A fines de nuestro período, el costarricense devoto veía en el templo de la imagen un lugar donde todo lo sobrenatural era posible, donde lo ignoto tomaba pleno vigor. Para aquellos hombres de fe sencilla, ese era el sitio donde debía pedirse la gracia, ya que ese había sido el lugar escogido desde lo alto para escuchar las súplicas de los feligreses: allí la plegaria era oída con mayor dedicación por la Virgen de los Ángeles. Es por esto que no extrañó la actitud que desarrollaban en aquellos días los creyentes, con respecto al espacio sagrado, tanto en los días de las fiestas agostinas como en el resto del año.

Con motivo de los festejos agostinos, el templo de Nuestra Señora de los Ángeles se veía siempre concurrido por los fieles, que iban a demostrar su adhesión a la imagen. Dentro del templo, el piadoso devoto entraba en una especie de sumisión, unos entonaban canciones y otros rezaban oraciones en favor de la sagrada imagen. Había también una infinita cantidad de personas, que cumpliendo con promesas, recorrían de rodillas la parte

interior del santuario de Nuestra Señora de los Ángeles.¹⁵ En las afueras del templo, reinaba el jolgorio; pero una vez que el creyente entraba en él, se introducía en un lugar donde imperaba el silencio, el cual sólo era roto ya por los ruidos venidos desde afuera o por los cánticos entonados en las celebraciones. Había, entonces, una con-



La Basílica durante la coronación de la Virgen de los Ángeles. Archivo Nacional de Costa Rica. Fotografía 2025, detalle (1926).

tradición entre el bullicio de las afueras del templo y el silencio en el interior de este.

Dentro del templo, los ritos religiosos se daban constantemente: abundaban las misas, comuniones y confesiones, y los más devotos prendían cabos de velas,¹⁶ para así verse favorecidos con la intercesión de lo divino. El deseo mayor de los que llegaban al templo era ir a la piedra donde había aparecido la imagen, para rozarla y pasarse luego la mano por el lugar afectado o bien simplemente para postrarse ante ella. Por considerarla milagrosa, otros le arrancaban trozos y se los llevaban para estar protegidos en sus adversidades. A este respecto muchas

leyendas se han tejido, incluso revistiendo la piedra de caracteres sobrenaturales:

“Con qué razón podrán estos incrédulos oponerse al continuo milagro que por más quintales que le quiten permanece y conserva un mismo estado?”¹⁷

Otros decían que la piedra en vez de verse disminuida por los trozos que constantemente le quitaban, más bien crecía de tamaño.¹⁸ El locus de Nuestra Señora de los Ángeles era rodeado por toda una serie de creencias, relacionadas con la fantasía popular, por lo cual no es extraño que aún en el siglo XX alguien se atreviera a decir que, al momento del hallazgo, el lugar donde había sido encontrada la imagen era protegido por “genios o hadas, o damas o caballeros”.¹⁹ El agua de la fuente, según la creencia de los devotos, tenía también una serie de poderes sobrenaturales que la hacían sumamente apetecida. Con el correr de los años, cuando ya el culto era nacional, el feligrés iba a Cartago con la firme ilusión de que sus plegarias, una vez dentro del templo, serían mejor y más rápidamente atendidas. Con esa idea en la mentalidad de aquellas personas de fe sencilla y escasa educación, no podía establecerse una clara diferencia entre el culto religioso y la superstición, ya que esta última se infiltraba dentro de ellas, en las distintas formas en que se concebía el locus y a la Virgen que se hacía presente en él.

2. Modelo de mujer, modelo de madre

En este subtema, se tratará de dilucidar cuáles son las causas que se mueven detrás del estereotipo maternal atribuido a la Virgen de los Ángeles. De antemano, es necesario aclarar que esta ha sido una postura de la Iglesia universal, sustentada en la misma Biblia. No se hará aquí un análisis teológico de este aspecto ya que se carece de co-

nocimientos en este vasto campo y tampoco interesa realizar este tipo de enfoque. El ideal maternal de María, en su advocación de los Ángeles, era impulsado incluso desde mucho antes de nuestro período; pero a fines del siglo XIX, cuando el culto se hizo nacional, este papel de la mujer se utilizó con más asiduidad. Con motivo de las fiestas agostinas de 1893, el presbítero Juan de Dios Trejos, en el panegírico que pronunció el día de la celebración del hallazgo, advirtió que si la mujer cristiana quería tomar para sí un modelo, ninguno sería mejor que el de María, ya que en ella se conjugaban todas las virtudes que una mujer debía tener.²⁰ Entrados en el siglo XX, en una nota aparecida con motivo de la fiesta de la coronación, se nota como se trataba de inculcar, en una forma, más precisa, a la mujer costarricense el modelo de María:

“La Santísima Virgen, Hija obedientísima, Esposa modelo y madre para cuya calificación no hay palabra propia en ningún léxico humano, es un paradigma que debe ponerse ante los ojos de la sociedad, principalmente hoy cuando doctrinas inmorales y corruptas amenazan invadirla con ímpetu de incontenible marea cargada de legajos pudredumbre [sic] e inmundicias. Ella enseña cómo han de ser las hijas, las esposas y las madres y ya se sabe que la mujer es una de las piedras fundamentales en que descansa el porvenir de las naciones; pero que entre los medios para exponer las enseñanzas sociales que con un ejemplo nos dicta la incomparable Reina de los Angeles y de los hombres figuran los Congresos Marianos”.²¹

En esta cita se le señala claramente a las costarricenses cuáles son los rasgos de María que deben de tener. En el fondo, se pretende que la mujer acepte dicho modelo sin siquiera cuestionarlo, razón por la cual hay que detenerse a analizar el tipo de mujer que se impulsaba por

aquellos años. Primero, se decía que María, al igual que todas las mujeres, era hija, en este caso hija de Dios, pero no una hija común y corriente, sino que era obediente en un grado extremo. Para calar más en la mentalidad de las devotas a la virgen, su obediencia aparece indicada en el texto en un grado superlativo. Al referirse a ella como esposa, se decía que era una esposa modelo. En el primer capítulo, ya se había indicado que la esposa ideal era aquella que aceptaba ser relegada a una segunda posición permaneciendo enclaustrada en su hogar, y cuya principal misión era traer hijos al mundo.

Se concluye de esto que el ideal de mujer que se trataba de impulsar era el de una mujer sumisa, relegada a una posición de segundona dentro de la sociedad y sumamente dependiente de su marido. Las causas de este fenómeno se enunciarán y analizarán posteriormente. Pero sobre todas las cualidades de María, la que más se buscaba inculcar en las mujeres era su carácter maternal. Se valían en este sentido de aspectos puramente psicológicos, ya que es bien sabido que uno de los más anhelados sueños de la mujer es ser madre. Buscando explotar ese deseo, el papel maternal se divinizaba en la Virgen María en su advocación de los Ángeles. El papel de madre era una gracia venida desde lo alto, como decía Stork:

“...comprendan, pues, las mujeres, a quienes Dios ha confiado la sublime misión de la maternidad, que deben, ser cooperadoras en la formación de las nuevas generaciones y que han de lucir en todo su ser, el hermoso vestido de las virtudes cristianas necesarias a tan alto ministerio”.²²

En otro tipo de mensajes se pretendía que el fiel devoto relacionara la madre terrenal con la madre celestial. Un artículo aparecido en el *Unión Católica* de 1897 permite observar cómo se trataba de hacer creer al devoto de

la Virgen de los Ángeles que efectivamente María era su madre celestial:

“Millares de devotos de la Santísima Virgen concurren a las solemnísimas procesiones habidas éste año y las misas solemnes eran cada vez más concurridas por fieles de todas las clases sociales. Y así tenía que suceder –que hijo, por indolente que sea cuando ve que atacan a su madre cariñosa, no corre y se pone a su lado para defenderla? – Pues así nosotros hemos corrido... dadnos vuestra gracia, Señora para que aquí a vuestro lado todos juntos desahagamos contrarrestemos esa lluvia de blasfemias, que contra vos y los dogmas de Nuestra Santa Religión están asestando especialmente los discípulos de Calvino y Lutero...”²³

En este texto se observa como se aprovecha la pugna entre católicos y protestantes ocurrida a finales del siglo XIX para alimentar en el creyente la idea de que María, madre celestial, y la madre terrenal eran sinónimos, y que a la Virgen se le debía rendir tributo y veneración. Además, se debía de velar por ella, al igual que se haría con la madre terrenal. Fue Monseñor Stork quien dejó la crónica más representativa sobre el punto que se está analizando: “un santo niño que en pocos años había llegado al ejercicio de las más sublimes virtudes en un transporte de amor manifestó en cierto día toda la ternura filial que experimentaba hacia la Reina de los Angeles y preguntado por alguno por qué amaba tanto a la Virgen, respondió: La Madre de Dios es mi madre –Amemos nosotros a la Santísima Virgen María porque es nuestra Madre”.²⁴ Pero también se exaltaba a María como madre celestial, representando en ella los mismos instintos de la madre terrenal:

“Que no envidio del Angel la fortuna,
Porque Reina la llama noche y día,

Pues dicha para mí no hallo ninguna
 Como el poder llamarla “MADRE MIA”...
 Y... dile, al despedirte que yo siento
 Que con cariño maternal me mira...
 Y al comprender de mi alma el sufrimiento
 sus ojos se humedecen... y suspira...”²⁵

En textos como los anteriores, se fetichiza una situación real, el amor hacia la madre terrenal, elevándolo hacia un plano ideal: el amor hacia la madre celestial, en su advocación de los Ángeles. Al divinizar el papel maternal de la mujer costarricense, representada en la Virgen de los Ángeles, no es a la Virgen a la que se está ennobleciendo, sino a la función maternal que ella representa. Con ello, se pretendía que la mujer creyera que su función dentro de la sociedad era estrictamente maternal. Al darse la comparación entre la madre terrenal y la madre celestial, no es María la que se rebaja, sino la madre terrenal la que se eleva, desde un plano real hasta uno ideal. Ser madre es “seguir” el ejemplo límpido de la Virgen, por lo que la función maternal la mujer se enaltece y pasa a gozar de un papel impuesto desde lo alto.

La Iglesia, por todos los medios, trató de incentivar dentro de sus seguidores el estereotipo maternal de la Virgen de los Ángeles, un proceso que adquirió particular relevancia en los quinquenios comprendidos entre 1926 y 1936 (véase el Cuadro 4.2). Además, en el Cuadro 4.3 podemos observar cómo este tipo de men-

Cuadro 4.2
Modelo de mujer-modelo de madre de acuerdo a las fuentes no eclesiásticas y las eclesiásticas por quinquenios

Años	Fuentes no eclesiásticas	Fuentes eclesiásticas
Antes de 1891	0	4
1891-1895	0	6
1896-1900	2	0
1901-1905	0	0
1906-1910	0	0
1911-1915	0	0
1916-1920	0	3
1921-1925	0	4
1926-1930	5	25
1931-1936	1	36

Fuente: Anexo 2.

Cuadro 4.3
Frecuencia de los distintos subtemas según tipo de documento

Tipo de documento	Imagen como objeto de culto	Sinónimo de nación- sinónimo de patria	Comunidad ideal- comunidad real	Locus	Modelo de mujer- modelo de madre	Milagrosa intercesora
Documentos oficiales* (15)	4	10	5	6	7	9
Correspondencia (13)	2	6	0	1	1	2
Composiciones literarias (51)	6	33	7	2	39	19
Panegíricos (9)	5	8	5	5	7	7
Prensa liberal (44)	16	17	17	8	7	18
Prensa católica (68)	24	36	27	19	25	24

*Incluye tanto las cartas pastorales, como las cartas circulares.
Fuente: Anexo 2.

sajes apareció en un 46 por ciento de los documentos oficiales emitidos por la Iglesia católica. Además, de los 9 panegíricos analizados, en 7 apareció este estereotipo. Y finalmente, en la prensa católica, este subtema apareció en un 36 por ciento, todo lo cual demuestra la relevancia que para la Iglesia tenía inculcar en sus seguidores el estereotipo maternal de la Virgen.

Se analizarán ahora las causas fundamentales que impulsaron a lo largo de nuestro período esta faceta maternal de la Virgen. Como se puede observar en el Cuadro 4.4, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, el porcentaje de divorciados y separados era bastante bajo, pero es posible que, a lo largo de nues-

Cuadro 4.4
Total de personas divorciadas y separadas en Costa Rica (1864-1927)

Año	Total de población	Total de divorciados	%	No. de separados	%
1864	120.499	59	0,05	1.486	1,24
1883	182.073	376	0,21	0	0
1892	243.205	580	0,24	0	0
1927	471.524	582	0,20	4.002	1,6

Fuente: República de Costa Rica, *1864. Censo de población*, 2da. edición (San José, Dirección General de Estadística y Censos, 1964); ídem, *Censo de la República de Costa-Rica, 1883*, 2da. edición (San José, Dirección General de Estadística y Censos, 1975); ídem, *Censo general de la República de Costa Rica. 1892*, 2da. edición (San José, Dirección General de Estadística y Censos, 1974); ídem, *Censo de población de Costa Rica. 1927* (San José, Dirección General de Estadística y Censos, 1960).

tro período, el lazo familiar fuera mostrando una serie de trastornos que refutarían esos datos, como es posible observar en distintas obras literarias. Esto se evidencia también en el importante número de mujeres que se dedicaban a distintas actividades económicas, como se puede observar en los censos de 1864, 1883 y 1892 (véase Cuadro 4.5). La baja que se indica para el año de 1927 es posible que no se debiera a la reducción de la participación femenina, sino más bien a que una serie de categorías ocupacionales que habían sido utilizadas en los censos del

siglo XIX, en donde era masiva la participación femenina, no fueran tomadas en cuenta. Ese alto porcentaje de mujeres que declaraban oficio posiblemente correspondía, en su mayoría, a mujeres cabeza de familia.

Cuadro 4.5
Distribución de la población económicamente activa según sexo (1864-1927)

Año	Hombres	%	Mujeres	%	Ambos sexos
1864	32.242	67,0	15.830	33,0	48.072
1883	30.788	64,7	16.770	35,3	47.555
1892	37.173	69,2	16.461	30,8	53.679
1927	136.479	88,9	16.784	11,1	152.263

Fuente: La misma del Cuadro 9.

De lo expuesto se deduce que una buena parte de las familias de la región central del país estaban encabezadas por mujeres. Pese a los datos del censo de 1927, para fines del período en estudio el fenómeno indicado no había cambiado mucho. En diversas obras literarias puede observarse que era precisamente la madre la que, en muchos casos, tenía que hacer frente al sostenimiento del hogar, como se observa en la obra de Luisa González *A ras del suelo*: “mi madre era la empresaria que sabía distribuir muy bien el trabajo entre todos los miembros de la familia, asignándose ella la mayor responsabilidad y las tareas más duras. Todos le obedecíamos mientras ella revolvía en grandes baldes y palanganas enormes cantidades de masa, de manteca y de especies deliciosas”.²⁶ Debe aclararse que, pese a esta activa participación femenina dentro del proceso productivo, esto no implica que a la mujer, se le facilitara participar en aquellas labores que no fueran las domésticas. En política, por ejemplo, se impidió el acceso de las mujeres a diferentes puestos públicos,²⁷ y cuando se dedicaban a actividades destinadas a los hombres, eran declaradas impúdicas.²⁸ Todavía en el año de 1932, existían voces como la del presbítero Ricardo Acuña, que se levantaban sumamente

preocupadas, criticando duramente a la mujer porque esta se había rebajado:

“...asumiendo muchas veces los oficios que a éste [el hombre] corresponde olvidando la sagrada misión de ser madre y esposa. Pero lo que hace pensar en éste siglo es la superioridad moderna principal fuente de irreligión, que termina con los “hogares y acaba con los hijos, pues entre las muchas profanaciones cometidas por la mujer esta la más moderna, el desprecio por la maternidad”.²⁹

El abundante número de familias encabezadas por mujeres es, según nuestra opinión, un indicio de que se estaba dando una pérdida de cohesión en el lazo familiar. Ese fenómeno no sólo puede deducirse de las fuentes censales, sino también de la literatura, ya que en muchas de las obras literarias, de fines del siglo XIX y principios del XX, quedan señalados algunos fenómenos que son muestra evidente de la pérdida de cohesión de la célula familiar. Tómese como ejemplo el siguiente fragmento de la novela *Hijas del campo* del escritor Joaquín García Monge:

“Acordate de Melesio, tan buen marido siempre, un ángel con su mujer y con sus hijos; trabajador inmejorable se lo llevaron al cuartel, porque un policial le tenía tema, y Melesio, una vez allá, se hizo bebedor, cuando volvió le pegaba a la esposa, no la mantenía y le arrimó un hijo, con llaguitas en todo el cuerpo. La mujer paró en difunta por la mala vida que le dió Melesio; éste se hizo mujeriego y parecía el mismo demonio”.³⁰

Los problemas que se citaban eran de diversa índole, no sólo los ocasionados por la bebida, como en el caso anterior. La infidelidad conyugal tampoco dejaba de refle-

jarse en la literatura, como se observa en una de las canciones citadas por Emilia Prieto en su libro *Romanzas típico meseteñas*, la cual, según la citada autora, se cantó en buena parte de la colonia, durante el siglo XIX y en los primeros treinta años del siglo XX. En esta canción se recogen los amoríos de una mujer y su amante:

“No tengo amores en Francia
ni quiero a otra más que a ti
ni le temo a tu marido
que esta al lado de tí”.³¹

El hecho de que esta canción fuera tan antigua indica que los problemas relacionados con la infidelidad conyugal, no se originaron en nuestro período; en él tan sólo se intensificaron. La falta de cohesión de la célula familiar también podía verse a través de otra serie de problemas dados dentro de la familia, como podemos deducir de la siguiente narración tomada de *Hijas del campo*. En esta novela se narra la suerte de una criada que

“Dejó a su familia por huir de los apetitos lujuriosos de un su padrastro, humanidad reconcha y concuspi-ciente. Fastidiado de la madre, quería vivir con la hija en concubinato inmundo, carcoma que consume a la clase baja. Pero la moza, de un natural levantisco, no lo aceptó ni un momento. Esta corrupción, consecuencia de la ignorancia en que vive el pueblo, es una de las más grandes calamidades, por extremo palpables, pues se conoce el caso de padres que violaron a sus hijas, hermanos que han hecho madres a sus hermanas, cocheros que han desflorado niñas, y papás que dan una hija por la escritura de una casa, más doscientos pesos en dinero: vicios que hacen estragos en los adolescentes y en las casadas, para no hablar de los infelices que se desarrollan como brutos, en re-

giones apartadas del país, sin freno religioso ni social, sin una chispa de inteligencia, enfangados en la podredumbre”.³²

El relato aunque exagera la nota en alguna de sus partes, alude a algunos problemas como incestos y violaciones dentro de una misma familia, que de hecho se daban en aquellos años. Se debe destacar que este fenómeno no debe analizarse tan sólo como producto de una degradación moral, ya que tiene su origen en diversos tipos de factores, entre los cuales podemos citar el crecimiento de las ciudades, los bajos niveles educativos, y los fenómenos migratorios y laborales, entre otros. Estos problemas debían ser bastante palpables como se puede deducir de un comentario aparecido en el año de 1929 en el *Mensajero del Clero*, en donde se culpaba a la mujer por su falta de pudor:

“Pero la mujer cartaginesa nacida bajo el manto de la Reina de los Angeles y amamantada en los pechos de esa madre celestial... la mujer cartaginesa tan virtuosa siempre, tan austera en sus costumbres, tan religiosa, tan humilde, no debió permitir jamás el avance desenfrenado del enemigo del pudor... Guerra a la inmoralidad reinante!!! Vuelvan presto a la mujer cartaginesa las virtudes que legara Ana Cleto de Mayorga... vuelvan la fortaleza, la humildad y la modestia”.³³

Aunque al incentivar el estereotipo maternal de la Virgen de los Ángeles se buscaba reforzar el modelo mariano dentro de las mujeres, esto era indicio de que la sociedad de aquel entonces era típicamente machista, ya que estos dos modelos son interdependientes. En aquellos tiempos, era el hombre quien ocupaba el primer plano, en tanto la mujer pasaba a una posición de segundona. Mientras que al hombre se le perdonaba todo tipo de faltas, a

la mujer se le recriminaba por el más mínimo desliz. El universo de actividades para el hombre era casi ilimitado, pero para la mujer era todo lo contrario, ya que se reducía al hogar. Muchas actividades estaban destinadas tan sólo a los hombres, por ejemplo la política: recuérdese que fue la Constitución de 1949 la que posibilitó el voto femenino. Igual caso se daba con algunas ocupaciones, en donde se negaba la posibilidad de la participación femenina. Con base en el patrón machista se justificaba la dominación masculina en la Costa Rica de antaño. Sin embargo, este sentimiento machista tiene su apoyo en el patrón mariano que sustentan las mujeres.³⁴

Si el machismo refuerza la creencia en la supremacía física e intelectual del hombre, el marianismo impulsaba la idea de que la mujer tiene una superioridad moral y espiritual innata sobre los hombres. Por el marianismo la mujer no sólo acepta el modelo de dominación masculina, sino que le refuerza. Al glorificar la superioridad espiritual de la mujer, se crea un modelo de mujer supeditada al hombre, paciente ante las faltas y atropellos que este comete contra ella. La supeditación al hombre es vista como una prueba que estoicamente deben soportar. El hecho de que se buscara fortalecer el modelo mariano tiene connotaciones más importantes aún, ya que si la mujer permanecía enclaustrada en el hogar, esto era sumamente beneficioso para el sistema, ya que ella sería la encargada de velar por el cuidado y reproducción de la fuerza laboral, que necesita el proceso productivo.³⁵ Claro está que, en relación con esto último, hay otros factores de índole económica que posibilitan tal enclaustramiento, como por ejemplo el salario. Estas causas son, en nuestra opinión, las que hacen posible el desarrollo del estereotipo maternal en el culto mariano.

3. La Virgen de los Ángeles: milagrosa intercesora

En este subtema, se demostrará que la Virgen de los Ángeles se ha constituido en la intercesora sagrada del costarricense, y que este ha representado a su arquetipo en la diminuta imagen de Nuestra Señora, rodeándola de una serie de poderes sobrenaturales. El arquetipo ha sido definido como aquel elemento sintético entre la fuerza numinosa y la condición humana.³⁶ Es decir, el arquetipo es el elemento intercesor entre las personas y su deidad; además, este elemento medianero tiene tantos caracteres divinos como terrenales. En este mismo sentido, Jung ha señalado que mediante el arquetipo se canalizan las energías síquicas del individuo. Señala también que ese arquetipo se encuentra representado por un símbolo.³⁷ El arquetipo es una síntesis que sólo se realiza por medio de símbolos, susceptible de representar lo puramente humano y una potencia trascendente que lo rebasa,³⁸ ante la cual lo humano se supedita.

La Virgen de los Ángeles es, como se verá posteriormente, el arquetipo del costarricense, el cual, según el creyente, lo protege en las adversidades de la vida cotidiana. Buscando fortalecer a la Virgen de los Ángeles como la mediadora de los costarricenses ante lo divino, se destinaban a ella los más variados epítetos, unos la llamaban “la bendita imagen”,³⁹ otros, “la venerada imagen”⁴⁰ y había otros que la denominaban “la Virgen milagrosa”.⁴¹ Una de las crónicas más representativas en este sentido la proporciona el presbítero Carlos Borges:

“Ave Medianera y Abogada entre tu Santísimo hijo y los desterrados hijos de Eva! pues sí uno es el mediador entre Dios y la humanidad, Cristo Jesús, tú eres la medianera celestial entre Jesucristo y nosotros. Ave, acueducto misterioso y canal de oro de las gracias divinas, pues no hay una sola de las que descienden del

cielo a la tierra que no pasen por su liberalísima mano. Ave sacrosanto eminente y causal universal de las gracias universales, bien que derivada de la causa instrumental principal que es la humanidad santísima de nuestro adorable salvador”.⁴²

Ante esa retórica, poco a poco el creyente empezaba a hacerse a la idea de que, efectivamente, la Virgen de los Ángeles era su intercesora sagrada: “Tú has sido en realidad corredentora del mundo. Tú mirada protectora, sobre la vida como un sol campea”.⁴³ Para el creyente, la imagen de la Virgen era la que elevaba sus plegarias ante Dios y lo socorría en sus penalidades. Por su enorme fe en la Virgen de los Ángeles, creía que la imagen tenía el poder de operar portentosos milagros. Sin embargo, antes de entrar a conocer aquellos hechos que algunos costarricenses aceptan como milagrosos, hay que referirse a una creencia que se relaciona con ellos, y que hace posible que esos hechos se multipliquen por doquier, según los devotos de la Virgen.

Partiendo de la creencia de que la imagen era milagrosa, los interesados en la difusión del culto irradiaron el carácter milagroso, atribuido a la imagen, hacia todo lo que estaba en un estrecho contacto con aquella. En este sentido, ya se ha visto en el primer subtema, cómo existía la tendencia a creer que la piedra donde apareció la imagen tenía toda una serie de poderes curativos; por ello, no se profundizará el comentario en este sentido. De todos los elementos que rodean a la imagen, se cree que el agua de la fuente es la que tiene más poderes sobrenaturales. Las “salutíferas aguas”⁴⁴ eran afanosamente buscadas por miles y miles de creyentes, para curar sus males del cuerpo o del alma. A lo largo de nuestro período, se buscaba inculcar la idea de que el agua de la fuente tenía efectivamente poderes curativos, como se extrae de una de las canciones del presbítero Miguel Bonilla:

“De esta dichosa piedra
 Mana una perenne fuente,
 Y el que bebe en su corriente,
 En la salud se mejora,
 Por que vos en la hora
 Le das la salud cumplida”.⁴⁵

Entrado el siglo XX, se observa cómo la Iglesia trató por todos los medios de inculcar en sus feligreses que la imagen era milagrosa. Este tipo de mensaje apareció en un 60 por ciento de los documentos oficiales analizados y en un 35 por ciento de los documentos publicados en la prensa católica (véase el

Cuadro 4.3). En el siglo XX, esta misma creencia seguiría inculcándose en los fieles devotos de la Virgen de los Ángeles (véase el Cuadro 4.6).⁴⁶ Por ello estos, cada vez que iban al templo, trataban de aprovisionarse del agua que, según sus cortas luces, era portadora de toda una serie de beneficios para el que la tuviera. Por esta creencia

fetichista, muchos de los creyentes, una vez dentro del locus, se daban a tocar la piedra o se humedecían con el agua de la fuente la parte enferma de su cuerpo, para que así, al tomar contacto con lo sagrado, desapareciera el mal que los aquejaba y se hiciera posible el milagro. Con la presencia de un arquetipo intercesor se aviva en el costarricense la creencia en el milagro. En este sentido hay una coincidencia con Cazeneuve, quien dice que la creencia en la posibilidad del milagro es tan sólo una manifesta-

Cuadro 4.6
La Virgen de los Ángeles milagrosa intercesora de acuerdo a las fuentes no eclesiásticas y las eclesiásticas por quinquenios

Años	Fuentes no eclesiásticas	Fuentes eclesiásticas
Antes de 1891	0	7
1891-1895	2	4
1896-1900	1	4
1901-1905	0	2
1906-1910	1	0
1911-1915	0	0
1916-1920	3	3
1921-1925	0	2
1926-1930	10	22
1931-1936	3	15

Fuente: Anexo 2.

ción de la precariedad de la condición humana, que resulta de la sumisión a un arquetipo religioso.⁴⁷ Explotando la fe religiosa del pueblo costarricense, curas y laicos se dedicaron, a lo largo de nuestro período, a fortalecer la creencia en el carácter milagroso de la imagen.

Para analizar los diversos hechos supuestamente milagrosos aceptados por los devotos de la Virgen de los Ángeles, es necesario introducir una división entre ellos. Se hará referencia a aquellos milagros en los cuales, “se demuestra” el dominio de la Virgen sobre la naturaleza, posteriormente se enunciarán aquellos relacionados con aspectos terapéuticos, y por último, se señalarán aquellos sucesos relacionados con el azar en que el piadoso devoto de la imagen, ve intervenir a la Virgen de los Ángeles. En cuanto al primer tipo, se observa que la creencia en estos hechos era impulsada desde inicios de nuestro período, como se deduce de los versos del presbítero Miguel Bonilla:

“Es efectivamente indubitable
De esta divina imagen el amparo
en hambres, la langosta, en pestes
Y cuando el cielo sus lluvias ha negado”.⁴⁸

Eladio Prado en el libro *La Virgen de los Ángeles coronada*, con este mismo objetivo, hace referencia a que en la noche del 11 de septiembre de 1799, Cartago presencié cómo del cielo “llovía fuego”, lo que causó una gran consternación entre los habitantes del lugar, los cuales acto seguido invocaron a la Virgen. Luego de que esta había salido en procesión, en las primeras horas del día siguiente, poco a poco dejaron de manifestarse esos extraños fenómenos.⁴⁹ Un suceso más o menos parecido, en que el autor deja volar su imaginación, era el relatado por el presbítero Víctor Manuel Arrieta, quien decía que una vez cuando era niño, ocurrió un fuerte temblor; al día si-

guiente, al preguntarle a una de sus tías, si había sentido el temblor, esta le contestó:

“Ave Maria Purísima, Santo Dios dijo Nanita –que gran susto yo me senté en la cama a rezarle el rosario a la Reina de los Angeles para que amaneciera pronto. Y amaneció, Nanita? Sí mi vida al momento amaneció!!!”⁵⁰

Con opiniones de este tipo se sumió a los devotos de la Virgen de los Ángeles en una serie de creencias más que nada supersticiosas. Se hará ahora referencia a algunos de los milagros, aceptados por el creyente y que, según él, se realizan por el dominio “que tiene” la imagen sobre la Naturaleza. El primero ocurrió en la primera mitad del siglo XIX, en el pueblo de Cipreses, en el cantón cartaginés de Oreamuno. Cuenta la tradición que este era un pueblo pequeño, metido entre las montañas, en donde el agua escaseaba permanentemente. Afirmaba esta leyenda que los vecinos no tenían una fuente donde apagar su sed, ante lo cual se dieron a la tarea de traer el agua desde montes lejanos. Sin embargo, aunque los moradores del lugar se preocupaban por asear los lugares por donde debía pasar el agua, esta faltaba continuamente por lo cual se dieron cuenta que debían invocar a una fuerza no humana para que no les faltara el agua. Movieron sus ojos hacia la Virgen de los Ángeles, la cual pareciera que oyó sus ruegos, ya que el agua jamás volvió a faltar. Ante eso, los vecinos cada año rememoran este hecho, llevando una peregrina al lugar.⁵¹

Un hecho bastante parecido fue el que acaeció en Llano Grande de Cartago, del cual ya se ha hecho referencia anteriormente. En el año de 1877 una plaga de langostas cayó sobre el lugar. Los vecinos se encontraban sumamente preocupados porque ello era altamente perjudicial para sus cosechas. Por eso creyeron necesario pedir a la

Virgen de los Ángeles que los librara de la plaga, por lo que trajeron una imagen peregrina desde Cartago, hasta dicho lugar. Accidentalmente, según cuenta la leyenda, colocaron la imagen en una piedra, uno de los insectos brincó y acto seguido cayó fulminado como por un rayo; tan sólo ese hecho bastó para que todos los insectos que se encontraban en el lugar, también perecieran.⁵² Los vecinos en acción de gracias anualmente trasladan a la imagen por toda la región y le tributan una serie de homenajes.

Si se analiza a fondo el culto a Nuestra Señora de los Ángeles veremos que el tipo de milagro que más se explota es precisamente aquel que tiene relación con los aspectos terapéuticos. Según Alphonse Dupront el milagro terapéutico es la forma más común, la más cotidiana, de todas las que demuestran la creencia en el hecho sobrenatural.⁵³ Esto se da en buena parte por el miedo que sienten las personas ante la muerte. Tratando de inculcar en los fieles, la creencia de que la imagen de la Virgen de los Ángeles podía curar las dolencias físicas y morales, el presbítero Matías Cornelio Rojas decía:

“Cuántos enfermos de dolores sanados
Allá en tu templo su plegaria hicieron
¡Cuántos romeros tu favor pidieron
En esos tiempos de la edad dichosa”.⁵⁴

Es por esto que no extraña que a finales de nuestro período gran cantidad de personas afirmaran haber contado con la intercesión de la Virgen de los Ángeles en las desgracias que a ellos les habían acaecido. La creencia en el poder de curación de la Virgen ya existía desde antes de nuestro período, pues Prado señala el hecho de que, en 1809, el señor Manuel García dio una oblación a la Virgen de los Ángeles porque le había curado su nariz, que la tenía “comida”.⁵⁵ Según cuenta otra de las tantas leyendas tejidas en torno de la Virgen, en el siglo XIX lle-

gó al santuario una señora de apellido Cabarca, la cual, era sumamente acaudalada, pero no podía hablar porque tenía un “cancro” [sic] en su lengua. La señora estaba desconsolada, los dolores la atormentaban y no hubo esfuerzo humano que la curara. Robusteció su fe y todas las mañanas iba la iglesia de San Francisco a orar. Una tarde escuchó la voz de María, la cual le indicó que fuera a la fuente; obedeciendo el mandato se traslado hacia allá, se aproximó a

“...la fuente de aguas milagrosas mojó sus labios y su boca adoloridas y esto bastó para que el cáncer cayera sin dejar la más leve huella de su existencia en el órgano afectado...”⁵⁶

Una de las personas que decía haber contado con la protección de la Virgen de los Ángeles fue Narcisa Arburola de Arias. Ella decía que viniendo de Europa, luego de haber pernoctado en La Habana, al despertar a su hijo, éste le comunicó que se sentía mal. Como lo notó hinchado, llamó al médico, quien luego de revisarlo, dictaminó que padecía una enfermedad muy contagiosa y peligrosa, por lo cual lo más prudente era ponerlo en cuarentena. Sumamente preocupada, imploró a la Virgen para que se revocara esa sentencia. Aquella noche la pasó en vela, en espera de que su hijo se curara; a la mañana siguiente, el joven estaba fuera de peligro. Según la citada señora había sido la Virgen de los Ángeles la que había hecho posible, ante sus ruegos, la curación del enfermo.⁵⁷

Prado también afirmaba que a él mismo le había sucedido un hecho milagroso. Decía que en vísperas de un viaje a La Habana con su tío, Roberto Castro Beer, éste se sintió bastante enfermo, por lo que se hizo examinar en Nueva York. Como lo encontraron muy delicado, lo internaron; dos semanas después, cuando se disponía a salir para La Habana, lo llamó su tío y le hizo ver lo mal que

se encontraba. Decidieron entonces, ante tal situación, retornar a Costa Rica. Los médicos le hicieron ver al señor Prado que, debido a su delicada condición, su tío moriría con el movimiento del mar. Sin embargo nuestro citado autor se embarcó con él, pues según apuntaba: "...le he entregado mi enfermo a la Patrona de los ticos, y ella tendrá que llevarlo vivo por lo menos a Limón".⁵⁸ Pese a encontrarse en octubre, el mar estaba sumamente calmado, según decía Prado. El día 26 de ese mes llegaron a Limón, al día siguiente abordaron el tren que los traería a San José. El señor Castro estaba sumamente delicado y pereció. Comentando este punto, el citado autor decía:

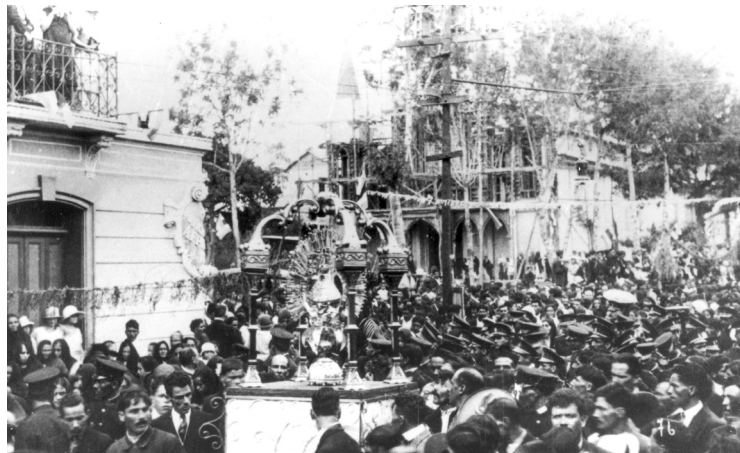
"el movimiento en el barco fue apacible, para [que] llegara el enfermo a Limón tal como se lo había pedido yo con tanta fe a lo amadísima Patrona... apacible movimiento que terminaba en Limón... por que eso era lo que yo había pedido!"⁵⁹

En la fe de los devotos de la imagen de Nuestra Señora de los Ángeles el poder de curación de ella era sumamente grande pues como se señalaba en 1935

"sus milagros son innumerables. Rehabilita hígados y brazos y piernas. Donde está la úlcera pone con su manecilla de gnomo de tafetán finísimo de su gracia, y la tez vuelve a brotar pareja con su frescura juvenil. La tuerta siente con alborozo que parpadea su perdido ojo en la cuenca solitaria. La nariz deforme se perfila, y aquélla boca que esta tristemente apretada para ocultar la falta de sus perlas, siéntese de improviso sorprendida por misterioso beso que la abre perfumada y la calienta con la sonrisa y la hace estremer voluptuosamente al contacto de un doble sortal de aljoferez".⁶⁰

Para el devoto, la Virgen de los Ángeles tenía poderes ilimitados que estaban al servicio de quien solicitara su ayuda. Los hechos citados anteriormente son los más representativos que se han podido encontrar y en los cuales el creyente indica que ha contado con la intervención de su arquetipo intercesor. En el Anexo 1 figura una lista de quienes decían haber recibido en sus vidas la intercesión milagrosa de la Virgen. A partir de esta lista, se pudo establecer que de las 346 personas que declaraban haber contado con la intercesión de la citada imagen, el 67,3 por ciento eran mujeres y el 32,7 por ciento eran varones, siendo las primeras, como en la mayoría de las ocasiones, las más apegadas al culto religioso. Por otro lado, el 34,6 por ciento de las personas de esta lista vivían en San José, el 28,9 por ciento en Heredia, el 19 por ciento en Cartago, el 12,3 por ciento en Alajuela (el 5,2 por ciento no declararon lugar de residencia).

Un tercer tipo de milagro lo constituyen aquellos que están relacionados con el azar. El primero de ellos se dio en el año de 1871, con unos boyeros que iban transportando café hacia Puntarenas. A la altura de los Montes del



Procesión durante la coronación de la Virgen de los Ángeles. Archivo Nacional de Costa Rica. Fotografía 2027 (1926?).

Aguacate, bajo un torrencial aguacero, oyeron un retumbo; las piedras se venían abajo: los hombres gritaban, y los bueyes resoplaban, amenazando con echarse atrás. Ante eso, los boyeros invocaron a la Virgen de los Ángeles y “las carretas se clavaron al barro y como incommovibles de tal manera en vano la desesperación de los bovinos y la ley de gravedad pudieron despeñarlos”.⁶¹ Por este milagro los boyeros agradecidos se presentaron ese año a la Pasada con sus carretas cargadas del fruto de sus cosechas. Otro milagro fortuito se dio en el año de 1910, cuando a un matrimonio josefino se le perdió una pequeña niña. Pese a que se valieron de la prensa, los días pasaban y la criatura no aparecía. Luego de tres días, dirigieron sus ruegos a la Virgen de los Ángeles para que la niña apareciera. El padre, ante el pedido de su esposa, tomó el tren hacia Cartago y se encaminó al santuario. Cuando estaba dentro de él perdió la noción de donde se encontraba y empezó a gritar, la policía lo sacó del templo en el preciso momento en que una indígena pasaba con su hija en brazos,⁶² y así dicho señor recuperó a su pequeña niña.

Hasta aquí se ha tratado de presentar una tipología de los hechos que el devoto creyente de la Virgen de los Ángeles acepta como milagrosos. Con respecto a ellos sólo es necesario recalcar lo que antes se apuntaba: el milagro es una manifestación de la supeditación de las personas a lo trascendente y, a medida que su enajenación religiosa sea más fuerte, más depositará su fe en la presencia del milagro. Cuanto más angustiante sea la situación real que lo rodea, más se acrecentará en él su dependencia del arquetipo, fomentándose así su pasividad. Una de las formas en que el creyente da gracias a la Virgen por todos los favores que ella le ha concedido, es mediante el exvoto. Según Jacques Lafaye, este es una manifestación ingenua de la fe.⁶³ Esta forma de manifestar la devoción a la Virgen ha sido sumamente acostumbrada:

“En cualquier apuro o tribulación el tico cuando es hombre de fe, acude a la Reina de los Angeles, prometiéndole si sale bien de la tribulación llevarle un milagro. Por ejemplo, si en una situación pecuniaria angustiosa, dueño de una casa logra venderla bien, llevarle una casita de agradecimiento, si es una enfermedad en una pierna, en un brazo o en una mano, llevarle una piernita, o un bracito, o una manita de plata o de oro según sus posibilidades a su santuario, con expresa condición de hacerle una visita y entre la gente del pueblo particularmente, subir la iglesia de rodillas”.⁶⁴

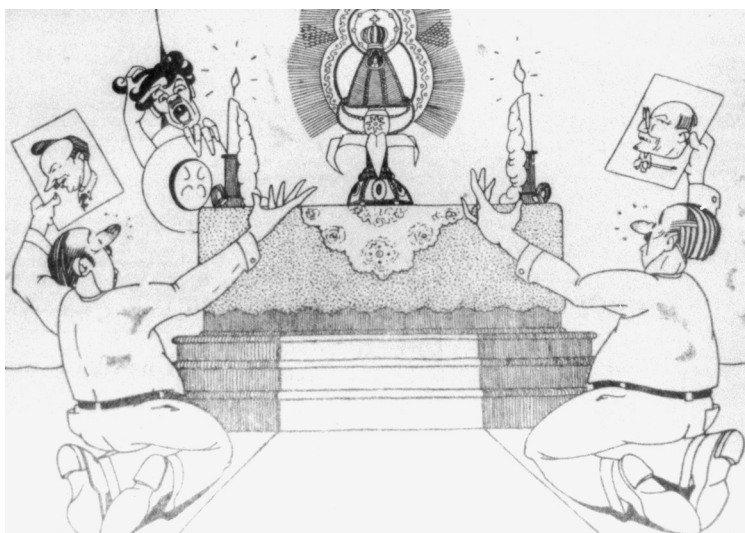
Hasta aquí se ha visto como la Virgen de los Ángeles concede sus favores a todos aquellos que elevan ante ella sus preces, pero no se crea que tan solo el lado positivo existe en las creencias de nuestros antepasados respecto a la Virgen. También existía la creencia que si la imagen salía de su templo, quedaban totalmente desamparados. Esto ya se manifestaba desde el año 1825, cuando los vecinos de La Puebla y de Chircagres pedían que no se sacara la imagen del templo pues era bien sabido que “...en todos los pasados tiempos que ésta soberana reyna sale a celebrar sus funciones a otra parte las calamidades y ruinas que hemos experimentado. Lla con pestes de diferentes calidades o lla con fuego del cielo o temblores o lla con guerras...”⁶⁵ Estas creencias supersticiosas todavía se encontraban presentes en el siglo XX. En 1900, ocurrió un cortocircuito en la Basílica, luego de haber sacado a la imagen en procesión. Por ello se decía:

“los comentarios como es de suponerse no han faltado, unos dicen que la virgencita se marchó y de aquí provino el incendio”.⁶⁶

Si se tenía la idea de que la Virgen de los Ángeles podía premiar a sus fieles devotos, también se pensaba que

ella podía castigar a los que le faltaban al respeto, como se deduce del texto siguiente, aparecido en el *Mensajero del Clero* en el año de 1905. El cronista, al señalar los sucesos de la Pasada decía: “No queremos meter la nariz en aquel santuario no sea que nos resulte hinchada como al Ilmo. Señor García por haber dicho una broma de la negrita milagrosa”.⁶⁷ Monseñor Rubén Odio, a quien ya se ha citado anteriormente, se ocupó de atacar en profundidad esas ideas supersticiosas:

“Por lo demás, tal vez no sea fuera de lugar advertir aquí lo que hay que censurar en la piedad de algunas personas y es el olvido del fin principal de toda devoción: la salvación del alma. Por el contrario buscan dichas personas todo menos eso, piden a la virgen bienes de fortuna, remedio de las necesidades materiales, salud, éxito en los negocios, tal vez y hasta venganza de los enemigos, o buen resultado de alguna empresa no del todo santa, y abandonaron todo



La elección presidencial de 1928 y la Virgen de los Ángeles, según Noé Solano. Archivo Nacional de Costa Rica. Fotografía 075636, detalle (1928).

cuidado de su bien espiritual viviendo tranquilamente en pecado... Quiera Dios, Nuestro Señor para gloria suya y de su santísima Madre que veamos en fecha próxima a nuestro pueblo, practicar la devoción a la Reina de los Angeles en toda su fuerza e intensidad, libre para siempre de esos resabios de ignorancia, cuyo remedio universal están en esta sola palabra: catecismo".⁶⁸

En medio de ese subproducto religioso, que caracteriza a las clases dominadas en nuestro período, se observa como se combinaban tanto el lado positivo como el negativo del arquetipo: uno producía bonanza y bienestar, el otro castigo y desgracia. Si el primero fortalecía la dependencia de los devotos respecto al mas allá, el segundo les imponía muchos temores.

Notas

1. Cazeneuve, *Sociología del rito*, p. 204-205.
2. Dupront, *Hacer la historia*, p. 116
3. Bonilla, "Historia poética", p. 6.
4. Sanabria, "La Virgen de los Ángeles". *Beatae Mariae Virginis Angelorum*, pp. 233-234.
5. Rojas, Matías Cornelio, "A la santísima Virgen de los Ángeles". *Eco Católico*, 5 de agosto de 1893, p. 232.
6. Blessing, "El temor de Dios". *Mensajero del Clero*, marzo de 1923, p. 90.
7. Odio, "Falsos conceptos de la devoción". *Mensajero del Clero*, julio de 1927, p. 160.
8. Meneses, "Costa Rica de pie". *Mensajero del Clero*, febrero de 1935, pp. 821-822.
9. Zúñiga, "Discurso de Ricardo Zúñiga". *La Virgen de los Ángeles coronada*, p. 308.
10. Meneses, "La tradicional pasada". *Mensajero del Clero*, agosto de 1929, p. 317.
11. Castro, "Carta pastoral". *Mensajero del Clero*, febrero de 1925, p. 40.
12. Anónimo, "La pasada de la Virgen". *La Prensa Libre*, 31 de agosto de 1901, p. 3.
13. Jiménez, "Siempre lo mismo", p. 4.
14. Devoto, "Cartago". *Unión Católica*, 12 de agosto de 1896, p. 706.
15. Anónimo, "La pasada". *La Prensa Libre*, 2 de setiembre de 1901, p. 3.
16. Anónimo, "La coronación". *Diario de Costa Rica*, 27 de abril de 1926, p. 2.
17. Bonilla, "Historia poética", p. 55.
18. Sanabria, "La Virgen de los Angeles". *Beatae Mariae Virginis Angelorum*, p. 102.
19. Carr, "La Negrita". *Eco Católico*, 2 y 4 de agosto de 1935, p. 85.
20. Anónimo, "Glorias a María". *Unión Católica*, 2 de setiembre de 1893, p. 662.
21. Quinteros, "Cómo recibió el Papa a Monseñor Castro". *Mensajero del Clero*, diciembre de 1924, p. 294.
22. Stork, "Carta pastoral". *Mensajero del Clero*, setiembre de 1916, p. 891.
23. Melquisedeh, "La pasada". *Unión Católica*, 11 de setiembre de 1894, p. 3.
24. Stork, "Carta pastoral". *Mensajero del Clero*, setiembre de 1916, pp. 198-199.
25. Coronado, "Vuela pensamiento... y dile...". *La Virgen de los Angeles coronada*, p. 267.
26. González, *A ras del suelo*, p. 67.
27. Peralta, *Las constituciones de Costa Rica*, pp. 308, 347 y 372.
28. Meneses, "Un recuerdo". *Mensajero del Clero*, julio de 1935, p. 144.
29. Acuña, Ricardo, "Comunismo y cristianismo". *Mensajero del Clero*, diciembre de 1932, p. 42. Todo paréntesis así [] es mío.
30. García Monge, *Hijas del campo*, p. 53.
31. Prieto, *Romanzas tico meseteñas*, p. 37.
32. García Monge, *Hijas del campo*, p. 41.
33. Meneses, "Un recuerdo", p. 144.
34. Biesanz, et al., *Los costarricenses*, p. 114.
35. Meillasoux, *Mujeres, graneros y capitales*, p. 200.
36. Cazeneuve, *Sociología del rito*, p. 261.
37. Hostie, *Del mito a la religión*, pp. 70-73.
38. Cazeneuve, *Sociología del rito*, p. 188.
39. Quinteros, "Cómo recibió el Papa a Monseñor Castro", p. 293.
40. Anónimo, "Nuestra Señora de los Ángeles". *Eco Católico*, 3 de agosto de 1893, p. 233.
41. Anónimo, "Las fiestas de Cartago". *La Prensa Libre*, 4 de setiembre de 1915, p. 2.
42. Borge, "Ave María". *La Virgen de los Angeles coronada*. P. 259.
43. Araya, "A la Virgen María". *La Tribuna*, 25 de abril de 1926, p. 4.

44. Castro, "Discurso". *La Virgen de los Ángeles coronada*, p. 313.
45. Bonilla, "Canciones", p. 53.
46. Meneses, "Un recuerdo", p. 366.
47. Cazeneuve, *Sociología del rito*, p. 257.
48. Bonilla, "Historia poética", p. 56.
49. Prado, *La Virgen de los Angeles coronada*, p. 82.
50. Arrieta, "El poder de la fe". *Eco Católico*, 1 de enero de 1933, p. 9.
51. Rojas, "La visita del agua". *La Tribuna*, 2 de agosto de 1935, p. 14.
52. Barquero Guevara, Clotilde. Entrevista, 6 de junio de 1981.
53. Dupront, *Hacer la historia*, p. 117.
54. Rojas, "A la Reina de los Ángeles". *La Virgen de los Ángeles coronada*, p. 253.
55. Prado, *La Virgen de los Ángeles coronada*, p. 82.
56. Alvarado, "La tradición". *La Tribuna*, 2 de agosto de 1935, p. 12.
57. Arburola, "A la Virgen milagrosa". *La Tribuna*, 25 de abril de 1926, p. 5.
58. Prado, *La Virgen de los Angeles coronada*, p. 82-84.
59. Prado, *La Virgen de los Angeles coronada*, p. 82-84.
60. Carr, "La Negrita", p. 85.
61. Valenciano, Flavio, "La pasada de las carretas". *La Tribuna*, 2 de agosto de 1935, p. 15.
62. Prado, *La Virgen de los Ángeles coronada*, p. 82.
63. Lafaye, *Guadalupe y Quetzacoalt*, p. 423.
64. Prado, "Cantando las glorias de la virgen". *Diario de Costa Rica*, 1 de agosto de 1935, p. 5.
65. ACM. Campos, José María y Morales, Esteban, "Libro de varios". No. 27, Cartago, julio de 1825, f. 4.
66. Anónimo, "De Cartago". *La Prensa Libre*, 5 de setiembre de 1900, p. 2.
67. Badilla Castro, José, "La pasada". *Mensajero del Clero*, 30 de setiembre de 1905, p. 184.
68. Odio, "Falsos conceptos de la devoción", p.162.

CONCLUSIÓN

A lo largo de los años comprendidos entre 1824 y 1935, la ideología religiosa será el elemento cohesionador de la visión del mundo del costarricense de entonces. Es por eso que la mayoría de los sucesos de la vida cotidiana estaban enmarcados y “explicados” por las creencias religiosas. En la mentalidad de los creyentes se daba un desdoblamiento del mundo real en uno ideal, plagado de seres que tenían un dominio sobre la realidad material, gracias a sus inmensos poderes. De allí entonces las creencias ampliamente difundidas de la existencia de las ánimas a las cuales se rendía tributo o de lugares como el cielo, el purgatorio y el infierno, los cuales podían ser, según los devotos de aquel entonces, la última morada en la otra vida. Se debe aclarar que las creencias religiosas muestran una heterogeneidad ya que el grado de fe y el comportamiento dado en los ritos y creencias religiosas no era similar entre todas las clases sociales.

La Iglesia católica, inculcaba en sus creyentes, que la realidad material era producto de la actividad de fuerzas extraterrenas y que, por lo tanto, el orden establecido no podía ser cuestionado, ya que esto iba contra los designios divinos. La Iglesia, a través de su prédica, fortalecía un sentimiento de supeditación del hombre con respecto a lo trascendente. Esto contribuía notablemente al mantenimiento al estado de cosas de la sociedad costarricense.

Desde este punto de vista la Iglesia, se ajustaba a su rol de ser un aparato ideológico del Estado, lo cual no quiere decir que a lo largo de nuestro período pudiéramos establecer una relación mecánica entre los intereses de ambas instituciones, como se evidencia luego de 1880.

El culto a la Virgen de los Ángeles, que ha sido el objeto central de estudio, partió de la aceptación de una leyenda, con aspectos ambiguos y contradictorios que, al acercarnos al fin de, período bajo estudio, fueron cohesionándose en el relato de la aparición que ha llegado hasta nuestros días. Al forjarse la idea de que la imagen de Nuestra Señora era sagrada, el devoto le rindió homenaje en las más variadas formas, ya en unos casos con rome-ría, desfilando en la Pasada o participando en el ritual religioso. Con el fin de rendir culto a la imagen desde el año de 1782, la Iglesia destinó un mes entero para homenajearla con distintos ritos. Sin embargo, se debe de señalar que pese a que las festividades agostinas fueron programadas con la mira de rendir culto a la Virgen, las fiestas no se caracterizaron por ser un tiempo de recogimiento. Todo lo contrario, en las fiestas agostinas los juegos de azar y el abuso en las bebidas estuvieron siempre a la orden del día.

Aunque al inicio del período en estudio era tan sólo una manifestación regional, el culto a la Virgen de los Ángeles, al ser impulsado por los distintos grupos que buscaban consolidarse en el poder, fue expandiendo su radio de acción, lo cual se logró aún más luego de que la Iglesia motivada, por las circunstancias de fines del siglo XIX, inculcó con mayor énfasis la devoción de Nuestra Señora en sus seguidores. La Iglesia, en este período final del culto (1880-1935), introdujo en la mentalidad de sus seguidores toda una serie de creencias impregnadas de magia y superstición, que fueron adentrándose paulatinamente dentro de los devotos de la imagen. Al ver que su papel de mediación y fundamentalmente su hegemonía

sobre la masa de creyentes (hecho por el cual fortaleció el culto) podían perderse, la Iglesia reforzó las medidas que le permitieran, a través del ritual, tomar el culto en sus manos. Sin embargo, esto no impidió que las manifestaciones citadas dejaran de darse, ya que más bien se incentivarón al acercarse el año de 1935.

La nacionalidad costarricense empezó a formarse desde fines del siglo XVIII, en las diversas ciudades del Valle Central, ya que es por estos años que empezó a surgir un ideal de patria en la entonces provincia de Costa Rica. En este trabajo, se ha analizado cómo los criollos cartagineses impulsaron el culto a la Virgen de los Ángeles pretendiendo integrar la masa de devotos en torno a un culto religioso para así, al encontrarse estos unificados alrededor de un símbolo, poder utilizar este en pro de un proyecto político. Al consolidarse la burguesía agroexportadora como clase dominante, necesitaba crear una serie de mecanismos ideológicos que le permitieran reforzar su papel hegemónico dentro de la sociedad. Requería transmitir su concepción ideológica, hacia el resto de la sociedad, haciendo que las demás clases aceptaran como suyas las ideas que ella propulsaba. El proyecto impulsado por la burguesía, netamente clasista, adquiría así un matiz social.

Dentro de este proyecto político, el culto a la Virgen de los Ángeles cobra una gran importancia. Desde los primeros años de la independencia se observa cómo el culto a la imagen citada aparece como elemento unificador en todas aquellas situaciones conflictivas que podían impedir el fortalecimiento del proyecto impulsado por los grupos sociales que buscaban fortalecer una nacionalidad costarricense y un orden de cosas de acuerdo a sus distintos intereses de clase. Al arribar al poder a fines del siglo XIX una fracción anticlerical de la clase dominante, el papel hegemónico que, como aparato ideológico, había tenido la Iglesia hasta ese momento, empezó a ser cues-

tionado. La Iglesia, temiendo perder su hegemonía con respecto a los feligreses, fortaleció aún más las creencias en el más allá, haciéndoles creer a sus seguidores que, contrario a lo que planteaba el liberalismo, ella era la piedra angular de toda la sociedad y que, sin la Iglesia, reinarían el caos y la inmoralidad.

Pero la Iglesia no sólo buscó fortalecer este tipo de creencias, sino que percibió que la manera más adecuada de conservar su status dentro de la sociedad costarricense era precisamente fortaleciendo el culto a la Virgen de los Ángeles. Luego de 1880, empieza a incentivarse la devoción a la citada imagen, se multiplican las romerías, y las creencias en curaciones milagrosas. En líneas generales, se fortalece la supeditación al arquetipo. Pese a la discrepancia apuntada entre la Iglesia y el Estado liberal, esto no implica, en ningún momento, que las clases dominantes, incluso la fracción anticlerical, dejaran de utilizar el culto en pro de sus intereses de clase, ni tampoco que la Iglesia dejara de ser un aparato ideológico que legalizara el dominio ejercido por las clases dominantes. La Iglesia no dejará de bendecir el orden de cosas imperante en el país por medio de la mitificación de una sociedad democrática e igualitaria, y un orden social “impuesto” por Dios, el cual no debía cuestionarse. El papel que jugó la Iglesia fundamentalmente en los últimos años en estudio es una prueba fehaciente de lo que antes hemos señalado.

A lo largo del período estudiado se observa cómo el creyente fue tomando paulatinamente a la imagen de la Virgen como su arquetipo intercesor. A la par que la revistió de caracteres humanos, fue otorgándole no sólo a ella, sino también a todo lo que le rodeaba, una serie de poderes sobrenaturales, ante los cuales el devoto de la imagen se colocaba en una situación de dependencia. La imagen y los elementos a su alrededor fueron teniendo en la mentalidad de los creyentes de aquel entonces un gran poder sobre las acciones de su vida cotidiana. La creencia

en el hecho milagroso se fortaleció producto de esa superstitación a la Virgen de los Ángeles. Al rendir devoción a la imagen, el creyente, fundamentalmente de las clases dominadas, fue sumiéndole en una serie de prácticas y creencias impregnadas de magia y superstición, a las que hemos denominado como un subproducto religioso.

|

—

—

|

POSFACIO

Resulta difícil escribir algunas palabras que puedan ser a la vez un comentario, siquiera a manera de posfacio de una obra escrita hace ya más de veintidós años y que ahora, pasado tanto tiempo, llega hasta los lectores en forma de libro. A lo largo de estos años han cambiado muchas cosas, el mundo, la sociedad en que vivimos, el autor mismo. Con el paso del tiempo nos fuimos alejando del estudio de las manifestaciones religiosas y de muchos de los supuestos “teóricos” y metodológicos que allí sostuvimos. Recuerdo que algunos años después de presentada la tesis, con motivo de la publicación del onceavo número de la *Revista de Historia*, al escribir una reseña de dicho trabajo: “El culto a la Virgen de los Ángeles. (1824-1935) Una aproximación a la mentalidad religiosa”, en la primera nota al pie de página señalamos que ya no estábamos de acuerdo con la “teoría” utilizada en dicho estudio. De eso fue lo que primero nos separamos: en realidad, siendo honestos, teoría nunca la hubo. Años más tarde nos alejamos de la metodología y luego de las técnicas utilizadas. Seguimos, eso sí, respetando la riqueza de las fuentes utilizadas y algunas afirmaciones y temáticas que allí planteaba, más por intuición y por riqueza documental que por la madurez que como historiador teníamos en aquel momento.

Dejamos atrás el estudio de la mentalidad religiosa y nos aprestamos a estudiar otros campos de la historia: la

vida cotidiana, las expresiones de las culturas populares y hacia mediados de la década de 1980 se inició nuestra aventura en el campo de la historia social del crimen. Al profundizar en el estudio de la criminalidad y del control social de la Costa Rica decimonónica y de inicios del siglo XX, nos dimos cuenta que durante los últimos veinte años habíamos estado investigando en torno a un mismo problema: la construcción de la identidad nacional costarricense y del Estado nación de nuestro país, y que indiferentemente de que estudiásemos el culto a Nuestra Señora, las culturas populares, la vida cotidiana o a los que cariñosamente llegamos a denominar “mis delincuentes”, habíamos girado en torno a un mismo eje de investigación, sólo que lo habíamos abordado desde diferentes ángulos y así lo sostuve en una conferencia dictada en la Escuela de Altos Estudios en París, en mayo del año 2000, en una conferencia titulada: “Conflictividad social y delictividad en la provincia de Heredia. 1885-1915”.

Por eso, cuando se me propuso editar mi vieja tesis de licenciatura, acepté sin reticencia alguna. Para mí publicar esta obra era como empezar a cerrar el círculo, un círculo en el que posiblemente sea yo el que me encuentre encerrado. Mucho más me sedujo la idea de los editores, de que la tesis debía ser publicada tal y como había sido escrita originalmente. Al aceptar, pensé que no le cambiaría nada. Lo que escribí hace ya más de veintidós años fue lo que yo en ese momento podía y pude escribir, alterar algo no sería lo correcto. Hoy, con el correr de los años, veo que había muchas aristas que pudieron y deben ser investigadas, pero eso es lo que yo sé hoy; hace veinte años no percibí tales pistas. Me hago responsable de lo escrito, de lo dicho, de lo sugerido y de las omisiones existentes. Asumo con responsabilidad, lo que escribí ayer. Hay afirmaciones, interpretaciones y procedimientos metodológicos y técnicos que hoy no validaría, pero los respeto, forman parte de mi ayer. Al revisar el texto, encuentro mu-

chos errores, los cuales gracias al hábil trabajo de los editores y de quienes han tenido la paciencia de digitar el texto nuevamente, fueron subsanados. Los que queden, son de mi absoluta responsabilidad.

Finalmente quiero dar las gracias a Ramón Morera, uno de mis tres sobrinos quién siempre me aguijoneó para que publicara un libro. A Juan José Marín quien revisó una y otra vez estas páginas, cribándolas, para que todo estuviera bien, y sobre todo agradezco a un amigo tesorero, que me ha perseguido a lo largo de ya casi dos décadas para que publicara este trabajo, me refiero a mi buen amigo Iván Molina, a quien mucho debe este libro y este autor. Gracias, por todo su apoyo, y por demostrar tanta testarudez. Si no hubiese sido por él, esta investigación, nunca habría visto la luz.

José Daniel Gil Zúñiga
Heredia, 14 de febrero de 2004

|

—

—

|

FUENTES

1. Impresas

Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia de Centroamérica, *Actas del Ayuntamiento de Cartago*. San José, Imprenta Nacional, 1972.

Echeverría, Aquileo J., *Concherías*. San José, Editorial Costa Rica, 1981.

García Monge, Joaquín, *Hijas del campo*. San José, Editorial Costa Rica, 1981.

Peralta, Hernán G., *Las constituciones de Costa Rica*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1962.

Prieto, Emilia, *Romanzas tico-meseteñas*. San José, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1978.

República de Costa Rica, *Censo de la República de Costa-Rica, 1883*, 2da. edición. San José, Dirección General de Estadística y Censos, 1975.

_____, *Censo general de la República de Costa Rica. 1892*, 2da. edición. San José, Dirección General de Estadística y Censos, 1974.

_____, *1864. Censo de población*, 2da. edición. San José, Dirección General de Estadística y Censos, 1964.

_____, *Censo de población de Costa Rica. 1927*. San José, Dirección General de Estadística y Censos, 1960.

_____, *Colección de decretos y órdenes de la legislatura del Estado 1824-1826*. San José, Imprenta Nacional, 1886.

Sanabria M., Víctor Manuel, *Beatae Mariae Virginis Angelorum*. San José, Imprenta Atenea, 1941.

2. Periódicos

Crónica de Costa Rica, 1859.

Diario de Costa Rica, 1885, 1897.
Eco Católico, 1884, 1893, 1901, 1931-1935.
Gaceta Oficial, 1879, 1881-1882, 1886-1888, 1921, 1961.
Mensajero del Clero, 1896-1897, 1900-1901, 1903, 1910-1911,
 1915, 1917, 1922, 1927, 1929-1934.
La Prensa, 1926.
La Prensa Libre, 1890, 1892, 1900, 1903, 1906.
La República, 1891, 1893, 1895, 1897.
La Tribuna, 1924.
Unión Católica, 1891, 1893, 1895, 1897.

3. Archivo de la Curia Metropolitana (ACM)

“Libro copiadador de correspondencia de Bernardo Augusto Thiel”
 (1884).
 “Libro de cargo y data de la Cofradía de Nuestra Señora de los Ángeles”
 (1824-1825, 1831, 1843, 1851, 1855-1859, 1861-1863,
 1865-1877, 1895-1897, 1899).
 “Libro de decretos y cartas pastorales de Anselmo Llorente y La-
 fuente” (1851).
 “Libro de defunciones: parroquia de El Carmen”, No. 8 (1824).
 “Libro de la visita de Esteban Lorenzo de Tristán” (1784).
 “Libro de panegíricos de santos sermones de la Virgen” (1886-1888).
 “Libro de varios” (Nos. 22-24, 27-28, 30-32, 34-36, 45-47, 65-66,
 68-69, 129, 135-138, 215-216, 245, 247).

4. Archivo Nacional de Costa Rica (ANCR)

Gobernación. Exps. 8747 (1830), 23426 (1850), 8163 (1885).
 Municipal Cartago. Exp. 150 (1824).
 Municipal San José. Exps. 475 (1824), 241 (1824).
 Protocolos de Alajuela. Exp. 56 (1832).
 Protocolos de Cartago. Exp. 1158 (1850)
 Protocolos de San José. Exp. 568 (1850).
 Protocolos de Lara y Chamorro. Exps. 107, 664 (1858), 523 (1868),
 707 (1871), 503 (1872), 521 (1880).

5. Entrevistas

Araya, José Francisco, Quircot, 6 de junio de 1981, 9:30 a.m.
 Barquero Guevara, Clotilde, Quircot, 6 de junio de 1981, 10 a.m.
 Ramírez Ramírez, David, Quircot, 6 de junio de 1981, 1-30 p.m.
 Rodríguez, Auristela, Quircot, 6 de junio de 1981, 8:30 p.m.
 Sánchez María E., Quircot, 6 de junio de 1981, 11 a.m.

BIBLIOGRAFÍA

- Althusser, Louis, *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*. Medellín, Ediciones Pepe, 1970.
- Baker, James, *La iglesia y el sindicalismo en Costa Rica*. San José, Editorial Costa Rica, 1975.
- Biezanz, Richard, et, al., *Los costarricenses*. San José, Editorial Universidad Estatal a Distancia, 1979.
- Broccolli, Angelo, *Antonio Gramsci y la educación, como hegemonía*. México, Editorial Nueva Imagen, 1977.
- Cazeneuve, Jean, *Sociología del rito*. Buenos Aires, Editorial Amorrortu, 1971.
- Cerdas Cruz, Rodolfo, *La formación del Estado en Costa Rica*. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1978.
- Cruz de Lemus, Vladimir, de la, *Las luchas sociales en Costa Rica*. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1980.
- Feuerbach, Ludwig, *La esencia del cristianismo*. Salamanca, Editorial Sígueme, 1973.
- Facio Brenes, Rodrigo, *Estudio sobre economía costarricense*. San José, Editorial Costa Rica, 1978.
- Garnier, Rímolo y Herrera Acosta, Fernando, "El desarrollo de la industria en Costa Rica. Elementos para su interpretación". Tesis de Licenciatura en Economía, Universidad de Costa Rica, 1977.
- Godelier Maurice, *Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas*. México, Editorial Siglo XXI, 1978.
- Goldman,, Lucien, *Psicología versus psicoanálisis*. Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1974.
- González Salas, Edwin, "Santo Domingo de Heredia, Análisis Demográfico y Socio Económico (1853-1930)". Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Nacional, 1978.
- Gramsci, Antonio, *Introducción a la filosofía de la praxis*. Barcelona, Ediciones Península, 1978.

- Hercovits, Melville, *El hombre y sus obras*. México, Editorial Fondo de Cultura Económica, 1976.
- Hostie, P., *Del mito a la religión*. Buenos Aires, Editorial Amorrortu, 1971.
- Le Goff, Jacques y Nora, Pierre, *Hacer la historia*. Barcelona, Editorial Laia, 1979.
- Lenín, V. L., *Lenin y la religión*. México, Editorial Grijalbo, 1977.
- Lenk, Kurt, *El concepto de la ideología*. Buenos Aires, Editorial Amorrortu, 1973.
- Luckman, Thomas, *La religión invisible*. Salamanca, Editorial Sígueme, 1973.
- Mandel, Ernest y Novack, George, *Teoría marxista de la alienación*. Bogotá, Editorial Pluma, 1977.
- Meillaseux, Claude, *Mujeres, graneros y capitales*. México, Editorial Siglo XXI, 1977.
- Moron, J. P., y Cobreros, J., *El camino iniciático de Santiago*. Barcelona, Editorial 29, 1976.
- Murray, Margaret, *El culto de la brujería en Europa Occidental*. Barcelona, Editorial Labor, 1978.
- Obregón Loría, Rafael, *Costa Rica y la guerra de 1856. La campaña del Tránsito*. San José, Editorial Costa Rica, 1976.
- _____, *Conflictos militares y políticos en Costa Rica*. San José, Editorial La Nación, 1951.
- Picado, Miguel, "La Virgen de los Ángeles y la religiosidad costarricense (correlaciones sociopolíticas)". Heredia, Escuela de Ciencias Ecueménicas y de la Religión, Universidad Nacional, 1978.
- Portelli, Hughes, *Gramsci y la cuestión religiosa*. Barcelona, Editorial Laia, 1975.
- Rapp, Francia, *La iglesia y la vida religiosa en Occidente a fines de la Edad Media*. Barcelona, Editorial Nueva Clío, 1973.
- Romero Pérez, Jorge Enrique, *Partidos políticos, poder y derecho en Costa Rica*. San José, Editorial Sintagma, 1979.
- _____, *La social democracia en Costa Rica*. San José, Editorial Trejos Hermanos, 1977.
- Salas Víquez, José Antonio, "Santa Bárbara de Heredia (1852-1927). Una contribución a la historia de los pueblos". Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Nacional, 1979.
- Samper K., Mario, "Evolución de la estructura socio-ocupacional de Costa Rica, (artesanos, labradores y jornaleros)". Tesis de Licenciatura en Historia Universidad de Costa Rica, 1979.
- Sanabria M., Víctor Manuel, *La primera vacante de la Diócesis de San José*. San José, Editorial Costa Rica, 1973.
- _____, *Anselmo Llorente y Lafuente, primer obispo de Costa Rica*. San José, Editorial Costa Rica, 1972.

-
- Stone, Samuel, *La dinastía de los conquistadores*. San José, Editorial Universitaria Centroamericana, 1976.
- Sujov, A. D., *Las raíces de la religión*. México, Editorial Grijalbo, 1963.
- Vega Carballo, José Luis, "Estado y dominación social en Costa Rica. Antecedentes coloniales y formación del Estado Nacional". San José, Universidad de Costa Rica, 1980.
-

|

—

—

|

ANEXOS

Anexo 1

Lista de personas que afirman haber contado con la intercesión de la Virgen de los Ángeles según favor recibido y provincia (total 346 casos correspondientes a los años 1931-1935)

Nombre de la persona	Intercesión	Provincia
1931-1932		
Hermelinda Delgado		Heredia
Maclovia de Morales	Intercesión favorable en una operación	San José
Virginia Valverde V.		San José
Luisa Amador V.		
Genoveva de Prendas		Heredia
Luisa Ulate		Heredia
Esperanza Ramírez		Heredia
L. Chaverri		San José
J.R.V de Rodríguez	Curación de un hijo	Heredia
Arturo Infante	Curación de reumatismo	San José
Fdo. González V.		Heredia
Hortencia Cruz		Alajuela
Lusitano Sánchez V.	Favor a un primo	San José
Orfilia Vilchez A.	Curación de un hijo	Heredia
Micaela Luna de Solano	Una hija curada	San José
Nicolás Benavides	Varios favores	Heredia
Consuelo Campos de Benavides	Varios favores	Heredia
Gertrudis Valverde	Un favor	San José
María de Vargas	Varios favores	San José
Rosario Cubero	Curación de reumatismo	San José
Luzmilda González Z.	Varios favores	Heredia
Juan Méndez C.	Una curación	Alajuela
Eliseo Rivera	Reumatismo y otros favores	Alajuela
Lidia Pérez de González	Un favor	Cartago
Ofelia Mejías	Un favor	Heredia
Natalia Valenciano de R.	Un favor	Cartago
Ramón Quirós Ureña	Curación de una enfermedad crónica	Cartago
Isabel Peñaranda C.	Un favor milagroso	Heredia
Pedro Diego Ramírez	Un favor	Heredia

Nombre de la persona	Intercesión	Provincia
Bonifacio Mora	Libró a su señora de una operación	
José M. Agüero Moreira	Curación de una pierna	Cartago
Clara de Solís	Curación de hijo y esposo	Alajuela
1933		
Dorita Herrera de Cabezas	Curación de la vista	Cartago
Rosa J. de Villalobos		Heredia
Clemencia de Guzmán		San José
Fco. Aguilar H.		San José
Débora de Vargas	Curación de una pierna	Heredia
Piedades Fernández		Cartago
Dolores Jiménez		Heredia
Clemencia de Guzmán		San José
Ángela de Dittel		San José
Heriberto Campos		Alajuela
Rasalina de Flores	Curación milagrosa	Heredia
Juana V. de Barquero	Librado de una grave enfermedad	Cartago
Órfila Sánchez de Vargas	Curación de un niño	Heredia
Aquilina Soto		Alajuela
José Maura Amador	Curación de un ojo	San José
Eulalia L. de Bolaños		Heredia
Débora de Benavides	Curación de dos hijos	Heredia
María T. de Montoya	Varios favores	Cartago
Gregoria Castillo	Curación de un amigo	Alajuela
Baltazar Salazar	Una curación	Alajuela
Teotiste Rojas de Mora		San José
Ester H. de Chento	Un favor	San José
Ramón Porras	Curación de una pierna	Heredia
Belarmina de Solano	Una curación	San José
María Jara	Librar a una niña de una operación	San José
Rosalía de Ocampo	Curación de un sobrinito	Heredia
Ernesto Arce de J.		Heredia
Margarita Paniagua de Ramírez		Heredia
Dulcelina T. Chavéz	Curación de una hija	Heredia
Bienvenida de Benavides	Curación de un dolor de cabeza	Heredia
José Campos	Un favor	Heredia
Isolina de Rojas	Curación de un hijo de varias enfermedades	Cartago
Rafaela B. de Valerio	Porque habiéndose tragado su niña unas partículas de vidrio las botó sin causarle el menor daño	Heredia
Julio Rodríguez		Heredia
J. Victoriano Ramírez	Un favor	Heredia
Anatolia Jara	Curación de un dolor de cabeza	San José
Maclovia de Morales	Curación de dos de sus hijos	San José
Zelmira Araya	Curación de su mamá de un ojo	Alajuela
Modesto Segura Ulate	Un favor	Heredia
Berta Soto Quirós	Un favor	San José
Carlos Solano	Un favor	Heredia
Teresa de Herrera	Curación de un dolor	Alajuela
Ludovina Murillo	Curación de un dedo	Alajuela

Nombre de la persona	Intercesión	Provincia
Teresa Espeleta	Un favor	San José
Gloria Cruz	Un favor	San José
Fidelina Lépez	Un favor	Heredia
Amado Vargas		San José
María Calvo	Curación de un niño	Alajuela
Laudelina V. de Chávez	Un favor	Heredia
Genoveva Acuña	Curación de su padre	San José
Pedro Córdoba	Un favor	San José
Irene Hernández	Curación de dos hermanos	San José
Aurora de Hernández	Curación	San José
Juan Rafael Salas	Curación de su esposa	Alajuela
Juan Leitón Arroyo	Un favor	Heredia
Sara Vargas de Mora	Un favor	San José
Rosalina Ch. de Ramírez	Un favor	Heredia
Celso y Carmen Abarca	Un favor	Alajuela
Clemencia de Guzmán		San José
Juan Ramón Vargas y señora	Curación de su hija Florita	San José
José Carvajal y señora	Curación de un niño	Heredia
Ma. Murillo		San José
Graciela G. de Solís	Curación de un hijo	Alajuela
Luis Escobedo		San José
Rafaela Madrigal	Curación de dos hijas y un yerno	Heredia
Ma. De Borbón		San José
Patrocinio Camacho Hernández		Cartago
Marina de Rodríguez	Curación de dos niños	San José
Juana Paniagua		
Ángela Pacheco R		San José
Pedro de Ramírez		Heredia
Julio Rojas Rodríguez	Curación de una enfermedad desconocida	Heredia
José Ma. Castro C		San José
Adoración Valverde Madrigal		Cartago
Rafaela Durán vda. de Castro		Cartago
Emilio Muñoz		San José
Otilia Mora		San José
Mercedes Castro		Cartago
Miguel Guzmán Q. y		Cartago
Albertina R. de Guzmán		
Virginia Arias		Heredia
Gonzalo Carvajal	Curación de una pierna	Heredia
Benjamín y Aurea		Alajuela
Murillo		
Julia Fuentes de Picado	Curación obtenida	
Sixto Zúñiga J		San José
Remigia de Rojas	Por la salud de nuestro pastor	San José
Celestina Rojas		
Sofía S. de Fuentes		
Braudilio y Sofía Cordero		Cartago
Orfilia de Vargas	Curación de un hijo	Heredia
Isabel S. de Alcázar	Curación	San José
Claudia Jiménez de Mulato	Un favor	

Nombre de la persona	Intercesión	Provincia
Adelia Leiva de Rodríguez	Curación de una niña	Cartago
Rufino Arrieta de Herrera		Heredia
Benito Zamora		Heredia
Francisca Bolaños V. de Zamora		Heredia
José Ana Barrantes y señora	Salvación de una nieta	Heredia
Felicita Sánchez		Heredia
Nati Monge de Quesada	Curación de su hermano Fernando	San José
Catita de Hernández	Curación	San José
Anita Esquivel		Heredia
Rigoberto Bonilla		San José
Miguel Rojas		San José
Ismael Jara Gamboa		
María V. de Ballestero		Cartago
Luisa de Segura		Heredia
Simeón Quirós Flores	Curación de una persona de su casa	Heredia
Auristela de Espeleta		San José
Salvador Quesada Flores		Cartago
Tarella S. de Rojas	Curación de un hijo	Cartago
Eulalia de Vargas		San José
Fidelina de Rodríguez		Alajuela
1934		
Custodio Jara Solís	Dos favores	Heredia
Ramón Montero		San José
Ana de Macaya		San José
J. L. Araya Z. y Rosa Calderón		
Abelardo Valerio		Heredia
Juana Vargas de Paniagua		Heredia
Delia Benavides		Heredia
Miguel Castro Monge		Heredia
Clara Chanto de Vargas		Heredia
Petronila Poveda		Cartago
Ma. Ramírez		Alajuela
Luisa González		San José
Ma. Teresa fallas		
Socorro Chacón	Curación de su hijo Miguel	San José
Rogelio Vargas		Alajuela
Zoila Arce	Una curación	Heredia
Raquel Fallas de Jiménez		San José
Juanita Paniagua S.		Heredia
Elio Sanabria Q.		Heredia
Antonio Hernández		Heredia
Hilma Marín		San José
Alfredo Alfaro Rodríguez	Curación de la vista	Cartago
Rafaela Salazar de Sáenz	Una curación	
Rafaela C. de Fonseca	Curación	
Ma. Valenciano M.		San José
Mauricio Aguilar		San José
Juanita Gutiérrez		Heredia

Nombre de la persona	Intercesión	Provincia
Raquel Fallas	Curación de un niño	San José
Xenia Dittel		San José
Ma. Joaquina Sequeira	Curación de su papá	San José
Manuel Calderón		Cartago
Eliseo Rivera	Una curación	Alajuela
Beatriz Lizano Artavia		Cartago
Matilde López	Curación de su mamá	San José
Hernán Solórzano		San José
Fco. Luis Jinesta		San José
Alicia Gonzáles	Curación de una hermana	Heredia
1935		
Clodomiro Hernández		Heredia
Ángel Acuña R.		San José
Joaquín Alvarado Quesada	Por la curación de la embriaguez de un amigo por ya mas de tres años	Alajuela
Elena Alfaro Brenes		Alajuela
Rosalía Obando de Ureña		San José
Juan Rafael Meléndez		Cartago
Claudina Rodríguez		San José
Silvestre Quirós	Curación	Cartago
Trinidad de Quirós	Curación	Cartago
Caridad V. de Ugalde		Heredia
Margarita V. de Ugalde	Cinco favores	Heredia
Juan Rafael Díaz		San José
Carmen de Saprissa		San José
Antonio Herrera		Alajuela
Alfonsa Salas	Una curación	Alajuela
Rosedel Jiménez		Heredia
Liduvina Gamboa		Alajuela
Herminia Sanabria de Leandro		Cartago
Rafael Sáenz de Salas	Una curación	
Celia Rodríguez de Moya	Curación de su esposo e hija	Cartago
Luisa Calderón S.	Curación de su hermana Carmen	Cartago
Eligio León C.		Cartago
Ma. Jiménez		San José
Pacífica Hernández		Heredia
P. de Aguilar		San José
Salvadora Sánchez	Por la mejoría de su hija	Heredia
Matilde de Chinchilla	Favores concedidos en un hijo	Heredia
Ma. C. de Rodríguez	Curación de un absceso en la nariz	San José
Aníbal Benavides		Heredia
Engracia Solano		Heredia
Benito Saborío		Heredia
Perico Cavallini C.		San José
Josefa de Chávez		Heredia
Virginia de Chinchilla	Unas curaciones	San José
Carmen de Pozuelo		San José
Celso Abarca Brenes		Alajuela
Esmeralda Fallas		San José

Nombre de la persona	Intercesión	Provincia
Tobías Ramírez Sánchez		Heredia
Etelvina Murillo de Solís	Curación de un hijo y otros favores	San José
Rafaela Ortiz de Sánchez		San José
Gertrudis Valverde Meza		Cartago
Rafael Valverde Meza		Cartago
Margarita Soto de Campos		San José
Belzabé S. de Portilla	Una curación	San José
Luzmilda Rodríguez		San José
Ma. Morales de Alfaro		Heredia
Crisolta Ballestero	Curación de un hijo	San José
José Fernández L.		Cartago
Noe Ramírez		Heredia
Germán Rojas	Una curación	Alajuela
Anita G. Esquivel	Una curación	
Clara Ch. de Vargas	La curación de un niño	Heredia
Baltazar de Segura		San José
Ángela Abarca		Cartago
Eusebio Fonseca		Cartago
Luisa Chacón	Curación de una infección en la mano	Cartago
Ángel Retana F.		
Gonzalo Redondo		San José
Juan Calvo Sánchez		Cartago
Ma. Barahona de Sánchez	Librado de una operación	Cartago
Nicolás Monge Trejos	Curación	Alajuela
Silvia de Salazar		San José
Orfilio Sandoval		Alajuela
Emérita Esquivel V. de V.		Heredia
Clementina Moya		Cartago
Anita M. de Bolaños		Heredia
Fca. S. de Esquivel		Cartago
Sofía Q. de Quesada		Cartago
Celina Álvarez	Una curación	San José
Vitalina Campos		Heredia
Teodosio Rodríguez		Heredia
Pánfilo Ulloa y Graciela Díaz		
Juana Arias de Soto		San José
Gloria Rivera de Bolaños	Una curación	Heredia
Amalia Corrales	Curación de su hija	Alajuela
Jaime vargas	Curación de la vista	Cartago
Ana Ma. Sáenz		Heredia
Espíritu Artavia y		San José
Cristobalina de Artavia		
Socorro Díaz de Martínez		San José
Juan Rafael Trejos M.	Una curación	Cartago
Lía C. de Fallas	Una curación	San José
Abelino Quirós		San José
Carlos Ávalos	Curación de una pierna	San José
Angélica R. de Chávez	Por salvarla de una operación	San José
María Trejos		San José
Virginia de Chinchilla		San José

Nombre de la persona	Intercesión	Provincia
Teresa de Borixemch		San José
Adela Angulo de Garita		San José
José Castro de Rodríguez		Cartago
Florinda de Valverde		Cartago
Agustina B. de Granados		Cartago
Alejandro Jiménez	Una curación	San José
Joaquina C. V de Matthey		Cartago
Juan J. Mora Cordero	Éxito obtenido en una operación	San José
Mercedes M. de Sojo	Curación de su hijo	San José
María Herrera		Heredia
Luisa Vázquez		San José
Balbina de Carvajal		Alajuela
María Nelly Marín C		Cartago
Clemencia Marín		Cartago
Enrique Durán	Una curación	Cartago
Gonzalo Sanabria	Una curación de su hijo	Cartago
Socorro Hernández de Z	Una curación	San José
Luz de Iglesias		Cartago
Aida Casassola G.		San José
Emilia de Pacheco	Curación de un hijo	San José
Juan Zumbado Arias	Una curación	Heredia
Antonia Orozco	Una curación	Heredia
Donelia Herrera Carvajal		Cartago
Isabel Chinchilla de S.	Curación de un hijo	Cartago
Ma. Cristina S. de Umaña		San José
Ma. Esther de Benavides	Curación de su hijo L. Rodolfo	
Rosa de Bonilla		Heredia
Nieves Navas		San José
Raimundo Alvarado y		Alajuela
Juana de Alvarado		
Carmen Urpi Quesada		Alajuela
Berta Murillo U.		Alajuela
Gregorio Rojas	Una curación	Alajuela
Jubentina de Benavides		
Josefina de Esquivel		Alajuela
Vitalina de Sánchez	Curación de un niño	San José
Fidelina Meza Madriz		San José
Gonzalo Sánchez	Curación de un hijo	Heredia
Josefa Marín		Cartago
Susana Araya		Cartago
Digna Castro M.	Una curación	Cartago
Ángel Barrantes M.	Una curación	Cartago
Iscar Sandoval	Una curación	Cartago
Ma. Rodríguez de Ramírez	Curación de esposo	
Maurolia Zumbado		Heredia
Emelina Ovares de Méndez		Heredia
Ángela Barahona	Tres favores	Cartago
Cipriana Picado		Cartago
Afilia Barrantes		Heredia
Zoraida Montezuma		Heredia

Nombre de la persona	Intercesión	Provincia
Sara Carvajal		Cartago
Salvador Díaz Aguilar	Curación de esposo	San José
Adilia Delgado		San José
Neftali Duran M.	Una curación	San José
Sofía Morera Rojas	Curación de esposo	Alajuela
Elena Bolaños de Villalobos	Curación de su papá	Heredia
Anita M. de Bolaños		San José
Cecilia Ch. de Gómez		Alajuela
Benjamin Ulloa		Heredia
José Campos	Una curación	Heredia
Landelino Navarro		San José
Ermelinda de Jiménez		San José
Etelvino y María Chávez	Curación de un hijo	Alajuela
Joaquina Vargas		Alajuela
Ninfa de Morera	Curación de un hijo	San José
Engracia Zúñiga de Fallas		San José

Fuente: *Eco Católico* (1931-1935)

Anexo 2
Lista de documentos sometidos a análisis de contenido*

- Acuña, Juan, "Libro de varios (Archivo Curia Metropolitana)". No. 223, Cartago, 28 de febrero de 1881.
- Alfaro, José Ma., "Plegaria en la coronación de la Virgen". *La Virgen de los Ángeles coronada*. San José, Lehmann, 1926.
- Alvarado, J. R., "La tradición cuenta la admirable curación de la Señora Cabarca acaecida a mediados del siglo pasado". *La Tribuna*, 2 de agosto de 1935.
- Alvarado, Fco., Municipal San José (Archivo Nacional de Costa Rica). Exp. 475, f. 61-v.
- Alvarado, Pedro José, "Libro de varios" (Archivo Curia Metropolitana). No. 27, Cartago, 30 de agosto de 1824.
- Añibarro, José Gregorio, "A la Virgen de los Ángeles". *La Virgen de los Ángeles coronada*. San José, Lehmann, 1926.
- Araya, Carlomagno, "A la Virgen María". *La Tribuna*, 25 de abril de 1926.
- Arburola, Marcisa, "A la Virgen milagrosa de los Ángeles". *La Tribuna*, 25 de abril de 1926.
- Arrieta Quesada, Víctor Ml., "El poder de la fé". *Eco Católico*, 1 de enero de 1933.
- _____, "Que Nuestra Señora de los Ángeles sea venerada en las parroquias". *Mensajero del Clero*, julio de 1929.
- Badilla Castro, José, "La Basílica de los Ángeles". *Mensajero del Clero*, febrero de 1917.
- _____, "La Pasada". *Mensajero del Clero*, 30 de setiembre de 1905.
- Blessing, Agustín, "El temor de Dios". *Mensajero del Clero*, mayo de 1925.
- Bonilla, Miguel, "Canciones". *Beatae Maries Virginis Angelorum*. San José, Atenea, 1941.
- Bonilla, Miguel, "Historia poética apologética de la aparición de la Virgen de los Ángeles". *Beatae Maries Virginis Angelorum*. San José, Atenea, 1941.
- Borge, Carlos, "Acción de gracias a Dios por los solemnes festejos del Tercer Centenario de la Virgen de los Ángeles y perseverancia en las virtudes". *Tricentenario de Nuestra Señora de los Ángeles, Patrona Oficial de Costa Rica, 1635-1935*. San José, Lehmann, 1936.
- _____, "Viva la Reina de los Ángeles". *La Época*, 2 de agosto de 1935, p. 5.
- _____, "La Basílica de Nuestra Señora de los Ángeles". *Mensajero del Clero*, julio de 1935.
- _____, "Ave María". *La Virgen de los Ángeles coronada*. San José, Lehmann, 1926.
- _____, "Coronación de la Virgen de los Ángeles". *Mensajero del Clero*, 1926.
- Calderón, J. S., "La pasada de Nuestra Señora de los Ángeles". *Unión Católica*, 7 de setiembre de 1897.
- Campos, José María, "Libro de varios (Archivo Curia Metropolitana). No. 27, Cartago, julio de 1825.
- Carr María Cristina Q. de, "La Negrita". *Eco Católico*, 2 y 4 de agosto de 1935.
- Carrillo, Nicolás, Cartago (Archivo Nacional de Costa Rica). Exp. 150 (13 de agosto de 1824).
- Castillo, Abel, "Sacerdotes desean que se levante el culto de la patrona oficial de Costa Rica". *Mensajero del Clero*, 1929.
- _____, "La coronación de la Patrona de Costa Rica". *La Virgen de los Ángeles coronada*. San José, Lehmann, 1926.
- Castro, Rafael Otón, "Carta Pastoral". *Mensajero del Clero*, noviembre de 1935.
- _____, "Madre de Dios, Madre Nuestra Reina de los Ángeles Patrona de Costa Rica". *Mensajero del Clero*, agosto de 1935.

- _____, "Carta pastoral". *Mensajero del Clero*, noviembre de 1934.
- _____, "Carta pastoral". *Mensajero del Clero*, mayo de 1931.
- _____, "Carta pastoral". *Mensajero del Clero*, noviembre de 1926.
- _____, "Carta pastoral". *Mensajero del Clero*, febrero de 1925.
- _____, "Carta pastoral". *Mensajero del Clero*, mayo de 1924.
- _____, et, al., "Carta pastoral". *Mensajero del Clero*, junio de, 1935.
- _____, et, al., "Carta circular". *Mensajero del Clero*, junio de 1935.
- _____, et, al., Carta circular". *Mensajero del Clero*, enero de 1926.
- Castro Saborío, Octavio, "Discurso de Octavio Castro Saborío en la Coronación de la Virgen de los Ángeles". *La Virgen de los Ángeles coronada*. San José, Lehmann, 1926
- Coronado, Mariano, "Celajes". *La Virgen de los Ángeles coronada*. San José, Lehmann, 1926.
- _____, "Vuela pensamiento... y dile..." *La Virgen de los Ángeles coronada*. San José, Lehmann, 1926.
- Dobles Gonzalo, "A Nuestra Señora de los Ángeles". *La Virgen de los Ángeles coronada*. San José, Lehmann, 1926.
- _____, "Devuélvenos la fé". *La Virgen de los Ángeles coronada*. San José, Lehmann, 1926.
- _____, "Tú eres la luz". *La Virgen de los Ángeles coronada*. San José, Lehmann, 1926.
- Fernández Guardia, Ricardo, "Don-Ricardo Fernández Guardia confirma el dato de que la Virgen de los Ángeles estuvo cautiva en Cartago durante 6 a 9 meses". *La Tribuna*, 28 de abril de 1926.
- Fletis, Albertina, "Vibrante artículo de una Señora". *Tricentenario de Nuestra Señora de los Ángeles*. San José, Lehmann, 1936.
- Hidalgo, Alfredo, "La coronación de la Santísima Virgen de los Ángeles". *Mensajero del Clero*, febrero de 1925.
- _____, "Decreto áureo". *Mensajero del Clero*, enero de 1925.
- Jiménez, Manuel de Jesús, "Siempre lo mismo". *Diario de Costa Rica*, 25 de abril de 1926.
- Jiménez, Ml., de Jesús, "Libro de varios (Archivo Curia Metropolitana)". No. 220, Cartago, 24 de agosto de 1881.
- Leandro, Ventura, "Del sabroso tiempo de antaño". *La Tribuna*, 2 de agosto de 1935.
- Maiztequi, Juan José, "Carta del Excelentísimo Sr. Arzobispo de Panamá". *Mensajero del Clero*, Meneses Brenes, Carlos, "Salve Reina de los Ángeles y de los hombres". *Eco Católico*, 2 y 4 de agosto de 1935.
- _____, "Regina Angelorum". *Mensajero del Clero*, julio de 1935.
- _____, "Se inician en Cartago los grandes festejos centenarios". *Mensajero del Clero*, julio de 1935.
- _____, "Un recuerdo de la coronación". *Mensajero del Clero*, julio de 1935.
- _____, "La gran peregrinación de la parroquia de Santa Bárbara de Heredia al santuario de Nuestra Señora de los Angeles de Cartago". *Mensajero del Clero*, mayo de 1935.
- _____, "Costa Rica de pie para honrar a su patrona". *Mensajero del Clero*, febrero de 1935.
- _____, "El Santo Cristo de Esquipulas". *Mensajero del Clero*, enero de 1934.
- _____, "Glorioso día de fiesta nacional". *Mensajero del Clero*, julio de 1932.
- _____, "Dos notas". *Mensajero del Clero*, junio de 1931.
- _____, "Conferencia del clero". *Mensajero del Clero*, junio de 1931.
- _____, "Conferencia del clero". *Mensajero del Clero*, julio de 1930.
- _____, "La tradicional Pasada". *Mensajero del Clero*, agosto de 1929.

- _____, "Las romerías". *Mensajero del Clero*, julio de 1929.
- _____, "Notas y comentarios". *Mensajero del Clero*, julio de 1929.
- Monestel, Antonio, "Ave Repina Coelorum". *Mensajero del Clero*, mayo de 1926.
- Odio, Rubén, "Falsos conceptos de la devoción de la Reina de los Ángeles". *Mensajero del Clero*, julio de 1927.
- Oreamuno, Fco., "Libro de varios (Archivo Curia Metropolitana)". No. 36, San José, 17 de junio de 1844.
- Oreamuno, Fco., "Libro de varios (Archivo Curia Metropolitana)". No. 46, Cartago, 29 de enero de 1850.
- Oreamuno, José, "Libro de varios (Archivo Curia Metropolitana)". No. 138, Cartago, 9 de junio de 1871.
- Ortega, Ernesto "Las fiestas pueblerinas". *La Tribuna*, 2 de agosto de 1935.
- Ortiz, Víctor, "Historia poética apologética". *Beatae Marie Virginis Angelorum*. San José, Atenea, 1941.
- Osejo Rafael Francisco, "Ave Maris Stellis". *La Virgen de los Ángeles coronada*. San José, Lehmann, 1926.
- _____, "Salve de San Estanislao". *Beatae Marie Virginis Angelorum*. San José, Atenea, 1941.
- Papani, José T., "A la Reina y Emperatriz en su coronación". *La Virgen de los Ángeles coronada*. San José, Lehmann, 1926.
- _____, "A la Santísima Virgen de los Ángeles". *La Virgen de los Ángeles coronada*. San José, Lehmann, 1926.
- Parolín, Juan Bta., "Decreto romano de la coronación con oro de la imagen de Virgen de Ángeles Patrona de Costa Rica". *Diario de Costa Rica*, 25 de abril de 1926.
- Peralta, José María, Municipal San José (Archivo Nacional de Costa Rica). Exp 241, f. 23.
- Prado, Eladio, *Tricentenario de Nuestra Señora de los Ángeles, Patrona Oficial de Costa Rica, 1635-1935*. San José, Lehmann, 1936.
- _____, "Cantando las glorias de la Virgen de los Ángeles". *Diario de Costa Rica*, 1 de agosto de 1935.
- _____, *La Virgen de los Ángeles coronada*. San José, Lehmann, 1926.
- _____, "Romance de las doce estrellas". *Eco Católico*, 2-4 de agosto de 1925.
- _____, *Monografía del santuario de Nuestra Señora de los Angeles*. San José, Lehmann, 1924.
- Quesada, Octavio, "La Virgen de los Ángeles prisionera". *La Tribuna*, 27 de abril de 1926.
- Quinteros, J, Humberto, "Como recibió el Papa a monseñor Castro". *Mensajero del Clero*, diciembre de 1924.
- Rivera, G, A., "Leyenda de la aparición de la Virgen de Los Ángeles". *Diario de Costa Rica*, 25 de abril de 1926.
- Rojas, Antonio, "Una gira pastoral". *Mensajero del Clero*, mayo de 1923.
- Rojas, Matías Cornelio, "En el día centenario de la Virgen de los Ángeles y en presencia de los Excelentísimos obispos visitantes". *Eco Católico*, 11 de agosto de 1935.
- _____, "Himno del centenario de Nuestra Señora de los Ángeles". *Eco Católico*, 1935.
- _____, "Canto a la coronación". *Mensajero del Clero*, julio de 1929.
- _____, "A la Reina de los Ángeles en su solemne coronación". *La Virgen de los Angeles coronada*. San José, Lehmann, 1926.
- _____, "A la santísima Virgen de los Ángeles". *Eco Católico*, 5 de agosto de 1893.
- Rojas, Saturino, "La visita del agua". *La Tribuna*, 2 de agosto de 1935.

- Sanabria Martínez, Víctor Manuel, "En qué año sucedió el hallazgo de Nuestra Señora de los Ángeles". *Mensajero del Clero*, agosto de 1934.
- _____, "Una historia poética de la Virgen de los Ángeles". *Mensajero del Clero*, julio de 1929.
- _____, "Monografía del santuario de Nuestra Señora de los Ángeles". *Mensajero del Clero*, mayo de 1927.
- _____, "Discurso del Excelentísimo José Fietta Internuncio Apostólico en Centroamérica y Panamá". *Mensajero del Clero*, enero de 1927.
- _____, "Reabimiento del Excelentísimo Sr. Arzobispo titular de Sardica". *Mensajero del Clero*, enero de 1927.
- _____, "Sobre la indulgencia de la porciúncula". *Mensajero del Clero*, agosto de 1926.
- _____, "La coronación de Nuestra Señora de los Ángeles". *Mensajero del Clero*, mayo de 1926.
- _____, "El clero y la coronación de Nuestra Señora de los Ángeles". *Mensajero del Clero*, abril de 1926.
- Sánchez, José Ma, "A los devotos de la Virgen de los Ángeles". *Unión Católica*, 29 de setiembre de 1895.
- _____, "Invitación". *Unión Católica*, 21 de setiembre de 1894.
- _____, "Glorias de María". *Unión Católica*, 2 de setiembre de 1893.
- Sancho, Anselmo, "Libro de varios (Archivo Curia Metropolitana)". No. 138, Cartago, 6 de diciembre de 1871.
- Sarratea, Fernando, "La Reina de los Ángeles y el hogar". *Mensajero del Clero*, agosto de 1929.
- Sor Ma., Encarnación, "Libro de varios (Archivo Curia Metropolitana). Exp. 220, 3 de agosto de 1881.
- Stork, Juan Gaspar, "Carta circular". *Mensajero del Clero*, setiembre de 1918.
- _____, "Carta pastoral". *Mensajero del Clero*, setiembre de 1916.
- _____, "Carta circular". *Mensajero del Clero*, agosto de 1916.
- _____, "Consagración de la Santísima Virgen María". *Mensajero del Clero*, agosto de 1915.
- _____, "Carta circular". *Mensajero del Clero*, 31 de mayo de 1910.
- Thiel, Bernardo Augusto, "Nuestra Señora de los Ángeles". "Libro de panegíricos de santos y sermones de la Virgen". Cartago, inédito, 1888.
- _____, "Datos cronológicos para la historia eclesiástica de Costa Rica". *Mensajero del Clero*, 31 de marzo de 1897.
- _____, "Correspondencia". *Unión Católica*, 11 de setiembre de 1896.
- _____, "Carta circular". San José, inédito, 9 de agosto de 1894.
- _____, "Día de la Asunción de María Santísima". "Libro de panegíricos de santos y sermones de la Virgen". San José, inédito, 1887.
- _____, "Panegírico". *Correo Español*, 1 de julio de 1881.
- Tovar, Rómulo, "Al margen de un acto de fe". *La Prensa*, 26 de abril de 1926.
- Trejos, Oscar, J., "Patronato de la Virgen de los Ángeles sobre Costa Rica". *Mensajero del Clero*, setiembre de 1935.
- Valenciano, Rosendo de Jesús, "María Reina del Mundo". *La Virgen de los Ángeles coronada*. San José, Lehmann, 1926.
- _____, "De Cartago". *Eco Católico*, 11 de agosto de 1900.
- _____, "Interior". *Eco Católico*, 5 de agosto de 1899.
- Verghetti, Blas, "Himno a la Virgen Coronada". *La Virgen de los Ángeles coronada*. San José, Lehmann, 1926.
- Villalobos, Villegas, "Elegía censativa". *La Virgen de los Ángeles coronada*. San José, Lehmann, 1926.

- Volio, Arturo, Congreso (Archivo Nacional de Costa Rica). Exp. 16211 (1824), f. 2.
 Zamora, José, "La enfermedad". *Mensajero del Clero*, 31 de agosto de 1901.
 Zavaleta, Manuel, "Crítica de los milagros de la Virgen de los Angeles". *Mensajero del Clero*, julio de 1929.
 Zavaleta, Manuel, "La coronación de la imagen de la Virgen de los Ángeles". *La Virgen de los Angeles coronada*. San José, Lehmann, 1926.
 Zúñiga, Ricardo, "Discurso de Ricardo Zúñiga en el día de la coronación de la Virgen de los Angeles". *La Virgen de los Angeles coronada*. San José, Lehmann, 1926
 Zúñiga, S., "Otros datos de la coronación y de sus festejos". *Diario de Costa Rica*, 27 de abril de 1926, p. 7.

Documentos sometidos a análisis de contenido firmados con un seudónimo

- Alipio, "Himno del centenario". "Tricentenario de Nuestra Señora de los Ángeles". San José, inédito, 1935.
 B.N.A., "Regina Angelorum". *Unión Católica*, 26 de setiembre de 1894.
 Bardo, "Himno de la juventud católica". "Tricentenario de Nuestra Señora de los Angeles". San José, inédito, 1935.
 Basco, "Himno del Centenario de la Virgen de los Ángeles". "Tricentenario de Nuestra Señora de los Angeles". San José, inédito, 1935.
 Cecilia, "Himno de la juventud católica". "Tricentenario de Nuestra Señora de los Angeles". San José, inédito, 1935.
 Colombino, "Himno del centenario de la Virgen de los Ángeles". "Tricentenario de Nuestra Señora de los Angeles". San José, inédito, 1935.
 Cristina del Hierro, "Himno a Nuestra Señora de los Angeles en su centenario". "Tricentenario de Nuestra Señora de los Angeles". San José, inédito, 1935.
 Chispero, "Cartago". *Diario de Costa Rica*, 3 de agosto de 1897.
 Chisporrotis, "Notas de Cartago". *Diario de Costa Rica*, 7 de setiembre de 1897.
 De un triste pecador, "A la santísima Virgen en su día". *Unión Católica*, 2 de agosto de 1894.
 Devoto, "Cartago". *Unión Católica*, 12 de agosto de 1896.
 Éxodo, "Himno de la juventud". "Tricentenario de Nuestra Señora de Los Angeles". San José, inédito, 1935.
 Filius, "Himno a la juventud católica". Tricentenario de Nuestra Señora de los Angeles", San José, inédito, 1935.
 Filius Amans, "Himno a la Señora de los Ángeles". "Tricentenario de Nuestra Señora de los Angeles". San José, inédito, 1935.
 Gallo de Pasión, "Himno del centenario". "Tricentenario de Nuestra Señora de los Angeles". San José, inédito, 1935.
 Geleme, "A nuestra Señora de los Angeles". "Tricentenario de Nuestra, Señora de los Angeles". San José, inédito, 1935.
 Húsar Blanco, "El milagro de la Virgen". *La Tribuna*, 2 de agosto de 1935.
 Inés, "Himno a Nuestra Señora de los Angeles". "Tricentenario de Nuestra Señora de los Angeles". San José, inédito, 1935.
 Inés, "Himno a Nuestra Señora de los Angeles en el Centenario de su aparición". "Tricentenario de Nuestra Señora de los Angeles". San José, inédito, 1935.
 María Eugenia, "Himno del centenario de la Virgen de los Angeles". "Tricentenario de Nuestra Señora de los Angeles". San José, inédito, 1935.
 María Eugenia, "Himno del centenario de Nuestra Señora de los Angeles Patrona de Costa Rica". "Tricentenario de Nuestra Señora de los Angeles". San José, inédito, 1935.
 Melquisedeh, "La Pasada". *Unión Católica*, 11 de setiembre de 1894.

- Plinio, "Himno del centenario". "Tricentenario de Nuestra Señora de los Ángeles". San José, inédito, 1935.
- Plinio, "Himno Popular a la Reina de los Ángeles". "Tricentenario de Nuestra Señora de los Ángeles". San José, inédito, 1935.
- Providencia, "Himno del centenario de la Virgen de los Ángeles". "Tricentenario de Nuestra Señora de los Ángeles". San José, inédito, 1935.
- Rubum, "Himno a la Reina de los Ángeles, Patrona de Costa Rica". "Tricentenario de Nuestra Señora de los Ángeles". San José, inédito, 1935.
- Rumbum, "Himno a la Reina de los Ángeles". "Tricentenario de Nuestra Señora de los Ángeles". San José, inédito, 1935.
- Rubum, "Himno a Nuestra Señora de los Ángeles". "Tricentenario de Nuestra Señora de los Ángeles". San José, inédito, 1935.
- Tarciso Mártir, "Himno a Nuestra Señora de los Ángeles". "Tricentenario de Nuestra Señora de los Ángeles". San José, inédito, 1935.
- Ujarráz, "Himno del centenario". "Tricentenario de Nuestra Señora de los Ángeles". San José, inédito, 1935.
- Un devoto de la Virgen, "Cartago". *Mensajero del Clero*, 12 de agosto de 1896
- Una devota de Nuestra Señora de los Ángeles, "Himno del centenario". "Tricentenario de Nuestra Señora de los Ángeles". San José, inédito, 1935.
- Una religiosa, "Himno de la juventud católica". *Eco Católico*, San José, 1935.

Documentos de autor desconocido sometidos a análisis de contenido

- "100,000 creyentes se reúnen en Cartago". *La Prensa Libre*, 3 de agosto de 1935.
- "50,000 personas en la fiesta a la Virgen". *La Tribuna*, 3 de agosto de 1935.
- "Cartago". *Unión Católica*, 4 de agosto de 1897.
- "Cartago". *Unión Católica*, 29 de agosto de 1897.
- "Cartago". *Unión Católica*, 29 de setiembre de 1895.
- "Coronación de Nuestra Señora de los Ángeles". *Diario de Costa Rica*, 25 de abril de 1926.
- "De Cartago". *La Prensa Libre*, 5 de setiembre de 1900.
- "Ecos de la fiesta de Cartago". *La Tribuna*, 31 de agosto de 1924.
- "En Cartago, La procesión de la Virgen". *La Prensa Libre*, 3 de setiembre de 1906.
- "En Cartago". *Unión Católica*, 29 de agosto de 1896.
- "Espléndida". *Unión Católica*, 1 de setiembre de 1895.
- "Fiestas de los Ángeles". *Unión Católica*, 29 de setiembre de 1895.
- "Glorias a María". *Unión Católica*, 2 de setiembre de 1893.
- "La coronación de la Virgen de los Ángeles en Cartago". *La Tribuna*, 22 de abril de 1926.
- "La coronación de la Virgen de los Ángeles". *La Tribuna*, 22 de abril de 1926.
- "La coronación de Nuestra Señora". *Diario de Costa Rica*, 27 de abril de 1926.
- "La división de Costa Rica". *Crónica de Costa Rica*, 16 de mayo de 1857.
- "La fiesta de la Virgen de los Ángeles". *Unión Católica*, 5 de agosto de 1894.
- "La Pasada de la Virgen". *La Prensa Libre*, 2 de setiembre de 1901.
- "Las alegres fiestas de Cartago". *La Prensa Libre*, 2 de agosto de 1918.
- "Las fiestas de Alajuela iban en romería a Cartago, Han contratado 14 carros de ferrocarril". *La Prensa Libre*, 13 de agosto de 1915.
- "Las fiestas de Cartago están muy animadas". *La Prensa Libre*, 4 de setiembre de 1915.
- "Las fiestas de Cartago". *La Prensa Libre*, 31 de agosto de 1901.
- "Las fiestas de Cartago". *La Prensa Libre*, 24 de agosto de 1906.
- "Las fiestas de Cartago". *La Prensa Libre*, 26 de agosto de 1916.

- “Las fiestas de coronación de la Virgen de los Ángeles”. *La Tribuna*, 27 de abril de 1926.
- “Las fiestas religiosas de Cartago”. *La Prensa Libre*, 5 de agosto de 1918.
- “Las grandes fiestas de la coronación de la Virgen de los Ángeles en Cartago”. *La Tribuna*, 20 de abril de 1926.
- “Libro de varios (Archivo Curia Metropolitana)”. No. 66, Cartago, 26 de abril de 1856.
- “Notas de Cartago”. *La Prensa Libre*, 1 de setiembre de 1903.
- “Notas de Cartago”. *La Prensa Libre*, 4 de setiembre de 1906.
- Novena a la santísima Virgen María Reina de los Angeles*. San José, Tipografía San José, 1895.
- Novena preparatoria a la festividad del patrocinio de María Santísima del Socorro, Reina de los Angeles*. San José, imprenta de Guillermo Molina, 1872.
- “Programa de las fiestas religiosas solemnes de Nuestra Señora de los Ángeles”. *Unión Católica*, 3 de julio de 1892.
- “Sin precedentes’ en el país las festividades religiosas del 3 de agosto en Cartago”. *Diario de Costa Rica*, 4 de agosto de 1935.
- Triduo en honor de Nuestra Señora de los Angeles*. San José, Lehmann, 1926.
- “Velada en Heredia”. *La Prensa Libre*, 26 de agosto de 1916.

*Incluye cartas circulares, cartas pastorales, correspondencia a diversas autoridades civiles y eclesiásticas, gacetillas de periódico, panegíricos, poemas y sermones.

|

—

—

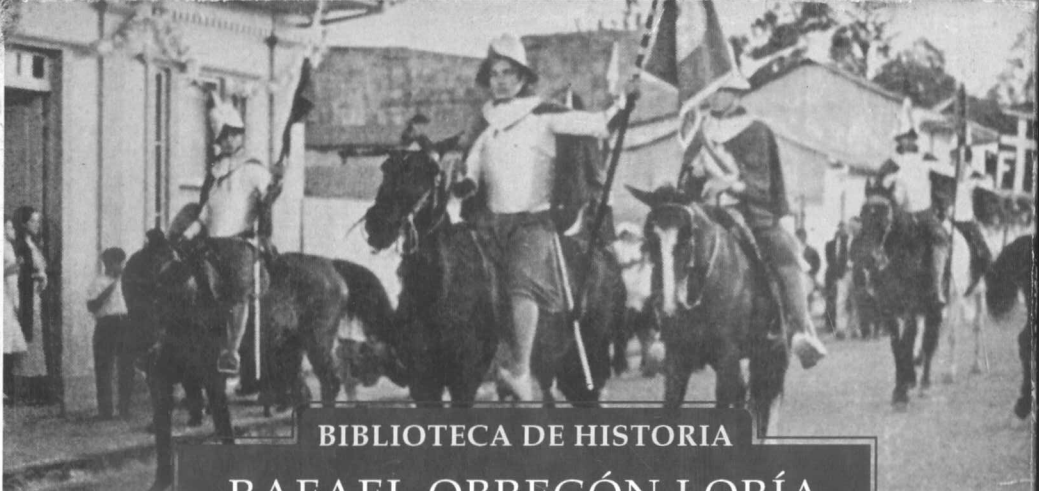
|

ÍNDICE

- A ras de suelo*, 123
Acción Católica, 105
Acuña, Juan Ramón, 58
Acuña, Ricardo, 123
Aguilar, hotel, 64
Alajuela, 75, 136
Alejandro El Grande, 23
Alvarado, Consuelo, 28
América Central, 106
Antiguo Testamento, 10
Arburola de Arias, Narcisa, 134
Archivo Arquidiocesano, 46, 81
Archivo de la Curia Metropolitana, 24, 27, 33, 72
Archivo Nacional de Costa Rica, 45
Arrieta, Víctor Manuel, 131
Asunción de María, festividad, 90
Atlántico, 75
Azofeifa Ramón de, 74
- Basilica de los Ángeles, 60, 85, 138
Beatae Mariae Virginis Angelorum, 44
Benedictis de y Seripanti, 64
Benavides, Miguel, 20
Biblia, 116
Blanco, Joseph Lorenzo, 73
Blessing, Agustín, 112
Bonilla, José Antonio, 73
Bonilla, Miguel, 43, 49, 62, 50, 53, 87, 111, 129, 131
Borge, Carlos, 34, 99, 128
Bruschetti, monseñor, 111
Bustos, Antonio, 45
- Cabarca, señora, 134
Calvino, Italo, 119
Calvo, capitán, 62
- Calvo, deán, 84
Campos, Aniceto, 26
Campos, Juana, 26
Campos, monseñor, 84
Carr, María Cristina Q. de, 53
Carrillo, Braulio, 81-84
Carrillo, Nicolás, 78
Cartago, 28, 44-45, 47, 50, 58-60, 63-64, 67, 73, 75-79, 81-84, 87-90, 93, 96-96, 109, 112-114, 116, 131, 133, 136-137; Cipreses, 132; Chircagres, 138; La Puebla, 42, 45, 138; Llano Grande, 58, 132; San Juan de Herrera, 50
Casa de Enseñanza de Santo Tomás, 75
Castillo, Luis, 19
Castro Beer, Roberto, 134
Castro Saborío, Octavio, 48
Castro, Rafael Otón, 16, 34, 61, 95-96, 103, 113, 135
Cazeneuve, Jean, 24, 109, 130
Centroamérica, 77, 84
Cerdas Cruz, Rodolfo, 75
Cervantes, Lucas, 45
Chavarría, Lope de, 51, 58
Cofradía de Nuestra Señora de los Ángeles, 97
Compendio de la historia de la ciudad de Guatemala, 46
Comunista, partido, 102
Concherías, 14
Concilio de Trento, 27
Congreso, 80
Constitución de 1871, 85
Constitución de 1949, 127
Coronado, señor, 79
Cristo, 34-35, 103, 128

- Crónica de Costa Rica*, 89, 96
Cuadragésimo Anno, 102
- Datos cronológicos para la historia eclesiástica de Costa Rica*, 46
 “Deuteronomio”, 10
Diario de Costa Rica, 56, 64, 67, 93
 Dios, 3, 10-11, 15-20, 22, 53, 100, 112-113, 118-119, 128-129, 132, 140, 146
 “Discurso poético apologético”, 49, 50, 87
 Dupront, Alphonse, 133
 Echeverría, Aquileo J., 14
Eco Católico, 10, 35, 53, 102
 Elizondo, Lorenza de Jesús, 27
 Escalante, R. G., 26
 Escalante, señor, 79
 Estado, 1, 9-10, 79-81, 94, 111, 146, 150
 Europa, 134; occidental, 20
 Eva, 128
 “Éxodo”, 10
- Fernández, Manuel de Jesús, 53
 Feuerbach, Ludwig, 16, 22
 Fletis, Albertina, 103
 Fuente, Rafael Baltasar de la, 74
- Gaceta Oficial*, 28; véase también: *La Gaceta*
 Gallegos, Manuel, 29
 García Monge, Joaquín, 124
 García, Manuel, 133
 García, señor, 139
 Gaspar, Julián, 45
 Gómez, Diego, 62
 González, Edwin, 28
 González, Luisa, 123
 Grado, Baltasar de, 44, 51
 Gramsci, Antonio, 29
 guerra de 1856, 82
 Guerra de la Liga, 88-89
 Gutiérrez, José María, 74
- Heredia, 15, 136, 150; San Joaquín de Flores, 24; Santo Domingo, 27
 Hidalgo, Alfredo, 92
Hijas del campo, 124-125
- Ibarra, Evaristo, 18
 Iglesia católica, 10, 28, 34, 44, 56, 58, 68, 90, 98, 100, 104, 122, 143
 Israel, 10
- Jesucristo, 128
 Juarros, Domingo, 46
- La Gaceta*, 46, 64; véase también: *Gaceta Oficial*
 La Habana, 134
La Nación, 58
La Prensa, 113
La Prensa Libre, 35
La Tribuna, 59, 66-67, 95
La Virgen de los Ángeles coronada, 131
 Lafaye, Jacques, 77, 80-81, 137
 Leandro, Ventura, 62-63
 León de Nicaragua, 74
 “Libro de cargo y data de la Cofradía de Nuestra Señora de los Ángeles”, 82, 88
 Limón, 135
 Llorente y Lafuente, Anselmo, 17, 33, 46, 84, 88-89, 111
 Lourdes, 112, 114
 Lucifer, 21; véase también: Satanás
 Lutero, Martín, 119
- Marchena, Juan de Dios, 79
 María Santísima de los Ángeles, 112; véase también: Virgen de los Ángeles
 Mayorga Ana Cleta de, 126
 Meagher, Thomas Francis, 46
 Melesio [personaje de la novela *Hijas del campo* de Joaquín García Monge], 124
 Meneses, Carlos, 34, 99
Mensajero del Clero, 26, 46, 54, 77, 99, 102, 126, 139
 Monestel, monseñor, 96
 Montealegre, Ermita, 29
 Montes del Aguacate, 136-137
 Montserrate, patrona de, 101
 Mora, Juan Rafael, 88
 Morales, José Antonio, 79
 Morazán, Francisco, 83
 Morel de Santa Cruz, Agustín, 45, 54-55
 Muñoz, Joseph, 73
 Murray, Margaret, 20
- Nanita [personaje de una crónica de Víctor Manuel Arrieta], 132
 Nava, Manuela, 78
 Nuestra Señora de los Ángeles, 2, 4, 6, 41, 43, 46-48, 52, 54-56, 58-59, 61-62, 73, 76-77, 83-84, 87-88, 93, 103,

- 112, 114-115, 133, 135, 144; véase también: Virgen de los Ángeles, Reina de los Ángeles
 Nueva York, 134
 Núñez Segredo, señor, 48
- Obregón Loría, Rafael, 88
 Odio, Rubén, 54, 139
 Oreamuno, Francisco María, 46
 Oreamuno, Nicolás, 16
 Ortega, Ernesto, 62-63
 Ortiz, Víctor, 47, 49-50
 Osejo, Rafael Francisco, 49, 75, 77
- Padilla Montes, Lorenzo, 72
 Papa, 23
 Pasada, la 55-57, 61-62, 90, 137, 139
 patrona del Estado de Costa Rica, 80
 Pereira, Juana, 42, 50
 Pérez, Joseph Antonio, 72
 Pérez, Miguel, 12
 Picado, Clodomiro, 31
 Picado, Miguel, 86
 Pompeya, 112
 Porras, José, 19
 Prado, Eladio, 47, 49, 89, 131, 133
 Prieto, Emilia, 125
 Puntarenas, 62, 136
- Quirós, Pilar, 10
- Reina de los Ángeles, 12, 52, 56, 101, 113, 117, 119, 126, 132, 138, 140; véase también: Nuestra Señora de los Ángeles, Virgen de los Ángeles
Rerum Novarum, 102
 Robles, Celso, 64
 Rojas, Matías Cornelio, 133
Romanzas ticomeseteñas, 125
 Romero Pérez, Jorge Enrique, 105-106
 Rusia, 103
- Salas, José Antonio, 28
 Salas, Rafael, 27
 “Salve de San Estanislao”, 49
 San Francisco, iglesia de, 134
 San José, 19, 29, 60, 63, 75, 78-79, 81-83, 96, 135; Aserrí, 33; Curridabat, 79, 81-82; Guadalupe, 84; iglesia de la Soledad, 59; Moravia, 31; San Vicente de Moravia, 24, 31
 San Juan de Letrán, 84
 San Pedro Sula, 72
- Sanabria Martínez, Víctor Manuel, 33, 44, 48-51, 81-82, 88
 Sanabria, Miguel, 83
 Sandoval, Alonso de, 50-51
 Sandoval, cura, 50
 Santiago, apóstol, 75-76
 Satanás, 20; véase también: Lucifer
 Semana Mayor, 34
 Semana Santa, 34-35
 Solano, Arturo, 28
 Stone, Samuel, 85
 Stork, Juan Gaspar, 11, 97, 99, 118
- Thiel, Bernardo Augusto, 17, 46-47, 86, 90, 98
 Tovar, Rómulo, 93-94, 97-98
 Toyogres, culto a la imagen del, 60, 82; véase también: Virgen de los Ángeles
 Trejos, Juan de Dios, 51-52, 117
Tricentenario de Nuestra Señora de los Ángeles, 81
 Tristán, Esteban Lorenzo de, 55, 66, 72-73
- Ulloa, Nicolás, 81
Unión Católica, 24, 33, 51, 60, 66, 118
- Valenciano, Elías, 19
 Valenciano, Rosendo de Jesús, 31
 Valle Central, 12-13, 33, 75, 78, 145
 Vargas, Buenaventura, 19
 Vega Carballo, José Luis, 75
 Vicario Eclesiástico, 24, 46
 Villalobos, Víctor Manuel, 59
 Virgen de los Ángeles, 1-2, 4-6, 30, 43-47, 50-55, 58, 60, 63, 68, 71-72, 75-78, 80-90, 92-96, 99, 101, 103-104, 109, 111-114, 116, 119-120, 126, 128-138, 144-147, 149; véase también: Nuestra Señora de los Ángeles, Reina de los Ángeles
 Virgen de Ujarrás, 80
 Virgen María, 47, 54, 58-59, 62, 76, 80, 84, 87-89, 92, 96, 101, 112, 117-120, 122, 128, 134, 140; véase también: Virgen los Ángeles
 “Visita de pésame”, 14
- Walker, William, 82
 Wollgarten, monseñor, 96
- Zamora, Juana, 26



BIBLIOTECA DE HISTORIA

RAFAEL OBREGÓN LORÍA

1



Con la creación de las bibliotecas de historia "Carlos Meléndez Chaverri" y "Rafael Obregón Loría", el Museo Histórico Cultural Juan Santamaría rinde homenaje a la memoria de esos distinguidos historiadores costarricenses, que tanto colaboraron con esta institución. En ambas, serán publicadas valiosas investigaciones sobre el pasado de Costa Rica en particular, y de Centroamérica en general, con énfasis en la historia económica y social en la primera colección, y en la historia política y cultural en la segunda.



José Daniel Gil Zúñiga es profesor de la Escuela de Historia de la Universidad Nacional.

Das décadas pasaron para que se publicase la tesis "El culto a la Virgen de los Ángeles (1824-1935)", la cual significó un hito historiográfico no sólo para la historia de las mentalidades, sino también para las denominadas historia social, política y cultural. Desde el mismo momento de su presentación, este trabajo ha alimentado diversas áreas de interés, ha originado numerosas preguntas y ha generado múltiples inquietudes entre los historiadores costarricenses. De los siete ejemplares mimeografiados originales, sólo quedan tres, los cuales evidencian la intensa lectura y el inclemente paso del tiempo. Por tales razones, resulta imprescindible la tarea de rescatar este valioso estudio para que continúe promoviendo tanto la investigación social de lo subjetivo como una historia problematizadora de la realidad y comprometida con su entorno social.

Juan José Marín Hernández
Francisco Enríquez Solano